

## PREFACIO

Siempre he pensado que la madurez no es una etapa de la vida, sino un estado de conciencia que te permite tomar decisiones sobre diferentes aspectos que conciernen a tu familia, a tu entorno y, naturalmente, a ti mismo.

Creo que he llegado a ese punto, de verdad, a mis veintisiete años y a sabiendas de que soy todavía muy joven, he sopesado en una balanza todo aquello por lo que he estado luchando; mis ilusiones, mis desvelos y mis esfuerzos diarios. En el platillo opuesto, la persona en la que me he convertido, la estabilidad emocional que he conseguido y el futuro que me espera, un futuro como el de cualquier otra persona, incierto pero alcanzable.

Mi rutina está llena de tópicos, esos que durante mucho tiempo mucha gente pensó que me estarían vetados. Esos de los que otras personas se quejan por previsibles, aburridos o exentos de emoción. Yo he querido siempre ser considerada como lo que era, una persona normal, con sus circunstancias, sí, pero, ¿quién no tiene las suyas?, aunque no sean tan evidentes, por supuesto.

Ahora llevo una existencia tranquila que no conlleva sobresaltos, más allá de los propios de una mujer adulta que acude cada día a su trabajo, conduciendo su propio coche y su propia vida. Una joven que disfruta de una relación de pareja, que cuenta con la complicidad de una familia, con amistades, aficiones, anhelos y esperanzas.

Mi historia es una carrera de obstáculos. Una lucha continua, pero en la que he contado también con apoyos imprescindibles y grandes dosis de amor incondicional. Yo sé lo que es sentirte diferente al resto cuando lo único que quieres es pasar desapercibido, sé lo que es tener que derribar barreras, visibles e invisibles, para poder seguir adelante.

Me enseñaron a luchar desde muy niña, siempre con una sonrisa en la cara porque no existía razón para perderla. Cuando sabes que tienes a tu lado personas que te quieren, que te ayudan y que creen en ti, el poder de superación se convierte en tu arma más valiosa.

Así, con el ánimo de hacerme más fuerte cada día, con las ganas de ser mejor persona, con la valentía de enfrentarme a todo cuanto entorpeciera mi progreso, supe pelear con la razón como mi mejor arma para conseguir ser la mujer en la que me he convertido. Capaz de llegar a lo más alto, capaz de ser feliz.

CAPÍTULO 1  
PARÁLISIS CEREBRAL

Mi llegada se había convertido en el momento más esperado del año de toda la familia. Acompañada de un calor sofocante, el 29 de julio de 1996 mi madre entraba en la sala de partos del hospital.

La sala de espera del Hospital Materno Infantil de Pozuelo era un hervidero aquella madrugada. Sin embargo, a pesar de que la ilusión de mis padres superaba el calor sofocante de aquel verano, la felicidad no entraba en el paritorio.

Pedro, mi padre, caminaba nervioso de la máquina de café a la ventana y de esta a la puerta de entrada, para después volver y sentarse un par de minutos. Repitiendo a los pocos segundos el mismo recorrido. Así una y otra vez. La tercera vez que se acercó al mostrador de enfermería para preguntar si había alguna novedad, la morena de rizos con bata blanca le lanzó una mirada despiadada que le empujaba por sí misma hacia la sala. “Enfermera, perdone, pero es que ya llevamos cinco horas y no me dicen nada”, le dijo papá. Su respuesta fue categórica, “Si no le dicen nada es porque no se sabe nada, vuelva a la sala y espere”.

No le había dado tiempo de coger el libro que tenía preparado para cuando llegase ese momento, las prisas le habían vuelto a traicionar, igual que en el nacimiento de Fernando, mi hermano. De nuevo de pie junto a la ventana, veía entrar y salir del recinto reservado a las urgencias una ambulancia tras otra. Intentaba distraerse sonriendo a otros inminentes padres que, como él, paseaban nerviosos por la sala, pero nadie tenía ánimos para romper aquel momento íntimo de emoción y tensión mezclado a partes iguales.

Después de tener un hijo varón, doce años antes, una niña en casa era la ilusión de toda la familia. Todos deseaban a la muñeca que venía en camino.

Cuando vio aparecer al médico al fondo del pasillo aceleró el paso dando zancadas para abordarle antes de que desapareciera de nuevo.

Es una niña, el parto ha ido bastante bien, su mujer es todavía joven a sus treinta y dos años y no es primeriza, pero hemos tenido que utilizar los fórceps, unas pinzas para colocar de forma adecuada la cabeza del bebé en el momento expulsivo.

Las dos están bien, dentro de un rato le avisarán y podrá verlas.

Mi padre aprovechó el momento de euforia para llamar a los abuelos maternos, Blas y Juli, quería darles noticias sobre su hija y su nieta. Emocionado les informó de la gran noticia, la pequeña ya estaba aquí. Una muñeca que llenaría de felicidad un hogar que ya era feliz. Fernando, mi hermano, se había quedado con ellos esperando y también quiso conocer hablar por teléfono para recibir la buena nueva en primera persona. Cuando mi padre le dijo que tenía una hermanita intentó disimular la decepción de haberse quedado sin un compañero de juegos, pero de inmediato sonrió erigiéndose como el protector que sería desde entonces y para siempre.

Flores, bombones, visitas de los familiares más cercanos y los típicos dolores y molestias después del parto conformaron la rutina de Julia, mi madre, los tres días que estuvo en el hospital recuperándose. Después, la marcha a casa. Mi padre llenando el coche nervioso, cuidando de que no se le olvidara nada, bajo la atenta mirada de mi madre, que cargaba conmigo en todo momento arropándome y mirándome embelesada.

En cuanto llegamos a casa se sucedieron las visitas de mis tíos, algunos vecinos y por supuesto mis abuelos.

Fernando me miraba fijamente, escudriñando con su mirada infantil a la espera de averiguar qué más podía hacer un bebé, además de dormir, llorar, mamar y cagar de aquella forma tan asquerosa. La casa se inundó de risas. Ya tenemos aquí a la pequeña Marta.

Nada entonces hacía presagiar que algo pudiera estropearse.

Vivíamos los cuatro en la tercera planta de un edificio sin ascensor situado en el centro de la localidad. Pronto descubriríamos los inconvenientes que suponía tanto la vivienda como el barrio. Era un bonito piso de tres habitaciones, comedor, cocina y un largo pasillo por el que Fernando corría dando patadas a un balón en cuanto mis padres se despistaban, para desgracia de los vecinos del piso situado debajo del nuestro.

En Pozuelo de Alarcón, cerca de Madrid, se llevaba una vida tranquila. Pese a estar a pocos kilómetros de la capital, aquella era una localidad apacible, opuesto a la vorágine de la gran ciudad, con infinidad de espacios verdes, comercios de todo tipo y bien comunicado.

Mi padre, Pedro, tenía entonces treinta y seis años. Natural de Tomelloso, Ciudad Real. Era un hombre de mediana estatura, delgado, de piel morena y cabello azabache. En su cara, siempre sonriente, destacaba una dentadura perfecta y blanca que llamaba la atención y unos ojos oscuros y vivos que desprendían vitalidad. Se dedicaba a la jardinería. Tenía una pequeña empresa que daba servicio a varias comunidades de vecinos de la zona y alguna más en pueblos cercanos al nuestro. Contaba con un buen equipo de empleados, todos confiaban en él y le respetaban, él era el dueño, pero también uno más a la hora de trabajar. Un hombre vocacional que había conseguido salir adelante con su emprendimiento a base de esfuerzo y empeño. Alguien que no se dejaba vencer ante las dificultades.

La rutina en casa era la de una familia trabajadora con dos niños. Uno de doce años y la bebé. Mi madre se dedicaba a nuestro cuidado y, cuando tenía algún momento libre, a las tareas del hogar. Limpiar, recoger ropa y juguetes, cocinar, etc. Mi padre también cumplía con alguno de esos cometidos, en casa nunca hubo diferencias de género a la hora de trabajar. El tiempo del que dispusiera cada uno era lo que delimitaba la faena de cada uno. Cuando yo dormía mamá se encargaba de la casa y

papá llevaba y recogía a Fernando del colegio y se encargaba de la compra. Una organización impuesta por la necesidad de arreglarse como buenamente se podía, como suele ocurrir entre la gente de clase trabajadora.

Los abuelos venían a visitarnos con frecuencia, eran una parte importante de nuestra familia. Blas y Juli eran una pareja que destilaba bondad, un matrimonio que llevaba toda una vida juntos, formaba parte el uno del otro. Los dos rebosaban paciencia y cariño a partes iguales. También la abuela Martina era una pieza clave en la familia. Vivía a una calle de distancia, así que tan solo daba la vuelta a la manzana para visitarnos cada día, siempre a la misma hora.

A medida que pasaba el tiempo, mis primeros juegos evidenciaron que las reacciones no eran las que debería tener una bebé. Oía y veía perfectamente, respondía a estímulos también con normalidad, pero mis movimientos eran algo más torpes.

Mis padres observaban con detenimiento cada avance en mi crecimiento. *La niña es más lenta que Fernando*. Aquella era la primera conclusión a la que ambos llegaron después de los primeros meses.

La primera en detectar que algo no iba bien fue la abuela Juli. Observadora y meticulosa, se dio cuenta de que, cada vez que me cogía en brazos, mis puños permanecían cerrados. Fue entonces cuando empezaron a aparecer los primeros signos de que algo no iba bien, pero inconscientemente, mis padres lucharon por descartar la evidencia. Sin embargo, durante mis primeros meses de vida, el retraso de mi desarrollo se fue haciendo más visible día a día.

Preocupados, no tardaron en acudir al pediatra para consultar qué es lo que podía estar pasándole a su niña. Me costaba dar la vuelta, sentarme, gatear... Las pruebas fueron concluyentes, padecía una parálisis cerebral.

Durante un tiempo, me convertí en el centro de atención de toda la familia. La rutina se torció de repente para dar paso a continuas pruebas

en el hospital, visitas a especialistas médicos y la angustia de no entender el porqué de todo aquello. Pruebas y más pruebas.

—La parálisis cerebral, en otros términos, es la falta de masa en una de las partes frontales que afecta al lado contrario del cuerpo, causado por un sufrimiento en el parto, en el caso de Marta se trata del frontal derecho, motivado por el uso del fórceps. Durante las milésimas de segundo que estuvo sin oxígeno le provocó daños irreparables. —las palabras del médico no dejaban lugar a dudas—No tiene cura, pero sí puede lograr una mejoría constante.

La cara de Julia, mi madre, aunque sin perder la sonrisa, se quedó blanca como la de una figura de yeso. Inmutable, clavada en el asiento del despacho del doctor Quiroga, no era capaz de articular palabra. Por un instante, el miedo se había apoderado de ella. La mirada de su marido la tranquilizó “somos padres de una niña preciosa”, le pareció leer en sus ojos. Julia recuperó su sonrisa.

Pedro había reaccionado de forma bien distinta. Asumió de inmediato que, si querían que su hija tuviese una vida normal, tendrían que informarse de todo lo que se pudiera hacer para ayudarla. Ahora tenía enfrente a la única persona que podía darle indicaciones sobre cómo debían actuar para que esa mejoría constante empezase desde aquel mismo momento. Se incorporó en la butaca para acercarse a la mesa, en el lado opuesto, el doctor seguía observando el informe de las pruebas realizadas.

—Dígame qué debemos hacer doctor. Todo lo que esté en nuestra mano dé por hecho que se hará. —le dijo mi padre manteniendo la serenidad ante la noticia.

—Debemos esperar a ver cómo se desarrolla la enfermedad y cómo afecta a la niña. —continuó explicando— Por el momento, parece, por los impedimentos que presenta a la hora de comenzar a andar y a moverse para lo que se esperaría en un bebé de diez meses, que padece lo que denominamos espasticidad. Un trastorno motor caracterizado por un

aumento del tono muscular, hipertonía, que cursa con contracción permanente de los músculos. No sé si me explico con claridad— añadió, alzando la mirada sobre los pequeños lentes que se apoyaban en su nariz— esa rigidez muscular que han observado que impide que Marta pueda doblar las piernas con normalidad.

Fue durante las visitas de los abuelos cuando la abuela Juli, acompañando a mi madre cuando jugaba conmigo sobre la cama, se dio cuenta de que mis piecillos tampoco respondían de la forma esperada. No conseguía mantenerme en pie y se lo comentó a mis padres, que preferían dar tiempo al tiempo. “Cada bebé evoluciona a su ritmo, mamá”, le decía mi madre.

Sin embargo, a diferencia de mi hermano, con diez meses, yo mantenía los puños cerrados y mi cuerpo se caía cada vez que me dejaban sola para intentar dar algún paso. Aquella rigidez era extraña, mi musculatura parecía no atender a los parámetros propios de los primeros meses. Durante unas semanas no fueron conscientes de que aquello no había hecho más que empezar. Hasta que decidieron acudir al hospital para verificar que el crecimiento de su hija no era el que cabía esperar.

Conscientes de que su vida cambiaría a partir de entonces, mis padres decidieron buscar información sobre mi enfermedad para atenderme y ayudarme a mejorar en todo momento. En adelante, tendrían que dedicar gran parte de su vida a que yo pudiera vivir la mía.

Tomaron buena nota de los consejos médicos y se pusieron manos a la obra. El primer paso, bañarme con mi madre con asiduidad. La toma de contacto con el agua, aunque al principio yo la rechazase, poco a poco relajaba mis músculos, ganando agilidad. Me abandonaba en los brazos de mi madre y podía moverme con algo más de facilidad al tiempo que perdía rigidez. Compraron un caminador para que pudiera sostenerme en pie. Realizaron obras en casa, sustituyendo la bañera por un plato de ducha pensando en el futuro.

—Nada está adaptado a las necesidades físicas de la niña en el barrio —dijo mi padre después de dar varias vueltas con el coche por los alrededores de nuestra casa, intentando aparcar.

—La verdad es que no me había dado ni cuenta, pero es así. Claro que podemos aparcar lejos y venir caminando cuatro calles con ella en brazos.

—Ahora sí, Julia, pero qué ocurrirá dentro de unos años. Qué pasará cuando tú no puedas cargar con ella, o cuando ya sea algo mayor y no tenga edad para ir en brazos de su padre... —dijo papá con contundencia— No, tenemos que buscar soluciones para la nueva forma de vida que deberemos llevar. Nuestra hija es una persona como cualquier otra y tiene derecho a poder vivir como los demás. Si el piso no está adaptado, lo adaptaremos y si el barrio tampoco lo está, solicitaremos que se tomen las medidas oportunas para que Marta, una vecina más, pueda moverse con total libertad.

Al día siguiente, mi padre acudía al ayuntamiento de la localidad con todos los informes médicos en mano, para solicitar una plaza de aparcamiento de movilidad reducida delante del portal de nuestro domicilio. Algunos vecinos se quejaron de que se tomase aquella medida. La lástima es un sentimiento egoísta que no deja lugar a la empatía y eso era lo que estaba sucediendo. Para muchos, aquel era un espacio reservado que no tenían por qué respetar y al principio aparcaban allí, pero poco a poco, al ver que no les quedaba más remedio, se fueron acostumbrando a la situación.

La cabecita de Pedro no paraba quieta pensando nuevos ejercicios para que yo pudiera desarrollar mi musculatura con normalidad, así que instaló en casa unas espalderas y unas barras paralelas para que pudiese trabajar mi cuerpo.

Nadie les había enseñado cómo gestionar la situación, pero los tres, mis padres y mi hermano, aprendieron a marchas forzadas cómo actuar

para que la bebé con parálisis cerebral, con problemas de movilidad, se desarrollara como cualquier otra niña.

Si lo hacían bien yo crecería bien, esa era la máxima a seguir. Aquella sería en adelante la fórmula para que siempre me considerase una niña como cualquier otra, una niña feliz.

CAPÍTULO 2  
EL COLEGIO

La búsqueda de guardería para bebés de cero a tres años resultó ser misión imposible en Pozuelo. Por mucho que lo intentasen en toda la localidad no había ni una sola plaza adaptada disponible.

En aquella época, eran muy pocos los centros educativos que tuvieran plazas para los alumnos con necesidades especiales. La educación infantil, requería de personal adicional que se preocupase de hacer un seguimiento exhaustivo a cada uno de los alumnos que tuviesen capacidades distintas al resto, tanto a nivel psíquico como físico. Aquello suponía un gran inconveniente, no solo en referencia al aprendizaje de los niños, sino en cómo interfería en su inserción social.

Finalmente, mis padres decidieron ampliar el radio de acción abriendo un abanico de posibilidades en otros municipios.

En septiembre empezaba la escuela infantil por primera vez en la localidad de Majadahonda, a unos pocos kilómetros de casa.

Con mi diminuta mochila al hombro, ropa deportiva y una sonrisa de oreja a oreja, entraba por la puerta del colegio infantil para encontrarme con nuevos amigos y aprender fuera de mi entorno familiar. Aquello era una gran aventura para todos. Mi madre me acompañaba, emocionada, dejándome en manos de la profesora hasta ver cómo desaparecía para entrar en clase.

Para sorpresa de profesores y algunos padres de otros alumnos, que me observaban curiosos a la salida de clase, me adapté sin ningún tipo de problemas. Mi progresión era la misma que la de cualquier otro niño o niña de la misma edad.

Mis padres me esperaban satisfechos y orgullosos a la salida para que, con mi boca de trapo, les explicase lo que había hecho durante el día junto a mis compañeros y compañeras de clase.

En un abrir y cerrar de ojos, transcurrió el periodo de escolarización infantil y, cuando cumplí los tres años, mis padres se vieron de nuevo

obligados a buscar plaza adaptada para matricularme en un centro de enseñanza básica.

Después de recorrer todas las escuelas de Pozuelo, por fin encontraron un centro donde matricularme, pero debería esperar un año para empezar mis estudios porque primero tenían que crear la plaza con accesibilidad, no había otra opción.

Así pasé un año en casa. Un año de juegos y ejercicios de rehabilitación para activar mis músculos, siempre acompañada de mamá, que también trabajaba en casa como costurera junto a mi tía María José, las dos soñando con montar algún día su propia empresa de costura.

Julia, mi madre, es una mujer de estatura media, tan solo unos pocos centímetros que mi padre. De cabello oscuro y tez morena, con una mirada limpia que entenece a cuantos hablan con ella. Siempre atenta a todo, su discreción contrasta con esa agilidad y empeño que pone en todo lo que hace. De complexión delgada, pero a la vez fuerte, trabajadora incansable, combinaba sus tareas con las atenciones hacia mí, su niña, su bebé risueña que la miraba mientras cosía y cosía junto a mi tía.

Tras cumplir los cuatro años, a principios de septiembre de ese mismo año, comencé mis estudios en el colegio ocupando una plaza adaptada. El primer día me dieron un andador para moverme con mayor comodidad por el centro y me presentaron a una persona que velaría por mi bienestar dentro de la escuela. Se trataba de Angelines, la técnica de apoyo. Ella sería la encargada acompañarme en los intercambios de clase, en el comedor y en prestarme toda la ayuda que necesitara. Contaría también con Francisco, un fisioterapeuta que controlaría el estado de mis piernas, realizando revisiones y ejercicios cuando fuera preciso.

Yo me sentía bien. Había aprendido a convivir con otros niños y mantenía la misma progresión que el resto de la clase. Practicar natación con mi madre me ayudaba mucho con la movilidad y los ejercicios en casa, bajo la supervisión de mi padre, parecían surtir efecto.

A mis cuatro añitos, era la mayor de clase. Nunca olvidaré la primera reacción de mi nueva profesora cuando me vio entrar en clase. Empujaba mi andador, sonriendo como siempre, mirando las novedades del aula y las caras de mis nuevos compañeros. La mujer no podía disimular su cara de sorpresa al verme. Descolocada sería la palabra exacta, porque aún hoy en día, no sabría decir si lo que sentía la profesora era miedo, alegría o cabreo al no alcanzar a entender lo que mis padres pretendían mis padres metiéndome en aquel colegio. Mientras me presentaba al resto de la clase y me enseñaba los materiales que había en el aula, las miradas se cruzaban entre ellos, pero mi sonrisa no se apagaba. Ahí estaba Marta dispuesta a aprender, como todos.

En el descanso de clase descubrí que en el colegio había otros niños y niñas con algún tipo de discapacidad, igual que yo. La zona de recreo no era muy grande, pero tenía un arenero con varios cubitos, palas y rastrillos, a lo lejos una caseta donde guardar esos juguetes y un huerto. Me encantaba estar con ellos. Algunos llevaban un andador como el mío, otros iban con muletas y otros incluso podían moverse solos. Angelines estaba con nosotros. Nos atendía y se interesaba por lo que habíamos hecho en clase. Jugaba con todos y nos decía que aquella era su hora preferida del día porque podía compartirla con nosotros. Era nuestro ángel de la guarda. En ausencia de nuestros padres, si alguno la necesitaba, ella estaba siempre ahí. Si me caía ella me levantaría, esa idea me daba fuerza.

Yo observaba a los otros alumnos y alumnas con discapacidad. Eran como yo. Me gustaba mirarlos, sus gestos, sus miradas, mientras les contaba cómo era mi aula y les preguntaba “¿qué tal tu clase?, ¿qué has hecho hoy?”. Nunca me sorprendía descubrir lo que les hacía distintos a ojos de los demás, todo me parecía normal, todos éramos iguales.

Ansiosa por disfrutar, me acercaba también a los otros niños, los que no tenían ninguna dolencia visible. Yo jugaba y me lo pasaba bien sin plantearme lo que podía o no podía hacer. Las reacciones de los niños eran distintas. Algunos jugaban conmigo sin apreciar ninguna diferencia

a cuando lo hacían entre ellos. Otros, se me quedaban mirando pasmados sin saber qué hacer y finalmente se retiraban para unirse a otro grupo. Algunos simplemente pasaban de largo al verme, me evitaban desde un principio. Sin embargo, ningún gesto me afectaba, yo seguía moviéndome de un lado a otro, conociendo a niños de edades similares a la mía y jugando mientras sonreía contenta para aprovechar los minutos de juegos en el patio.

Yo me sentía una niña normal y corriente. Aprendía a coger un rotulador y pintar, a coger un lápiz y escribir las primeras letras, dibujaba, reconocía los primeros números y, lo mejor de todo, empezaban a invitarme a asistir a las fiestas de cumpleaños de mis compañeros de clase.

Cuando estaba con los alumnos de mi clase, miraba de lejos al grupo de amigos con discapacidad, les veía apartados. De vez en cuando alguno de los otros niños se les acercaba, pero, sin entender bien porqué, veía que enseguida se retiraban para volver junto al resto, con los que no tenían ninguna capacidad especial. Yo no entendía qué ocurría. Mientras a mí se me acercaba la mayoría en cuanto cogía una pelota o las gomas de saltar, ellos seguían distanciados. Más allá del uso un simple andador, yo era como el resto de la clase.

Mi profesora trasladó a mis padres mis óptimos resultados escolares. Seguía sin problema el ritmo de aprendizaje.

—Julia, ahora sí que veo florecer lo sembrado día a día con tanto esfuerzo. Veo a Marta contenta, relacionándose con todos los críos de su edad, con y sin discapacidad. Su profesora está encantada con la progresión de Marta y el colegio está realmente adaptado a las necesidades que tenga. —le dijo a mi madre, mostrando su satisfacción—

—Sí, si por esa parte estoy contenta, sin embargo... —mi madre sentía que todavía faltaba mucho por hacer.

—Ya, ya sé lo que me vas a decir... —le interrumpió papá mostrando también su preocupación— en ese aspecto la niña progresa, pero su

enfermedad no remite. Parece que no evoluciona su mejoría por mucho que hagamos. —apoyando sus manos en la cintura, prosiguió con sus muestras de optimismo— pero mira, en el colegio no han puesto ninguna pega a que Marta siga con la terapia de natación y quizás el doctor nos de buenas noticias sobre los avances médicos en la próxima visita.

Como si de un gurú se tratase, mi padre dio en el clavo. En la siguiente visita, después de la revisión del doctor en la que comprobó que los ejercicios en la piscina daban sus frutos, nos informó sobre la posibilidad de realizar una intervención quirúrgica en cuanto cumplierse cinco años.

Sin dudarle, puesto que se trataba de una mejora sustancial, justo el mes de julio de ese mismo año, al cumplir los cinco, se llevó a cabo la operación.

—La operación tiene como objetivo que Marta pueda bajar los pies para dejar de andar de puntillas. Apoyar las plantas de los pies en el suelo.

Explicaba el doctor Quiroga en un tono afable, pero firme, mientras mis padres, sentados en las butacas frente a su mesa, permanecían atentos a cada detalle.

—La operación no entraña mayor riesgo que la de pasar por quirófano, naturalmente sé que no es plato de buen gusto, pero la mejoría sería considerable puesto que le proporcionaría la autonomía suficiente como para poder caminar sola —continuó ante la mirada pensativa del matrimonio— Después de la intervención, deberá llevar una escayola en cada pierna, desde la punta de los pies hasta la ingle. —El doctor recostó su espalda en el respaldo de su butaca, haciendo rodar el asiento levemente esperando la respuesta de Julia y Pedro.

—¡Buff! No sé, por supuesto se trata de una mejora y estamos de acuerdo con operarla —dijo mi padre mirando a los ojos de mamá buscando su complicidad— pero tengo algunas dudas —añadió ante la afirmación con un gesto de cabeza de mi madre, pero adivinando que tenía las mismas reticencias que él.

—Verá doctor, ahora la niña está progresando en la escuela, está aprendiendo mucho, es la base de una educación al mismo ritmo que el resto de los niños de su edad y eso, para nosotros, es de suma importancia. —explicó mi madre al médico— Para que Marta se integre en la sociedad en igualdad de condiciones a medida que vaya creciendo, pensamos que es esencial que intente continuar con los estudios desde el principio, igual que el resto de niños. No queremos que arrastre deficiencias educativas durante su etapa escolar.

—Lo comprendo y como padres, entiendo que esa es también una preocupación que va más allá de los aspectos médicos. —dijo, sacándose de la boca la parte trasera del bolígrafo *Bic* que había introducido jugueteando mientras escuchaba los argumentos de mamá. —pero podemos buscar soluciones juntos, veamos... Aunque la escayola sea algo aparatosa, al ser tan pequeña, por su musculatura, es más sencillo que si fuese mayor. Por otra parte, no tiene porqué faltar a clase, solo deberá llevarlas un mes tras la operación, de manera que puede seguir con sus clases. Sinceramente, creo que es la mejor opción.

Pedro y Julia abandonaron la consulta llenos de esperanza y dispuestos a consultar conmigo la opción que se presentaba.

Sentado en el sofá, Fernando y yo, permanecimos atentos a las explicaciones de mis padres, esperando que acabasen su relato para conocer su opinión y preguntar algunos detalles que me preocupaban.

—Papá, ¿cómo podré ir a clase con las dos piernas escayoladas? —dije mostrando mis reservas.

Tenía solo cinco años, ganas de ir al colegio, de jugar, de aprender, pero sobre todo de mejorar para poder hacer más cosas. En mi cabecita infantil no cabía la posibilidad de llevar la contraria a nada de lo que mis padres considerasen que era bueno para mí, pero agradecía que se me tratase como a una personita con criterio propio en todo lo relacionado con mi persona.

Lo único que puedo recordar de aquella operación fue que, poco después, asistía a clase sentada en una silla de ruedas, con las piernas estiradas por completo, forradas por una escayola más grande de lo que yo hubiese querido. Aun así, mi positividad y mi sonrisa me acompañaban a diario mientras mis compañeros firmaban y dibujaban en las escayolas de mis piernas. Mis ataques de risa les motivaban para seguir pintando en el yeso y yo disfrutaba aun más de su compañía.

Tras una recuperación lenta, pero segura, mis pies podían apoyarse sobre el suelo completamente. Mis piernas ganaron fuerza y estabilidad y continué con mis ejercicios de natación.

En cuanto cumplí los cinco años, dejé de bañarme con mi madre para empezar a nadar sola. Disponía de un monitor de natación y compartía horas de piscina con algunos de mis compañeros del colegio, aquello se convirtió en un aliciente más.

Me encantaba ir a natación. Me gustaba ver a mi madre sentada en la grada, observando mis movimientos y disfrutando de cada pequeño avance. La observaba desde el agua, sentada junto a las otras madres y sentía que aquel era el mejor momento de la semana. Aprendí a amar el agua. En aquel elemento me sentía como cualquier otra niña, hablando con los monitores mientras me sostenía por mí misma, con los pies en el suelo, sin acusar la flaqueza de mis músculos, escuchando como nos elogiaban y aplaudían nuestros esfuerzos.

Al inicio del curso siguiente se produjo el cambio de enseñanza infantil a primaria. Me incorporé a las clases, de nuevo empujando el andador, pero ahora apoyando mis pies completamente en el suelo. La clase era la misma, con los mismos alumnos que pasamos de curso. Sin embargo, la profesora era otra y permanecería con nosotros hasta sexto de primaria.

El aprendizaje era ahora un poco más complicado. Nuevas materias y mayor grado de exigencia. Comienzan los primeros exámenes, castigos

o reprimendas cuando había mal comportamiento, pero también excursiones.

En casa seguían contentos. Mis padres seguían muy de cerca cada cambio, a nivel físico y mental.

—Se nos hace mayor, Julia —le decía mi padre a mamá cada vez que me veía hacer algo nuevo o explicar algún detalle de lo que hacíamos en clase.

Mi plan preferido era ir a casa de mis abuelos a comer y después jugar junto a mis primas con las *Bratzs*, unas muñequitas cabezonas de moda en aquella época. Ainhoa tenía un año más que yo, Andrea dos menos, ellas eran primas por parte de mi madre, a diferencia de Alba, que era prima por parte de mi padre, casi de mí misma edad y con la que jugaba en casa de la abuela Martina. Juntas formábamos un divertido cuarteto que se pasaba horas y horas jugando y riendo. Las vestíamos con diferentes modelitos, las peinábamos y nos inventábamos historias donde ellas eran las protagonistas. También creábamos coreografías con nuestras canciones favoritas. Desde siempre habíamos estado muy unidas, vivíamos cerca y nos reuníamos a menudo. Nuestra familia siempre ha permanecido muy unida y eso ha fomentado que, entre los primos, especialmente las chicas, que somos casi de la misma edad, hallamos compartido momentos inolvidables.

Mis resultados en el colegio durante la etapa anterior hacían presagiar que todo iría igual de bien en primaria. La profesora de los cursos de infantil estaba muy contenta con mis avances, de modo que en casa estaban tranquilos en ese sentido y yo también.

El patio de los cursos de primaria fue todo un descubrimiento. A diferencia del otro, este me pareció enorme. Contaba con tres pistas deportivas, una de fútbol, otra de baloncesto y otra, más pequeña, para juegos diversos o reuniones de grupitos que querían simplemente charlar. Había bastantes rampas, un factor importante para mis desplazamientos, pero algunas estaban todavía en construcción. Dos porches gigantes

complementaban el recreo, con una zona vacía para que jugásemos a lo que quisiéramos y otra con juegos de mesa que llamaron especialmente mi atención. Nunca había visto un patio como aquel, estaba encantada.

También el gimnasio me entusiasmó. Aunque los demás alumnos tendrían asignatura de educación física, yo seguiría allí mismo con los ejercicios con Francisco, el fisioterapeuta. Junto a los baños, había una sala para los días de lluvia, donde se podían hacer actividades de pintura, plastilina e incluso hacían proyecciones de películas.

Por mi parte, seguía con la misma idea de continuar con los niños de clase, pero también relacionándome con mis compañeros con discapacidad. Aquello no lo iba a cambiar nadie, puesto que, además, ahora Angelines ya no iba a poder estar tanto con nosotros, aunque yo no entendía la razón.

Seguía siendo la mayor de la clase y, a medida que crecíamos, se notaban más las diferencias de edad. Al principio no me costó nada, aunque la profesora enseguida me demostró que no estaba contenta teniéndome en su aula. Me decía cosas, como que estaba tardando en leer, algo que nunca me habían dicho y que tampoco se demostraba en casa. Supongo que por eso mis padres no se preocuparon demasiado. Ellos seguían viendo mi progresión y en eso se basaban siempre.

Mi positivismo se demostraba en todo lo que hacía. Era la única niña a la que le gustaba la comida del comedor de la escuela. En casa nos reíamos cuando, poniéndome como ejemplo, Angelines lo mencionaba “da gusto que una niña coma tan bien”, y yo, sonrojada, pero orgullosa se lo contaba a mis padres y a Fernando en cuanto llegaba a casa. La verdad es que siempre repetía plato y terminaba enseguida de comer, algunas veces incluso les decía que me hubiera gustado poder desayunar también en el cole.

Si algo odiaba era llegar tarde. Mis padres me llevaban siempre puntuales. Me levantaba con energía. También escogía mi propia ropa, siempre conjuntada, tal y como mi madre me había enseñado. Era una

niña presumida desde pequeña. Regresaba del cole junto a mis compañeros con discapacidad, acompañada también por Angelines, la técnica. Aquello no me disgustaba, entendía perfectamente que mis padres estuvieran trabajando y no pudieran recogerme. En la puerta de casa, el transporte escolar paraba para que bajase, y allí me despedía de Angelines y los demás con una sonrisa en los labios. Sin embargo, algo que nunca entendí era por qué no se mezclaban los niños por igual en un solo autobús. Todos cabíamos allí y con una rampa o un elevador, se hubiera solucionado la accesibilidad. Pues no, un día tras otro, me preguntaba por qué teníamos que ir unos en un minibús adaptado y el resto en un autocar más grande. Yo soñaba siempre con poder ir en el autocar grandote. Viajar todos juntos. Al fin y al cabo, lo único que los diferenciaba era el tamaño. Pregunté a varios profesores la razón, incluso a nuestro ángel de la guarda, Angelines, pero nadie me dio nunca una respuesta. A todo el mundo le debía parecer bien que se separase a los alumnos de aquella forma.

Uno de los aspectos más negativos del tema del transporte se producía cuando íbamos de excursión. La profesora no perdía ocasión de recordar a toda la clase que, muchas de las excursiones que queríamos hacer, no podían llevarse a cabo porque yo necesitaba un autobús adaptado, además del autocar para el resto y claro, aquello el Centro no se lo podía permitir.

Antes de salir de excursión, la profesora entregaba a todos los alumnos un papel para que los padres firmasen el permiso de viaje. Los míos siempre aprobaban la salida, encantados de que su hija hiciera las mismas actividades que el resto de los alumnos de clase. Por mi parte, ir de excursión era un aliciente para seguir el ritmo de mis compañeros. Como a cualquier otra niña, me gustaba romper el ritmo de las clases para hacer actividades diferentes.

La primera vez que salí de excursión, me sentía excitada antes de que la profesora nos colocase en filas perfectamente alineadas junto a los demás, todos con nuestras mochilas.

—Mamá, la he repasado cinco veces ya para no dejarme nada —le decía contenta a mi madre la noche anterior, nerviosa y feliz— la cantimplora llena, las fiambreras del almuerzo y la comida para que me pongas el bocadillo y la fruta, ¿qué más tengo que llevar?

—Hija no te preocupes, estás nerviosa y es normal, pero estoy segura de que no te faltará nada, te lo pasarás genial y cuando vuelvas estaremos todos esperándote para que nos cuentes cómo ha ido y qué has visto. —me dijo para tranquilizarme.

Al día siguiente, en la entrada del colegio nos esperaba el autocar. Por fin subiría con el resto de mis compañeros de clase al autobús grandote. Subí las escaleras, una a una con sumo cuidado con la ayuda de Angelines, que a continuación bajo del autocar para guardar en el enorme maletero inferior mi caminador. La cara de la tutora de clase era un poema. No cabía duda, llevarme con ellos era algo que la superaba y no tenía ninguna intención de disimularlo.

Mis desavenencias con la tutora eran evidentes, pero solo era ella quien demostraba el fastidio que sentía por tenerme en clase. La señorita Pilar. Nunca supe exactamente cuál era la razón por la que se esforzase en que yo me sintiera diferente a los demás, el caso es que nunca lo consiguió y aquello parecía enfurecerla aún más.

Al cumplir los cinco años, en la revisión médica de control periódica, el doctor Quiroga nos informó de que sería conveniente que me inyectaran la toxina botulínica. Se trataba de contrarrestar la espasticidad, una especie de temblor que te invade sin pedir permiso, algo que se escapa al control de mi cerebro y que, igual que paraliza parte de mi cuerpo, lo impulsa a producir espasmos incontrolables en cualquier momento.

Naturalmente, tal y como veníamos haciendo siempre, aceptamos cualquier medida que aportase una mejora a mi calidad de vida. Aquellas inyecciones semestrales significaban en aquel momento que una niña de

cinco años veía acercarse una jeringuilla más grande que su propia cabeza para clavarse e introducir un líquido doloroso en su cuerpo. Pude con ello, a día de hoy sigo soportándolo, pero sumí entonces como ahora, que es algo que forma parte de mi lucha personal por llevar una vida normal.

### CAPÍTULO 3

## VACACIONES, CUMPLEAÑOS Y... ACOSO ESCOLAR

Se acercaban las vacaciones de Navidad y en el colegio quisieron que nos despidiéramos antes con una pequeña excursión. Se trataba de una actividad fuera del colegio. Íbamos a patinar sobre hielo.

Entusiasmada con la idea, aquella tarde llegué a casa con el papelito de la autorización en la mano y entré en casa levantando cuanto pude mi brazo con él en la mano, ondeándolo como una bandera. La risotada de Fernando se oía por todo el piso. Mi padre sonreía mostrando su blanca dentadura al verme tan ilusionada. Mamá fue la única que me planteó si estaba segura de querer ir.

—Por favor mamá... ¡Pues claro que quiero ir, faltaría más, perderme yo una actividad así! —le dije, algo sorprendida de que ni siquiera lo dudase.

—Hija, claro que sí. —dijo mi padre abrazándome— estamos muy orgullosos de que no tengas miedo a nada, de que quieras hacer lo mismo que el resto de niños y niñas de tu clase.

Me estaban inculcando el amor a la vida, el instinto de superación y las ganas de vencer cualquier reticencia relacionada con mi discapacidad. Ellos luchaban, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

Al día siguiente de nuevo nos reunimos toda la clase a la entrada de la escuela para dirigirnos a la pista de patinaje. Le entregué la autorización firmada a la profesora, que me miró con cara de circunstancias, se quedó pensativa durante unos segundos y a continuación me dijo, “¿Tus padres están seguros de dejarte venir?” Mirándola fijamente le contesté. “Sí, ¿por qué no lo iban a estar?” Aquella era la primera vez que nos enfrentábamos las dos, pero no pude quedarme callada. En otras ocasiones, si bien ella siempre me decía que académicamente mi ritmo era más bajo que el del resto de la clase, yo nunca le dije nada, seguía aprendiendo y demostrando en casa que mi nivel era bueno.

Yo me sentía muy tranquila porque, además, la zona de patinaje estaba justo al lado de la piscina donde yo hacía natación, así que por allí todos me conocían. Nunca antes había ido sin mis padres por allí, pero aquella vez me apetecía probar. En cuanto llegamos, tal y como esperaba, algunos monitores y personal de la piscina al verme, me saludaban al pasar cerca de ellos.

Todos sentados en los bancos que hay junto a la pista de patinaje, una de las encargadas del recinto repartió los patines a cada alumno, primero nos preguntaba el número de pie y a continuación nos entregaba los adecuados para cada uno. La chica nos explicó lo que íbamos a hacer y nos dispusimos en fila para ir entrando a la pista. De pronto, Pilar, la profesora, se acercó a mí.

—Marta, tú no. Tú no puedes. Te quedas sentada aquí conmigo. — dijo tajantemente, sin preguntar mi opinión—

Me la quedé mirando y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la encargada del local le contestó sin darle opción a réplica.

—Sí, sí que puede. Además, puede entrar con su andador y, si lo necesita, tenemos un monitor libre para que la acompañe en la pista.

Mi cara cambió por completo, creo que se debió iluminar solo por la impresión de ver cómo alguien contestaba a mi profesora llevándole la contraria. “¡Toma yaaa!”, pensé.

Para mí, aquella forma de actuar era totalmente injustificada. Desde que nací, yo vivía en un entorno de confianza y apoyo continuo en el que se me animaba a probar, a intentar mejorar y a comportarme siempre como el resto de la gente. No entendía que una profesora, con la que me relacionaba a diario, me mostrase siempre una condición de inferioridad que yo no veía por ninguna parte.

Aquella circunstancia provocó que la etapa de enseñanza primaria se me hiciera larga, pesada. La profesora Pilar, insistía en ponerme en evidencia delante de mis compañeros en mitad de clase, diciendo que mis

resultados no eran buenos y que no conseguía seguir el ritmo de los demás. Para las asignaturas de matemáticas y lengua, incluso me pusieron un profesor de refuerzo, que tampoco entendía qué hacía allí si la persona a la que tenía que ayudar llegaba perfectamente al nivel exigido. Yo lo entendía todavía menos, pero, por otra parte, contar con otro profesor me liberaba de estar con Pilar, así que acudía a clase contenta.

Pasados varios años, por fin terminaron en la escuela las obras de accesibilidad que faltaban. Las rampas para las sillas de ruedas estaban listas, de manera que la matriculación de más niños y niñas con discapacidad fue inminente. Muchos de los alumnos de otros colegios cercanos que necesitaban ese tipo de instalaciones se cambiaron a nuestro Centro. Sin embargo, si bien la estructura del edificio había mejorado considerablemente, la actitud de profesores y personal de la escuela seguía sin estar a la altura de las circunstancias. El proceso de integración de los nuevos alumnos quedaba lejos de mis expectativas. Continuaban imponiendo un hecho diferencial entre ellos y el resto del alumnado. Yo no podía entenderlo. Si por un lado me sentía orgullosa de pertenecer a un centro de enseñanza pionero, un modelo de instalaciones de educación infantil adaptadas a todos por igual, por otro lado, la actitud de los responsables en llevarla a cabo me avergonzaba.

Uno de aquellos días que mis primas y yo jugábamos en casas de mis abuelos, le expliqué a Ainhoa cómo me preocupaba aquella situación. Me sentía disgustada y mi prima quiso darme su opinión puesto que sabía perfectamente que, al ser algo mayor que yo, tenía muy en cuenta su punto de vista sobre cualquier tema.

—Es que es una pasada, en mi colegio no hay rampas ni baños adaptados, ni nada de lo que tenéis en tu colegio. —dijo mi prima Ainhoa.

—Ya, está muy bien todas las mejoras que han instalado, pero no te creas, ellos no están contentos con estos cambios. —le expliqué.

Tenía entera confianza en mis primas y compartí con ella las sensaciones que tenía a medida que pasaban los días.

—Marta, coméntales lo que sientes. De verdad, en ningún otro colegio del barrio tienen nada parecido. Tendrían que estar orgullosos.

—Ya lo he hecho. —contesté— He intentado decirles que es algo muy bueno lo que han hecho, que es una manera de poder facilitar que los niños y niñas que quieren aprender, pero no pueden moverse como los demás, tengan la oportunidad de hacerlo aquí. Pero creo que ellos no lo ven así.

Mis nuevos compañeros con discapacidad estaban siempre solos. Los demás alumnos y alumnas no se les acercaban demasiado, tampoco se fomentaba por parte de los profesores que pudieran relacionarse con normalidad.

Puesto que yo siempre había intentado jugar y charlar con todos, cuando contaba siete años, tuve por fin la que consideré mi mejor amiga, Claudia, una compañera de mí misma edad. Empecé a confiarle mis gustos, mis preferencias, le contaba lo que hacía en mis ejercicios de natación, los juegos y salidas los fines de semana con mis primas. Claudia me escuchaba atentamente alucinada por la buena relación que manteníamos entre las primas. También me invitaba a comer a su casa, me quedaba a dormir con ella, etc. En casa estaban muy contentos de que estuviera forjando una amistad así con otra niña de mi edad. Sin embargo, las cosas se empezaron a torcer. En clase había gente que consideraban que yo debía estar con el resto de niños y niñas con discapacidad. No les hacía ninguna gracia que mi mejor amiga fuese una niña sin ningún tipo de enfermedad. Cruz lideraba al numeroso grupo que no quería que mi amistad con Claudia continuase.

—No sé por qué eres tan amiga suya, Claudia, ¿por qué te juntas con ella? —acosaba Cruz a mi amiga—

—Nos lo pasamos bien, ¿qué tiene de malo? Me gusta jugar con Marta. —contestaba ella al ver cómo Cruz insistía a diario.

La insistencia del grupo de niñas encabezado por Cruz, hacía dudar algunas veces a mi amiga, que, para librarse de ellas, decidió contarles lo

que hablábamos y hacíamos cuando estábamos solas. Era su forma de mantener la amistad con el resto de la clase sin dejar de estar conmigo.

Si algo valoraba de mi amistad con Claudia era que nunca me cuestionó por qué iba o dejaba de ir con mis amigos con discapacidad. Para mí era algo muy importante seguir relacionándome con todos por igual cuando quisiera. Así me habían educado, a no hacer distinciones de ese tipo. Claudia lo respetaba de forma natural, así que, el hecho de que contase nuestros juegos como un peaje que debía pagar para que no le dieran de lado Cruz y sus seguidoras, no me importó demasiado. Yo era consciente de la situación, me daba cuenta de todo, pero a esa edad tampoco sabía valorar lo realmente importante de una amistad.

Mi mayor fortaleza radicaba en el excelente ambiente familiar que reinaba entre los míos. Yo era una niña querida, mis padres eran un matrimonio modélico y tenía al mejor hermano del mundo. Mis primas, mis tíos y mis abuelos eran también pilares imprescindibles en mi vida, de manera que yo era una niña feliz y mi perpetua sonrisa lo evidenciaba.

No todos mis compañeros de clase tenían la misma suerte que yo. Especialmente Cruz. Supongo que sus circunstancias eran muy diferentes. Nunca supe exactamente cuál era su problema, pero sí sé que nadie sabía lo que aquel niño llegaba a hacer en el colegio o, si lo sabían, todos en su entorno lo pasaban por alto. Nunca llegué a hablar con él. Yo le observaba a cierta distancia, estaba impregnada de maldad, una maldad incomprensible que me provocaba rechazo. En alguna ocasión pensé que también él tenía algún tipo de discapacidad, pero psíquica. Alguna enfermedad mental que la predisponía a enfrentarse a todo y a todos, sin causa aparente, solo como una reacción contra el mundo y los que la rodeábamos. Una rabia incontenible que le nacía de dentro y que, probablemente, ni él misma supiera por qué. El caso es que contestaba mal a todos los profesores y siempre acababa castigado.

Cruz me miraba de forma rara, sus malas caras intentando hundirme no conseguían aplacar mi felicidad y la sonrisa impresa en mi

cara lo enfurecía todavía más. Cuando pasaba junto alguna de las mesas de mis compañeros, si las rozaba, él venía tras de mí y la limpiaba, como si yo hubiese infectado a mi paso aquello cuanto tocaba. Pasó a ser el líder del grupo que actuaba contra mí. Intentó una y otra vez que mi amiga Claudia dejase de venir conmigo. Quiso influenciar a todos mis compañeros de clase para que nadie me dirigiera la palabra, pero todo resultó inútil. Éramos veinte alumnos en clase, ¿cómo iba a caerle mal a todos? Por mi parte, intenté hacer caso omiso de su comportamiento, aunque anímicamente fuese agotador.

Mi pequeña venganza personal era jugar con quién me admitía tal y como era. Íbamos creciendo y cada uno de nosotros empezaba a desarrollar su propia personalidad, de manera que, poco a poco, cada niño y cada niña optaba por tomar sus propias decisiones, en la mayoría de los casos era incluirme en sus juegos y no hacer caso de Cruz, al que ya todos conocían bien. Ese era mi momento estelar. Pasaba por su lado con una enorme sonrisa y observaba su reacción. Nunca me dijo nada, todos los comentarios acerca de mí y de mi enfermedad que hacía correr en mi ausencia, era incapaz de decirlos a la cara. Cruz bajaba la mirada a mi paso y a mí lo único que me producía era asco. Nunca le tuve miedo.

Como consecuencia, aquel niño dejó de atacarme. Se dio cuenta de que aquello no surtía efecto y cambió de estrategia. Empezó a crecerse ante mis amigos con discapacidad. Los miraba fijamente para intimidarlos. Un día, delante de mí, empujó una silla eléctrica que pesaba ochenta kilos mientras me miraba sonriendo. Sabía que yo no podía pararle los pies. Aquella era su forma de llamar la atención. Con aquellas bromas de mal gusto pretendía que todos rieran, pero en realidad nadie le encontraba ninguna gracia. A la salida del colegio, aquel niño de mente perversa, mantenía una sonrisa angelical mientras a mí se me llevaban los demonios al ver su increíble hipocresía.

En cuanto se terminaba la semana de colegio me esperaba lo mejor, sábados y domingos con mis primas. A nadie de mi familia le conté nunca lo que vivía en el colegio de lunes a viernes. Entre los miembros de mi

familia, abuelos, tíos, primas y por supuesto mi hermano y mis padres, nunca existió la desigualdad, de manera que no quise que notasen mi odio y la tristeza que llevaba en mi interior. Mi mayor defecto crecía al mismo ritmo que yo, nunca pedía ayuda. Lo único que contaba entonces eran las ganas de que llegase el fin de semana para disfrutar junto a ellos.

Algo que me parecía muy curioso es que, entre los niños y niñas del colegio, solían pelearse por lo que a mí me parecían tonterías; unos hablaban mal de los otros, unas estaban celosas por la ropa que otras lucían o por el niño que les gustaba, por quedarse con la pista de fútbol, o simplemente decidían no admitir a alguno o alguna en el grupo de juegos. Era entonces cuando esa persona repudiada se acercaba a mí para no estar sola, eso sí, teníamos que escondernos para que los demás no vieran que estaba conmigo.

También seguía relacionándome con el resto de niños con discapacidad. Me encantaba que me contasen sus progresos académicos, aunque también me enfadaba mucho cuando sufrían acoso por parte de otros compañeros de su clase.

Las relaciones del colegio fueron aumentando a medida que cumplíamos años. Algunos de mis compañeros de clase, con los que nunca había cruzado ni una palabra, se acercaban a mí para entregarme una invitación de cumpleaños. Muchos esperaban ese momento, al contrario que yo, que deseaba no recibir ninguna. Mi madre insistía en convencerme de que debía acudir, justificando la invitación porque desde infantil aquellos niños y niñas me habían invitado, aunque yo no lo recordase.

Poco a poco les fui contando a mis padres y a Fernando lo que me sucedía en el colegio. La actitud de la profesora, de la mayoría de compañeros de clase... Incluso que mi mejor y única amiga contaba todo lo que decíamos y hacíamos juntas para caer bien al resto de la clase. Me estaba empezando a cansar de aquella situación.

La reacción de mi familia fue del todo inesperada, aunque acorde a su forma de ser. Ellos siempre me obligaban a enfrentarme a mis miedos, a vencer situaciones adversas que pudieran marcarme para el resto de mi vida. En aquella ocasión lo hicieron igual. Me obligaron a ir a las fiestas de cumpleaños en contra de mi voluntad, a todas las que me invitaban. De nuevo tuve que darles la razón. Gracias a los cumpleaños descubrí lo que era ir a la bolera, al *McDonalds*, al cine, etc. En aquellos ambientes todo era diferente. Los mismos niños y niñas, pero con un comportamiento completamente distinto. Quizás el hecho de que sus padres estuvieran allí, o los míos, les obligaba a moderarse y relacionarse conmigo como con el resto.

Afortunadamente, mi cumpleaños era en julio, una vez terminado el curso, así que nunca tuve que invitar a nadie a ninguna fiesta, siempre lo celebraba en familia.

Al cumplir diez años se celebró mi primera comunión. La hice junto a unos pocos niños y niñas de mi clase. El catequista me acompañó en la iglesia en todo momento, acompañándome hasta donde se encontraba el sacerdote. Mi familia acudió al completo. Estaban mis abuelos, Blas, Juli y Martina, mis tíos por parte de madre M<sup>a</sup> José, Miguel Ángel, Asunción y Blasito, mis tíos por parte de padre, que estaban en Madrid, Julio e Irene y por supuesto mis queridos primos y primas; Ainhoa, Alicia, Nacho, Andrea, Rubén y Samuel. También todos los del pueblo, Leonor, Benigno, Bruno y Feli con todos sus hijos, Mireya, Débora, Adrián, Jorge, Beni, Raúl, Sandra y Leonor. Tampoco faltaron los tíos y primos de Cáceres, a los que solo veía en vacaciones de verano y algunos fines de semana cuando íbamos a visitarles, mi prima Rebeca, Iván y los tíos Chema y Elisa. Mis padres invitaron también a mi amiga Claudia, que alucinó con mi entorno familiar y la felicidad que destilábamos estando juntos. Ahora comprendía mi eterna sonrisa pese a los desprecios recibidos en el colegio.

Un día a la hora del recreo me llevé una sorpresa desagradable que nunca me hubiera esperado. En el Centro se había decidido, alegando

mayor comodidad, separar el patio y zonas de juegos de los niños y niñas con discapacidad del resto de alumnos. Me explotaba la cabeza. Ahora lo entendía todo. Mi reacción de guerrera incansable contra la injusticia me empujó a continuar como siempre, relacionándome con todos por igual, jugando en uno y otro lado de las zonas de recreo por igual, pese a tener que soportar más de una bronca, algunas de un calibre considerable.

Al final no pude más. Conté en casa hasta el mínimo detalle de lo que ocurría en el colegio. Sufríamos una absoluta discriminación. Las excursiones, los dos tipos de autobús escolar innecesarios, la conducta de Pilar, mi tutora de clase, la separación el recreo... Todo el mundo, incluidos mis padres, opinaba en contra de aquella situación, pero nadie pudo hacer nada. La única persona que nos mostró su entero apoyo fue la técnica de apoyo, Angelines. Gracias a ella, los alumnos con discapacidad logramos tener cada día más fortaleza y personalidad para afrontar los retos que en el Centro se nos imponían.

Llegaron las vacaciones de Navidad, Semana Santa y por fin las de verano. El siguiente curso, yo seguía siendo yo, con mis circunstancias naturalmente. Continuaban mis revisiones médicas, mi terapia de natación y la guerra particular que seguíamos luchando mis compañeros con discapacidad y yo. Una guerra a la que veíamos final, cada día descubríamos algún nuevo impedimento a nuestra inmersión social.

El único aliciente del último curso era marcharse de allí. Pronto terminaría el periodo escolar de Enseñanza Primaria y en el colegio nos invitaban a sumarnos a la excursión para visitar uno de los Institutos cercanos para seguir con la Educación Secundaria. Una sensación de libertad me invadió nada más entrar en aquel Instituto. Profesores y alumnos nos recibieron con una enorme sonrisa. Me demostraron con su amabilidad y simpatía que estarían muy contentos si elegía aquella opción para continuar formándome. Era un lugar enorme y adaptado al cien por cien. Cuando llegué a casa les conté a mis padres las sensaciones que había tenido. Aquello me dio todavía más fuerza para seguir mejorando también con mi enfermedad.

Las visitas al médico continuaban. Madrugón y revisión, era ya una rutina a la que estaba acostumbrada. El doctor Quiroga nos informó de que, además de natación, podía hacer nuevos ejercicios, algún otro deporte, de manera que mis padres me apuntaron a hípica. Con esas prácticas aprendí a sentarme recta y a ganar estabilidad, pero lo mejor fue la experiencia de disfrutar con los caballos, aunque siempre me tocara montar un pony. También me apuntaron a clases de pintura, pero no se me daba demasiado bien, aunque conocí a dos niñas que lo hacían de maravilla y con quienes entablé una estupenda amistad.

La tristeza que vivía de lunes a viernes se me olvidaba cuando me encontraba rodeada de mi familia. Cuando mis compañeros de clase me contaban lo que hacían ellos o cómo quedaban en pandilla para jugar juntos, yo sentía que era la niña más afortunada del mundo. La educación que me inculcaban en casa, la fuerza mental que me transmitían, sentirme querida tal y como era, aquello sí era tener suerte. De pronto tomé conciencia de que el futuro estaría lleno de obstáculos y que mi vida sería un ejercicio de superación continuo. A tan corta edad ya estaba convencida de que nunca desfallecería.

Antes de marcharme de vacaciones teníamos la obligada visita al hospital. Mi positivismo me impulsaba a disfrutar del posterior paseo por el retiro y el bocadillo de tortilla de patatas e incluso de alguna revista que me compraban en el quiosco de la esquina. Tardábamos unos veinte minutos en recorrer la distancia que separaba nuestra casa del hospital, pero siempre teníamos que dar un montón de vueltas con el coche para poder aparcar porque las plazas de movilidad reducida nunca estaban libres. Así que mamá cogía una mantita para mis piernas y yo me dormía hasta el último momento en el coche. En aquella visita nos informaron de que había una nueva posibilidad de mejora. Otra operación para que mis rodillas pudieran ponerse rectas. La intervención consistía en alargarme los tendones del talón a la rodilla. La mala noticia era que, en esta ocasión, la operación se tenía que realizar en verano. Mis padres dejaron que fuese

yo misma quien tomase la decisión, pero antes me recordaron lo bien que me había ido con la primera cirugía.

Ahí estaba yo, pasando mi cumpleaños en una cama de hospital. Con unas escayolas de nuevo desde los pies hasta las ingles. Aguantando el insoportable calor. Sin embargo, con mis inseparables primas, Alba, Ainhoa y Andrea, encontramos la parte positiva. Jugábamos horas y horas a la Nintendo DS, a un juego de perritos que me habían regalado por mi comunión y que me tenía encandilada. Cuidar de los perritos era mi mayor afición, se me había metido en la cabeza la idea de tener uno de verdad y disfrutaba durante horas cuidándolo en la pequeña pantalla.

Por fin llegó agosto y la liberación de las escayolas. Se acabaron los picores en las piernas. Al principio cada visita al médico era frustrante, “una semanita más”, “espera otra semana, tu médico está de vacaciones”. Cuando vi aquella especie de motosierra acercarse al yeso, yo ya no tenía miedo, solo muchas ganas de salir de allí sin escayola. Era ya finales de agosto, de manera que, al inicio del nuevo curso debía empezar también mi terapia de natación para fortalecer la musculatura de las piernas. Volvería a andar con mi andador, pero ahora con los pies en el suelo por completo y las piernas rectas, aumentaría la velocidad de mis pasos.

Había ganado una nueva batalla. Empezaría una nueva etapa escolar y mis fuerzas estaban totalmente renovadas. Me esperaba el instituto, nuevos amigos y nuevas experiencias. La superación no paraba.

CAPÍTULO 4  
LA ADOLESCENCIA

Hoy día, a mis veintisiete años, me siento una mujer más madura de lo que pudiera ser cualquier otra chica de mi edad. No es solo cuestión de esfuerzo y lucha continua, es que mis circunstancias me han obligado siempre a meditar cada uno de los pasos que daba, de mis decisiones personales, como si pudieran ser determinantes para mi futuro.

Ese grado de madurez empecé a desarrollarlo desde una edad muy temprana. Aprendí a analizar con mesura el comportamiento de las personas que me rodeaban. Cómo me miraban, cómo me alentaban o, por el contrario, como preferían que desfalleciera al menos obstáculo que se interpusiera en mi camino.

Cuando eres niña, la influencia de las amistades, de las profesoras o monitores y, especialmente de tu familia, es fundamental. Yo siempre conté con lo más importante, un entorno familiar que me apoyó incondicionalmente. Aquella era mi gran fortaleza ante todo lo demás. Sentirme querida y animada para presentar batalla a los impedimentos físicos o psíquicos era un escudo protector invencible.

Al llegar a la adolescencia ya estaba acostumbrada a luchar. Había superado una intervención quirúrgica que me permitía colocar por completo los pies en el suelo, algo que la mayoría de los niños logran de una forma natural a los pocos meses de edad. Había superado una segunda intervención, sacrificando un verano estupendo en Cáceres junto a mi prima Rebeca, para poder estirar mis rodillas y caminar con mayor agilidad. Y finalmente, había logrado vencer la etapa escolar de Primaria sin venirme abajo pese a la negatividad de la profesora Pilar, que se esforzaba a conciencia en visibilizar mi discapacidad y de Cruz que insistía en que me quedase sin amigas y atacaba a todo el que fuera diferente, sospecho que a causa de sus propias carencias.

El último curso en el colegio fue la despedida de mi niñez. Como colofón, mis sentimientos infantiles también empezaron a transformarse y empezó a gustarme uno de los niños de clase. Un calor en el pecho

emergía de forma natural sin que yo me lo propusiera y contra todo pronóstico. Se lo conté a mis primas. Los nuevos sentimientos me transformaban en una personita tímida y retraída que no sabía cómo comportarse cuando él aparecía.

Como una mujercita espabilada, empecé a trazar una estrategia para saber si él sentía lo mismo por mí. Consciente de que mi amiga Claudia se lo contaría a todo el colegio más tarde o más temprano, decidí involucrarla yo misma en mi plan.

—¡Claudia! Necesito que me ayudes. —le dije un día durante el recreo— Quiero escribirle una carta a Martín, el niño que me gusta —le confesé observando cómo sus ojos y su boca se abrían al mismo tiempo— Sí, no te había dicho nada hasta ahora porque me daba un poco de vergüenza, solo lo sabían mis primas, pero se me ha ocurrido una cosa.

—¡Ostras, Marta! Me dejas de piedra, que bien disimulas, no me había dado cuenta de nada.

Las dos miramos hacia el lado opuesto del patio, Martín jugaba a pelota tranquilamente con un grupo de chicos de clase. De vez en cuando le veía mirar hacia donde estábamos nosotras y sonreír con timidez, pero ninguno de nosotros levantaba la mano para saludar.

Martín era un niño muy guapo, moreno, de cara redonda y un flequillo que caía de forma traviesa sobre su frente, a veces incluso le tapaba el ojo derecho. Entonces él movía ligeramente la cabeza en un gesto involuntario, o se ayudaba con la mano para apartarse el pelo con una pose distraída. A mí me encantaba cuando hacía eso. Tenía los ojos azules, dos pequeños lagos que me tenían encandilada. Lo mejor, sin embargo, era su sonrisa. Dejaban ver una de las mejores dentaduras de la época en clase y un hoyito en el pómulos izquierdo que le daba un aire gracioso.

—Bueno, ¿qué necesitas?, ¿qué es lo que se te ha ocurrido?, miedo me das.

—Claudia, quiero escribirle una carta contándole lo que siento por él, pero mi letra no es muy buena y me gustaría que fueras tú quien la escribiera. —le dije con decisión, era una forma de reivindicar que me lo debía, que conocía su forma de comportarse contando mis secretos, aprovechándose de nuestra amistad. Era justo que ahora me ayudase—

—Pero... ¿qué le digo? —contestó al tiempo que se ponía roja como un tomate.

—Yo te dictaré la carta, no te preocupes. Tengo muy claro lo que le quiero decir.

Ni siquiera me preocupó que Claudia pudiera contar también aquello. Tampoco que Martín no me correspondiera o que aprovecharse para explicárselo a todos y se convirtiera en la mofa de todo el colegio. Me sentía feliz. Faltaba muy poco para dejar atrás aquel colegio, tendría nuevos compañeros, iría a un instituto estupendo y haría nuevas amistades. De cualquier modo, no tenía miedo a enfrentarme a ello.

Cuando terminamos la carta, Claudia fue a pedirle que viniera donde estábamos nosotras. “Pero dónde me he metido, me va a dar un ataque de nervios, creo que nunca pasaré más vergüenza que ahora mismo en toda mi vida”, pensé mientras le veía acercarse con su sonrisa por bandera.

Nadie me dijo nada sobre aquello en lo que quedó de curso. Ya ni recuerdo cuál fue la reacción de Martín, a los once años, poco recorrido tienen los amoríos. El caso es que me sentí vencedora de una nueva batalla, empezaba mi adolescencia y yo tenía valentía para afrontarla.

La idea de tener un perro hacía tiempo que me rondaba por la cabeza. Se lo había comentado a mis padres. “Tengo claro que sea un perro pequeño y macho”, les decía convencida de que me saldría con la mía. A Fernando le daba igual, no era un enamorado de los animales, aunque tampoco se mostraba contrario a tener uno en casa y a mi padre

también le atraía bastante, porque yo les había prometido seguir con los ejercicios al mismo ritmo e incluso más, porque el perrito sería una nueva fuente de fortaleza para mí. Juntos recorrimos todas las perreras de Madrid, pero encontramos ninguno que cumpliera los requisitos, todos eran muy grandes.

Algunos fines de semana íbamos a Cáceres, a visitar a la hermana de mi padre, la tía Elisa y su familia, el tío Chema y mis primos Rebeca e Iván. Yo me llevaba muy bien con Rebeca, era tres años menor que yo y con Iván tan solo nos llevamos quince días, de manera que nos encantaba jugar juntos.

Uno de aquellos viajes me esperaba una sorpresa. Los vecinos de mis tíos tenían una camada de *Yorshire*. Justo la raza que nosotros andábamos buscando. Impaciente, mi padre me convenció de que habíamos llegado demasiado tarde y teníamos que esperar a la mañana siguiente para ir a verlos. Nos pasamos toda la cena barajando nombres para nuestro perro. Rocky, Tobi, etc., teníamos una ilusión enorme.

Al día siguiente, Rebeca y yo nos vestimos a toda velocidad. Antes de que el resto se levantase, ya estábamos listas para ir a ver los cachorros. Mis tíos y mis padres desayunaron a toda pastilla, los tres estábamos nerviosos, casi insoportables de la excitación por elegir entre los tres que nos confirmaron que tenían disponibles.

Nunca olvidaré la mirada de ojos negros de aquel cachorrillo. Cuando entramos en la casa, similar a la de mis tíos, nos condujeron hasta el garaje. Allí, en una esquina, tenían una caja de cartón con tres cachorros. La raza *Yorshire* ya es de tamaño bastante pequeño, así que, los bebés eran casi del tamaño de nuestra mano. Yo miraba emocionada a Rebeca. Sentía que estaba muriendo de amor. Nunca había sentido tanta ternura, me costaba retener las lágrimas. Mi padre y mi tío se retiraron para hablar con el dueño de los cachorros. Los oía de lejos hablar del precio, de los papeles, vacunas... “Marta, ¿cuál quieres de los tres?”

—Esos dos son hermanos de padre —dijo señalando a dos de ellos el hijo del propietario, que nos había conducido hasta allí—

—Pues este más pequeñito es el que más me gusta —dije cogiendo a uno de los dos hermanos—

—No me hace demasiada gracia separarlos, pero bueno, si ese es el que quieres, no se hable más, nos lo llevamos a casa. —dijo mi padre justo antes de que me tirase a sus brazos para agradecerse— ¿Sabes qué haremos? Cuando llegemos a Pozuelo se lo diremos a tus tíos, a lo mejor alguno quiere quedarse al otro cachorro, así los hermanos estarán cerca.

Finalmente, en el sorteo de nombres el ganador fue mi padre. El cachorrillo se llamaría Greco. Al volver a casa de mis tíos Iván, Rebeca y yo no parábamos de jugar con él, le observábamos, le dábamos de comer. Yo me quedaba mirando embobada su forma de caminar, a pequeños pasos, torpes y graciosos. En aquel momento pensé que aquel sería el amor de mi vida.

Aquel domingo la despedida fue más triste que de costumbre. Me costaba mucho marcharme de Cáceres y dejar a mis primos, especialmente después de haberlo pasado tan bien con Greco los tres juntos. Iván le construyó una especie de caseta con un cartón para que viajara cómodo en el coche. “Pero Iván, si es casi más grande que yo”, le dije partiéndome de risa. Las tres horas que duró el viaje me las paseé mirándolo. No me cabía en la cabeza que pudiera querer tanto a un animalito al que acababa de conocer y, además, fuera tan pequeño. Aparcamos en la puerta de casa y subimos la maleta y por supuesto a Greco. Cuando Fernando nos vio entrar alucinó. “¡Cómo es posible que hayas conseguido un perro tan pronto!”, me dijo sin dejar de mirarme sorprendido.

A partir de aquel momento Greco se convirtió en un miembro más de la familia. Era mi hermano pequeño. El pequeño *Yorshire* tenía a sus padres y a sus dos hermanos, su casita de cartón y un piso que olisqueó

de arriba abajo haciendo una ronda de reconocimiento, hasta que se tumbó tranquilo y acomodado en su nuevo hogar.

Todos en casa nos enamoramos de Greco. Mis padres lo sacaban a pasear tres veces al día. Yo iba feliz al colegio esperando la hora de terminar las clases para volver a casa y verlo. Le llevamos al veterinario. Muy a su pesar, le pusieron las vacunas correspondientes. Yo le hacía fotos con la cámara que me regalaron para la comunión, le cuidaba y jugaba continuamente con él.

—“¡Mivi!” — le gritaba al entrar en casa— ¡¡MI VIDAAAAA!! —le repetía cuando venía corriendo a mí, aún a sabiendas de que no me entendía— Eres la cosa más bonita de este planeta, no quiero que esto se acabe nunca.

Tres meses antes de terminar el colegio, nos anunciaron que se haría un viaje de final de curso con los dos cursos de sexto de primaria. Convocaron a todos los padres a una reunión para hablar sobre el presupuesto y los pormenores del viaje. Yo no tenía demasiadas ganas de ir. Además, me extrañaba que ahora, de repente, sí podíamos viajar todos juntos en el mismo autocar. “Digas lo que digas vas a ir, Marta, ya sabes que para quitar los miedos hay que enfrentarse a ellos. Como siempre has hecho, como siempre te hemos enseñado”. Estaba claro, no cabían excusas.

Pasé cuatro días en Hervás, un pueblecito precioso de Alicante, aunque poco adaptado para mí. Viajé junto a mis compañeros de clase, que iban a su bola y con los que pocas cosas tenía en común. Nos acompañaba una profesora que me había demostrado su desdén durante años y que desconocía la palabra empatía. Sin embargo, sí pude encontrar algo positivo en aquel viaje. Había aprendido a cuidar de mí misma sin la ayuda de mi familia. Creo que esa era la verdadera lección que mis padres quisieron darme en aquella ocasión.

A punto de finalizar el curso, una red social empezó a causar estragos entre los alumnos más mayores del Centro. Era Messenger.

Todos en los cursos de sexto hablaban de ello. Se tenía que instalar en un ordenador y servía para comunicarse en una especie de chat. Puesto que todos lo tenían, yo también quise tener uno. De modo que cuando llegué a casa le pedí a Fernando que me lo instalase en su ordenador, yo todavía no tenía, pero quería poder hablar, aunque solo fuera con Claudia. Mi hermano me explicó a groso modo cómo funcionaba el tema y me apuntó mi dirección en un papel.

Al día siguiente me llevé una sorpresa. Todos se despedían entregándose las direcciones de Messenger para poder comunicarse durante el verano. A mí solo me interesaban Martín y Claudia, pero de repente, se me acercó Carlos para pedirme mi dirección. “Nos la estamos dando todos, estoy agregando a toda la clase”, me dijo hablándome por primera vez. Sin entender muy bien por qué, le di un voto de confianza y le anoté mi dirección a continuación de las veinte más que ya tenía apuntadas.

Al llegar a casa y después de las carantoñas correspondientes a Greco, fui directa a la habitación de Fernando para pedirle entrar en Messenger y comprobar si Claudia y Martín me habían enviado algún mensaje. “¡Hola, sin piernas!” Aquel era el único mensaje que encontré. Lo había enviado Cruz. Fernando entró en cólera, quiso ir en su busca para darle una buena lección de educación. Enfurecido como nunca antes lo había visto, mi hermano se lo contó a mis padres. “Esto no va a quedar así”, decía mi hermano, que no sabía nada del trato de ese niño, durante años, a los que teníamos alguna discapacidad.

Mis padres me observaban. Pedro y Julia seguían sentados en el sofá, sin moverse un ápice desde que Fernando entró pegando gritos en el comedor y yo siguiéndole intentando calmarle. Ellos lo entendieron enseguida. Yo estaba tranquila, tenía la situación controlada y aquella era mi guerra, una guerra que venía arrastrándose desde hacía mucho tiempo y que yo había logrado ganar, batalla tras batalla. No me afectaba nada de lo que aquel muchacho pudiera decirme. El débil era él.

Media hora más tarde llegó otro mensaje. “Era broma hahahaha”, de nuevo era Cruz. Hice caso omiso de los dos comentarios. Al día siguiente se lo había contado a toda la clase, pero nadie dijo nada ni se rio de su ocurrencia.

A la última reunión del curso asistió mi madre, la tutora, Pilar y mi técnica de apoyo, mi ángel de la guarda, Angelines. Pilar ya había comentado las notas públicamente en clase, desde la mejor con un 10 a la peor con un 1. En efecto, esa era yo. Todavía no sé qué necesidad tenía de decirlo delante de todos. Después de los comentarios negativos de la profesora sobre mis resultados académicos “no ha aprendido nada, no tiene nivel”, etc. Dijo que aquel había sido su último año de enseñanza, que se iba a jubilar. Yo me alegré pensando en las generaciones venideras de alumnos con algún tipo de discapacidad que se librarían de una profesora tan nefasta.

Angelines se despidió dándome un sentido abrazo. Felicitó a mi madre por tenerme y por educarme tan bien. “Quiero seguir viéndote brillar, Marta”, me dijo. Orgullosa, reconoció que nunca había tenido una alumna que aprendiera tanto, que comiera tan bien, que siempre cuidara mi imagen. Yo le agradecía haber sido nuestro ángel de la guarda. Nos abrazamos y ella rompió a llorar de emoción.

Cuando llegué a casa me sentí liberada. Por fin había terminado en aquel colegio. Al pensar en la nueva etapa que daría comienzo después de las vacaciones de veranos me daba un poco de vértigo, pero también tenía ganas de un cambio como aquel.

Mis padres, Greco y yo nos fuimos juntos de vacaciones a Gandía. Fernando ya empezaba a ir más a su rollo y prefería quedar con sus amigos y hacer algo diferente.

Bañarme en el mar también fue un descubrimiento. Allí me di cuenta de que también era capaz de valerme sola, de manera que mi padre y yo nos pasábamos horas y horas buceando. Caminar por las tardes por el Paseo Marítimo, tomar algo en alguna terraza cerca de la playa y hacer

fotos con mi cámara. Una semana genial. A nuestro regreso me esperaban mis primas. Con Ainhoa y Andrea nos pasábamos las tardes en casa de nuestros abuelos bañándonos en la piscina y jugando. Entre las confidencias que nos hacíamos, me comentaron que ellas también tenían algo de miedo de volver al instituto, algo que yo no entendía. “Cómo es posible que ellas, que se llevan bien con todos los de su clase y teniendo amigas, también tengan miedo, igual que yo”, me preguntaba. Ahí me di cuenta de que cada persona es un mundo y el miedo no discrimina.

CAPÍTULO 5  
EL INSTITUTO

Septiembre era una fecha en el calendario que odiaba especialmente. Hasta aquel momento representaba la vuelta al colegio, reencontrarme con los compañeros de siempre, la mayoría de ellos seguían sin hablarme, otros ni me miraban. La misma profesora de cada año y el mismo fastidio.

En aquella ocasión, mi madre y yo nos despedíamos en la puerta de entrada del Instituto Gerardo Diego de Pozuelo. Aparcamos en una de las dos plazas de movilidad reducida disponibles y a pocos metros ya se encontraba la entrada. Con una sonrisa de oreja a oreja y la mochila colgando en la parte trasera de mi andador, me despedí de mamá saludándola con la mano.

Me reuní con otros alumnos con diferentes tipos de discapacidad, algunos venían del mismo colegio que yo y les encontré muy cambiados, a otros no los conocía. Esperamos en el hall hasta que llegó una técnica de apoyo que nos acompañó al ascensor. Se presentó como Cristina y nos dijo que sería ella la encargada de acompañarnos entre clases y si necesitábamos su ayuda para algo. Me acordé de Angelines y por un momento me emocioné. Le dije a Cristina que ya sabía cuál era su función, puesto que guardaba muy buen recuerdo de la técnica del colegio.

—De todas formas, os aviso, aunque mi labor sea la misma que la de la técnica de vuestro antiguo colegio, ahora estáis en otra etapa escolar. Tenéis que funcionar un poco más a vuestro aire. Por supuesto, si me necesitáis estaré aquí para ayudaros en lo que pueda, pero tendréis más libertad.

Cristina me gustó. Me pareció una persona amable que asentaba las bases de su función de una manera muy noble. Me acompañó al ascensor y llegamos a una sala grande donde se encontraban el resto de compañeros que venía del mismo colegio que yo. Tenían que distribuirnos en grupos y clases. Mi amiga Claudia ni siquiera me miró. Se hizo la despistada evitándome. Yo recé en silencio para que no me tocara con ninguno de ellos.

Tuve suerte. Cuando dijeron mi nombre me dirigí hacia donde estaban los chicos y chicas que irían a clase conmigo. Nos acompañaron hasta el aula y yo esperé sentada junto a la puerta. Callada, observaba sus caras, uno a uno, una a una, cerciorándome de que todos fueran desconocidos. Cuando comprobé que no había coincidido con ninguno de mis antiguos compañeros del colegio, una enorme sonrisa se dibujó de forma espontánea en mi cara. Supongo que pensarían que debía estar algo loca y realmente lo estaba, pero de felicidad.

Nuestro nuevo tutor se presentó, Germán era un hombre que rondaría los cuarenta y cinco, más o menos de la edad de mis padres. Alto, de complexión fuerte, melena morena que le caía hasta los hombros y unos ojos grandes y oscuros que imponían respeto. Su sonrisa era tranquilizadora. Con amabilidad y cierto tomo de camaradería, nos explicó las asignaturas que tendríamos durante el curso.

—Este año tendréis Religión o MAE, Medidas de Atención de Estudio, dependiendo de la solicitud de cada uno. —comenzó explicando mientras paseaba por los pasillos entre los pupitres— No sé si os habéis entretenido a contaros, pero sois treinta alumnos en clase. Otra asignatura que no conocéis es Biología. En el colegio se imparte Conocimiento del Medio, es similar, pero claro, con mayor dificultad. Naturalmente, habrá tiempo de recreo entre clases y haremos algunas excursiones durante el curso, ya os iré contando. ¡Bienvenidos al instituto!

Germán era encantador, nada que ver con Pilar, mi antigua profesora. Empezaba bien.

Un timbre insistente anunció la hora del recreo. Recogí mi pupitre para ir al encuentro de mis amigos con discapacidad. Habíamos coincidido en la entrada y tenía ganas de saber cómo les había ido el primer día y también compartir mis primeras impresiones. De pronto, se me acerca una chica morena con una melena larga y lisa como la mía y sonriendo se dirigió a mí. “¡Hola! ¿Quieres venir conmigo y con mis

amigas?”. Yo miré hacia atrás y a los lados por si se lo decía a otra persona, pero no, la chica me estaba hablando a mí.

—¿Dónde vamos? —le contesté devolviéndole la sonrisa.

—A la cafetería. ¡Por cierto! Me llamo Elen.

Sin pensarlo dos veces me fui con ella y el resto del grupo de chicas que la acompañaba. Yo ya no sentía ningún miedo, estaba feliz. Se presentaron todas mientras sacaban sus bocadillos de las mochilas. La naturalidad con la que me trataban aquellas chicas contrastaba con los malos modales a los que yo estaba acostumbrada. Descubrí por primera vez una cafetería dentro del centro escolar. Algo nerviosa, comprobé que el Centro estaba adaptado, no había apenas escaleras, ni siquiera en la cafetería, así que podía moverme con total libertad junto a mis nuevas amigas.

Con una mirada que analizaba cada rincón, observé la zona de recreo. El Gerardo Diego tenía dos pistas, una de baloncesto junto al gimnasio y otra, un poco más debajo de la que no veía un acceso para mí. Nos sentamos en un banco, a la salida de la abarrotada cafetería. Allí estuvimos charlando sobre nosotras. Me preguntaron si tenía Tuenti, la nueva red social que había desbancado a Messenger y que en aquel momento triunfaba entre los jóvenes y adolescentes. Les dije que no tenía ni idea de qué era y ellas me pusieron al corriente. Todas contaron experiencias sobre sus antiguos colegios, menos yo. Elen tenía un año menos que yo. Me contó que vivía muy cerca del instituto, así que la dejaban venir sola a clase. También me invitó a que fuese a su casa a conocer a sus padres y a bañarnos en la piscina de su comunidad de vecinos. Yo no quería que aquel recreo se acabara nunca.

Sin proponérselo nos hicimos muy amigas, inseparables. Nos sentamos juntas en clase y, cuando ella se encontraba con otras amigas, nunca me dejaba de lado, al contrario, me llamaba para que me uniera al grupo. De pronto me sentí la persona más querida del mundo. Cada fin de semana era diferente, salíamos juntas, nos quedábamos en mi casa o

íbamos a la suya, también nos veíamos con otros chicos y chicas para ir al Burguer King, al Vips o a pasear por el barrio, que conocíamos al dedillo. Yo iba con mi andador y a Elen le parecía lo más normal del mundo. Gracias a asistir, obligada por mis padres, a todos aquellos cumpleaños en la etapa del colegio, ahora contaba con la independencia suficiente para ir sin la compañía de mi familia a todas las citas que tenía con mis nuevos amigos.

Elen y yo compartíamos también la afición por la fotografía. A mí me gustaba hacer fotos cada vez que quedábamos con el resto del grupo y después mejorarlas con un programa de retoque fotográfico que Fernando tenía instalado en su ordenador. Elen disponía de una cámara profesional de su hermano que a mí me tenía enamorada y también la traía de vez en cuando. Congeniábamos a las mil maravillas y, por si fuera poco, las dos cumplíamos años en julio, así que, desde entonces, mi celebración de cumpleaños se convirtió en un nuevo acontecimiento social.

Los días en el instituto estaban resultando ser geniales. Mis resultados académicos eran buenos. Nadie me miraba de forma rara, estaba totalmente integrada en aquel entorno, me llevaba bien con todos los de la clase, chicos y chicas. Los profesores eran encantadores y nadie me criticaba. Los ingredientes eran perfectos para que le pidiera a Fernando que me instalase Tuenti en el ordenador de casa y de paso le pedí a mis padres que me compraran un móvil algo mejor. A los pocos días estrenaba una flamante BlackBerry, mi madre me acompañó a comprarla y escogí una de color morado que me encantó. Ya lo tenía todo para ser una más sin distinciones.

En casa estaban tranquilos. Mis padres y mi hermano veían que yo estaba feliz y que me apañaba sola perfectamente. Cuando llegaba a casa les contaba todo lo que me había pasado, las amistades que tenía y los ratos compartidos en el recreo con Elen y el resto de amigas de clase. Yo notaba lo satisfechos que se sentían los tres al verme sonreír. Estaba creciendo tal y como ellos habían deseado siempre.

Aquel mes de septiembre, además de empezar en mi nuevo instituto, también reanudé mis ejercicios de natación. Los monitores se sorprendieron al ver cómo había cambiado. El estirón había hecho mella en mí. Ya casi no cabía en la piscina de siempre, cuando hablaba con ellos desde el agua tenía que mantenerme en cuclillas porque, al levantarme, el agua me llegaba por las rodillas. Las rodillas que ya podía estirar. A mí me encantaba seguir nadando, sola, cada vez con mayor seguridad. Así que continué con mis avances como nadadora.

La relación con mis primas de Madrid continuaba siendo muy buena, pero ahora nos veíamos con menor asiduidad. Habíamos dejado atrás las Bratz, la DS, los cromos y las pegatinas para dar paso a los cuchicheos del instituto de cada una y hablar de chicos, de música y de nuestras conversaciones de chat en Tuenti.

Unos meses después de empezar las clases, mi prima Rebeca hizo su primera comunión, así que nos desplazamos todos a Cáceres para asistir al evento. Yo me sentía súper feliz, me encantaba que la familia se reuniera. Allí conocí a muchos de los invitados con los que nunca había coincidido, especialmente los primos de Rebeca por parte del tío Chema. Aquel día yo caminaba con muletas, había dejado en casa el andador porque aquel terreno lo conocía bien y no presentaba problemas de movilidad.

Rebeca quiso que la acompañara a su habitación para enseñarme algunos de los regalos que le habían dado. Uno de sus primos, Ricardo, tenía la misma edad que yo y quiso venir con nosotras. Era un niño guapísimo. Pelo castaño, delgado y unos ojos claros que destacaban en aquella carita de piel morena. Sonreía sin motivo, me parecía simpatiquísimo. Me preguntó si necesitaba ayuda para subir las escaleras que conducían a la habitación, “la habitación está en la segunda planta”, añadió, pero le dije que no era necesario porque estaba acostumbrada a subir algunos escalones sin problema. Cuando entramos en el cuarto mi prima nos enseñó un regalo muy especial, era una PSP un modelo superior de consola con juegos estupendos. Allí estuvimos los tres jugando hasta

que, no sé bien la razón, Rebeca nos dejó solos durante un rato. Yo vi cómo se acercaba sin dar crédito a que aquello estuviera pasando.

—Marta, eres guapísima ¿sabes? —me dijo de repente mientras yo sentía que el calor subía a mis mejillas irremediablemente. Sonreí—  
¿Tienes novio?

Yo no podía creer lo que me estaba pasando. A mis trece años, por primera vez en mi vida, un chico me decía que era guapa y se interesaba por mí. No se escondía, como había hecho Martín en el colegio, ni mostraba rechazo como el resto de niños del colegio, todo lo contrario.

—Pues no, no tengo novio. —le confirmé nerviosa y emocionada—

—Qué pena que tengas que marcharte a Madrid. Si te parece, podríamos darnos el Tuenti y así seguir en contacto.

Al cabo de un par de minutos oímos las voces de sus padres llamándole para volver a casa. Se marchó y yo me quedé sola unos segundos más, sentada en la cama de Rebeca, casi sin creer el cambio que estaba dando mi vida en poco tiempo. Cuando bajé al comedor con el resto de invitados, mi prima tenía una sonrisa pícaro que la delataba y que terminó convirtiéndose en una sonora carcajada. Seguimos jugando un buen rato más, hasta que llegó el momento de volver a Madrid.

Ricardo no tardó ni dos días en contactar conmigo. Hablábamos por Tuenti cada día. Me dijo que le gustaría que fuéramos novios, me dedicaba fotos, muchas veces me llamaba al móvil y yo me moría de vergüenza porque todavía no controlaba bien el volumen y todos se giraban al oír la música de llamada.

En el siguiente encuentro con Ainhoa, Andrea y Alba les conté lo que me había ocurrido en Cáceres. La novedad se convirtió en motivo de celebración. Nos reímos y nos abrazamos, apoyándome como siempre.

Un día Ricardo me sorprendió con uno de sus mensajes: "*Ojalá pudiera ir volando a tu ventana, darte un beso en la cara...*" Emocionada, les enseñé a mis primas la ocurrencia, convencida de que él era el autor

de aquellas frases tan románticas. *“Eso no es suyo, es que te está dedicando una canción de un grupo que ahora está de moda, se llaman Fondo Flamenco”*, me aclaró Andrea.

A mí me daba igual si era una canción o no, el caso es que, a partir de entonces me convertí en seguidora del grupo que cantaba aquellas frases tan bonitas que él me había dedicado. Yo le gustaba de verdad, aquello era lo único que me importaba. Iván y Rebeca venían a vernos de vez en cuando a Madrid, ellos estaban al corriente de nuestro adolescente idilio, de las llamadas, los mensajes e incluso de lo de la canción.

Cuando eres tan joven, la mayoría de relaciones tienen un recorrido corto. Si se trata de personas sanas que tienen buen fondo, acaban derivando en una buena amistad que perdura con el tiempo. En nuestro caso, Ricardo y yo teníamos un hándicap insalvable, la distancia. De manera que aquel tierno noviazgo terminó pronto.

Mi círculo de amistades se ampliaba a medida que avanzaba el curso. Mis primas hablaban de mí a sus amigos de su instituto y, puesto que cada una iba a un instituto diferente, las amistades crecían día a día. Empecé a relacionarme con algunas de las amistades de Ainhoa y Andrea, que salían con gente más cercana a mi casa. Íbamos a la plaza, a pasear por el barrio, etc. De manera que los fines de semana socializaba con unos y con otros. Nunca me faltaba nadie para salir y mis padres observaban como su hija perdía por completo sus inseguridades a la hora de moverse por su cuenta.

Elen continuaba a mi lado en clase y seguíamos saliendo juntas con el resto de compañeros de clase. Me decía que nunca se aburría estando conmigo. Yo comparaba aquella situación con lo que había vivido en el colegio y todavía me parecía mentira.

Llegó final de curso. El primero en el instituto. Pasaron lista y finalmente me tocó conocer mis resultados académicos. Había aprobado todo con buenas notas, incluso mejor de lo que me esperaba. Germán nos deseó feliz verano a todos y nos despedimos hasta el próximo curso.

Por primera vez en mi vida no deseaba que llegasen las vacaciones. Al contrario de lo que pasaba cada año, aquel mes de julio no tenía ningunas ganas de marcharme de Pozuelo. Prefería seguir quedando con mis amigos del barrio, los del instituto de alguna de mis primas, con Elen y el resto de amigas de clase o con mis primas.

La visita obligada al médico fue también bastante tranquilizadora. A pesar de que en el hospital seguían investigando sobre posibles intervenciones que me ayudasen a mejorar, aquel mes de julio podría tener un respiro y no tendría que sufrir de nuevo el peso y el calor del yeso en mis piernas.

Para que tuviese un aliciente en la semana de vacaciones en la playa con mis padres, me dijeron que podría invitar a alguna de mis primas para que nos acompañase. Andrea se vino con nosotros, además de Greco, que disfrutaría de sus primeras vacaciones y descubriría la playa.

Aquel verano mis padres tenían ganas de cambiar, así que, en lugar de ir a Gandía como siempre, alquilaron un apartamento en primera línea de playa en Calpe, una población alicantina bellísima que les habían recomendado algunos amigos suyos.

A nuestra llegada a la costa comprobé satisfecha que prácticamente no había barreras arquitectónicas. El paseo marítimo estaba repleto de terracitas de bares, restaurantes y tiendas para comprar ropa y souvenirs. Greco caminaba a nuestro lado contento, moviendo la cola feliz mientras miraba el mar a lo lejos desde el paseo. En la playa no permitían la entrada a perros. Se portaba bien, no ladraba a nadie, aunque tampoco le gustaba que la gente quisiera acariciarle.

Mis padres me habían regalado una cámara de fotos mejor que la de la comunión, así que pude estrenarla. También alquilaron una especie de moto para que me moviera mejor que empujando la silla, al principio me costó adaptarme, me parecía un trasto muy grande, pero al final me acostumbré y para llevar a Greco también era más cómoda, así que, todo eran ventajas. Aquellas vacaciones, por primera vez, nos hospedábamos

en un apartamento en lugar de un hotel, como habíamos hecho siempre. Desayunábamos a nuestro aire en el piso y comíamos y cenábamos en algún restaurante. Conocimos a muchos camareros con los que entablamos amistad y quedamos con ellos para vernos el próximo año.

La semana de playa se pasó volando. Mi piel morena parecía la de una mulata, no era ni medio normal. Nos despedimos del apartamento y de Calpe. El viaje junto a Greco se me hizo más corto que nunca y, en cuanto llegamos a casa, después de acompañar a Andrea a su casa, le enseñé a Fernando todas las fotos que había hecho con mi nueva cámara para ver si me ayudaba a editarlas en el ordenador y subirlas a Tuenti.

Me faltó tiempo para volver a quedar con Elen, el resto de mis amigos y mis otras primas. Quería contarles cómo había sido la estancia en Calpe y saber cómo lo habían pasado ellos. Mis catorce años empezaban en la piscina de mis abuelos, después de un viaje fantástico a la playa con mis padres y mi prima y una celebración de cumpleaños diferente, sintiéndome querida por mis amistades y feliz.

CAPÍTULO 6  
LOS CONCIERTOS

Aunque me sentía feliz, en septiembre volvían los miedos a encontrarme con mis antiguos compañeros del colegio. No sabía con quién me tocaría compartir clase el nuevo curso y temía que los amigos que había hecho el año anterior coincidiesen con los del colegio y les influyeran para dejar de ser amables y simpáticos conmigo.

Durante el curso anterior, en las horas de recreo me nos habíamos visto, aunque no nos hiciéramos ningún caso. Claudia se había fijado en que yo siempre estaba rodeada de gente, riendo y charlando contenta. También Cruz estaba por allí en otra clase y me había cruzado varias veces con ella cuando iba acompañada de Elen. No nos hablábamos, ni siquiera un saludo. Para mí ellas ya no existían.

Empezaba segundo de ESO con muchas ganas. De nuevo volvía a entrar por la puerta empujando mi andador del que colgaba mi mochila. Me encontré con muchos de mis amigos con discapacidad del colegio, a los que ya había visto el año anterior y se sumaron otros, me alegré especialmente al ver a Pedro, que provenía de mi antiguo colegio. Superaron la etapa de educación primaria y ya estaban en el instituto, igual que yo el año anterior. Nos reencontramos sonrientes y felices de volver a vernos. En el vestíbulo esperamos que llegase la técnica de apoyo, Cristina llegaba acelerando el paso por el pasillo, sonriente como siempre. Algunas veces me había tenido que acompañar a clase, pero nunca me sentí avergonzada de ello, yo sabía muy bien cuál era mi realidad, lo tenía asumido y no me importaba.

Igual que el año anterior volvieron a reunir a todos los alumnos de segundo que iríamos a la misma clase juntos en la sala grande. Esperamos juntos, entre cuchicheos, que llegase algún profesor para explicarnos novedades y las dinámicas de las clases. Miré a mi alrededor, enseguida pude ver a Elen y me coloqué a su lado. Continué mirando uno a uno a todos los compañeros. No podía creer que tuviera tanta suerte, no coincidía con ninguno de los chicos y chicas del antiguo colegio. El

profesor entró como un tsunami por la puerta, era Germán. Todos nos alegramos de volver a tenerle con nosotros un año más. Nos confirmó que las asignaturas serían las mismas, pero el nivel sería más alto, así que tocaba estudiar a fondo.

La casualidad quiso que aquel año toda la clase excepto un chico llamado Ernesto y yo, se apuntasen a Religión. Nosotros cursaríamos MAE. Yo pensé que sería una buena forma de reforzar el temario de aquellas asignaturas que más me costaba asimilar. Nos quedábamos los dos solos en la biblioteca. Al principio, yo me separaba de él, no sabía si le iba a caer bien y ante la duda, me alejaba. Pero él se acercaba para hablar conmigo. Me decía que era muy maja, que era la única de clase que le caía bien. Le gustaba mi actitud sonriente y positiva. Yo era la única que no le criticaba ni le miraba mal, al contrario del resto de la clase, según me contaba él. Fuimos tomando confianza y empezó a interesarse por si me gustaba alguien en clase, me preguntaba sobre mi enfermedad y me contaba su vida. Ernesto me hacía reír, aunque tenía que intentar aguantarme porque estábamos en la biblioteca y no podíamos hacer ningún ruido ni llamar la atención.

Matemáticas y Lengua eran las dos asignaturas que más me costaban. Me pusieron clases de apoyo para reforzar conocimientos junto a chicos y chicas de otros grupos. Germán lo comprendía y no me afeaba en clase por el hecho de flojear en esas materias y el resto de compañeros de clase tampoco, al contrario, se interesaban por cómo me iba con el refuerzo escolar.

En el recreo me gustaba estar con Elen y con los demás amigos con discapacidad. Todos los de mi clase lo entendían perfectamente y algunas veces también venían con nosotros. Nos juntábamos con nuestras BlackBerry a chatear en Tuenti, nos enseñábamos las fotos que teníamos de los fines de semana y escuchábamos música. Elen y yo, especialmente nos aficionamos a una banda de Tenerife que acabábamos de descubrir y nos encantaba, aunque al resto de nuestras amistades no les gustase.

Crítika y Saik eran un dúo musical que destacaban por un estilo musical que nos parecía innovador y versátil. Fusionaban el pop, el reggaetón y el hip-hop y sus temas, con letras que tocaban directamente al corazón, me tenían entusiasmaban. Aprendí todas sus canciones, que cantaba continuamente por casa. Leí su biografía y todos los artículos que se escribían sobre ellos en revistas musicales. Incluso me interesé por su isla. Busqué información de las costumbres y características de Tenerife, quería saber más de ellos, de su vida, de cómo era crecer en una isla de Canarias, en fin, me convertí en una auténtica fan.

Durante las últimas vacaciones en Calpe, Andrea me propuso pedir permiso a nuestros respectivos padres para ir juntas al concierto. Yo nunca había asistido a un concierto, pero la emoción de me dijo que el dúo canario vendría a tocar a Madrid y me ver actuar en persona a mis cantantes favoritos era cada día más intensa. Sin pensar siquiera en cómo sería asistir al Palacio de los Deportes desde las 16h hasta las 24h, donde se celebraba el concierto en el que tocarían diversos artistas, me aventuraba a ir aún sin saber cómo estaría adaptada. Yo solo pensaba en verlos en directo.

Mi madre accedió a que fuéramos al concierto, pero con la condición de que ella y mi tía entrarían con nosotras para asegurarse de que todo iba bien. “Todavía sois menores de edad, Marta”, me recordó mi madre al verme tan decidida a ir sin pensar en las consecuencias que pudiera tener. Tampoco nos parecía mal ir acompañadas, así que Andrea y yo gritábamos de alegría en cuanto nos dijeron que ya podíamos comprar las entradas. No me lo podía creer.

Llegó la fecha esperada. Vestidas para la ocasión, las dos primas acudíamos a nuestro primer concierto. Queríamos llevar algo de ellos que revelase que éramos sus fans, así que preparamos unas pancartas con sus nombres pintados en ella. Cuando vimos la cola para entrar nos desmoralizamos un poco. Yo empecé a pensar en cómo sería el acceso, qué pasaría si tenía que ir al servicio, dónde me colocaría para poder verlos. Iba sentada en mi silla de ruedas, convencida de que no podría

aguantar tanto rato en pie. Un sudor frío me recorría el cuerpo, pero no quise preocupar a mi madre ni tampoco disgustar a mi prima, de manera que no dije nada y esperé a que todo fluyera por sí solo.

Cuando el hombre de la entrada vino directo hacia nosotras, durante unos segundos tuve miedo de que me dijera que no podía entrar. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario, con mucha amabilidad, nos dijo que nos pusiéramos en la cola de personas con movilidad reducida. De pronto éramos las primeras de la fila. El mismo hombre que nos había conducido hasta allí nos dijo que solo se admitía un acompañante para cada persona de movilidad reducida. Mi prima se había lesionado en la rodilla y llevaba un vendaje enorme, de manera que, al enseñársela, el empleado de la sala le consiguió unas muletas y pudimos entrar las cuatro juntas.

Al entrar, pude deslizarme por una rampa de acceso al local y una chica encargada de colocar al público en la sala nos condujo hasta el espacio reservado justo enfrente del escenario, delante de la primera fila de público. Casi lloro de la emoción. Andrea me abrazaba y las dos reíamos nerviosas por lo que estábamos viviendo. Mi madre y mi tía se quedaron a nuestro lado. Pronto la sala se llenó por completo, incluso la zona reservada para personas de movilidad reducida en la que estábamos nosotras. No podía creer que aquellos dos chicos a los que yo tanto admiraba fueran capaces de atraer a tantísimo público. Mi madre y mi tía fueron a comprar unas coca-colas y unos perritos calientes antes de que empezase el concierto. Mi prima y yo habíamos preparado para la ocasión unas pancartas con sus nombres pintados y, en cuanto se apagaron las luces y apareció el presentador, me levanté de la silla alzando al mismo tiempo el cartel de los tinerfeños. Cuando empezaron a cantar no pude retener un grito apasionado. Andrea sacó su cámara de fotos y yo ya tenía preparada mi BlackBerry para inmortalizar aquel momento. El corazón se me saltaba del pecho, nunca me había sentido tan bien. Cantábamos todas las canciones, tal y como hacíamos en casa de nuestro abuelo, hasta mi madre se sabía las letras de tanto oírme cantarlas en casa. Tenía los pelos

de punta y la sensación de que aquello que acababa de descubrir era un mundo nuevo del que no quería prescindir.

En el instituto, cuando mis compañeros hacían educación física, yo continuaba con los ejercicios con el fisioterapeuta. Estaba muy contento con mis progresos, aunque los dos sabíamos que aquello no era para curarme, solo se trataba de fortalecer mis piernas. Caminaba por las paralelas, iguales a las que un día me había instalado mi padre en casa y que ya habíamos tenido que retirar porque me quedaron pequeñas. También trabajaba en las espalderas, iguales a las que tenía en casa y después tocaba estirarse en la camilla para estirar las piernas y hacer movimientos constantes para intentar que mi cerebro retuviera aquellos ejercicios y después los ejecutara de forma natural en mi vida diaria. El fisioterapeuta era un chico vocacional con el que tenía muy buena relación. Yo le contaba que me gustaba la fotografía y él me decía que seguro que llegaría a ser la mejor fotógrafa de la historia. Aquella clase era uno de los mejores momentos del día.

También el monitor de natación, Darío, reconocía mis progresos. Mi crecimiento era cada vez más evidente en aquella pequeña piscina y los ejercicios ya no parecían hacerme mejorar más de lo que ya lo había hecho.

—Marta, creo que deberías dar un paso más en natación. —me dijo al terminar uno de mis entrenamientos— ¿Has pensado alguna vez en competir? La verdad es que yo veo que tienes potencial.

—(Me quedé pasmada al oírle) Hombre, no lo había pensado nunca, la verdad. Ni siquiera sabía que existían competiciones de natación para personas con discapacidad. ¿Cómo es?, ¿natación adaptada?

—Lo mejor sería que tú misma vieras cómo es antes de decidir nada, pero yo veo que tienes muy buen nivel y creo que, además de ser positivo para tu mejora, te gustará.

A la salida de piscina, de camino a casa, le expliqué a mi madre lo que me había contado Darío. Ella se mostró entusiasmada con la idea,

pero las dos estuvimos de acuerdo en que primero se lo contaría a mi padre y a Fernando y después iríamos a Madrid a ver cómo era aquel mundillo.

Me sentí mayor siendo yo la que contaba en casa algo relacionado con mi mejoría física. Los tres sentados en el sofá, mis padres y mi hermano, a su lado, Greco, muy atento y con la lengua fuera a la espera de que terminase la reunión familiar. Les expliqué los detalles que me había contado el monitor y su invitación a Madrid para ver una competición en directo. Yo estaba contentísima solo por el hecho de que alguien se hubiera fijado en mí para competir. “Me ha dicho que él me esperaría ansioso allí con los que serían mis nuevos compañeros de equipo”. La respuesta de mi familia no se hizo esperar, de hecho, creo que mi padre no se sorprendió demasiado, es posible que supieran algo. El monitor debió insinuarles algo antes de hacerme la propuesta directamente a mí.

—Tienes que ir Marta. —me dijo mi padre— piensa que se trata de competiciones con nadadores de mucho nivel y compiten deportistas de muchas ciudades, es muy difícil. —me explicó para que fuese consciente de lo que suponía entrar en un equipo así— de todas formas, ya sabes que nosotros te apoyamos en todo lo que decidas hacer.

El sábado siguiente, todos fuimos a Madrid para asistir a una competición de natación de personas con discapacidad. En el coche, iba tan nerviosa que parecía que fuese a competir yo. Mis padres reían para quitarle importancia y me repetían que solo íbamos a verlo, que no tenía por qué decidir nada inmediatamente. Querían tranquilizarme.

Nada más entrar una bocanada de aire caliente me recordó la piscina de mi barrio. Sin embargo, en cuanto eché un vistazo a mi alrededor me di cuenta de que aquello era algo serio. En el vestíbulo me crucé con alguna cara conocida del instituto, gente con discapacidad que conocía de vista, de otros cursos. Una vez en el recinto de la piscina pude comprobar que era mucho más grande que a la que yo iba, allí no había

espacio donde no cubriera. En cada esquina, una de aquellas odiosas escalerillas que me costaba tanto subir y bajar, solo había conseguido hacerlo sirviéndome de los brazos. Alrededor, personas con todo tipo de discapacidad; física, visual, intelectual... También los entrenadores, los jueces y los que cronometraban la competición. Yo estaba alucinando con aquel espectáculo.

De lejos vi a Darío, me sorprendió verle sin el bañador y sin estar acompañado de las otras entrenadoras habituales de mi piscina. En cuanto nos vio vino a nuestro encuentro y después de saludar a mis padres, les indicó dónde podían situarse en la grada para verlo todo con mejor perspectiva y me pidió que le acompañara.

—Espera aquí un momento, comento una cosa con otro de los entrenadores y vuelvo enseguida. —me pidió, dejándome sola en una de las zonas de descanso de los nadadores.

Allí al lado estaban sentados en el banco, descansando, algunos de los chicos y chicas que conocía de terapia, incluso alguno del instituto. Muerta de vergüenza y con una sonrisa en la boca, me acerqué hasta ellos para saludarles. Al momento, el entrenador se reunió con nosotros.

—Ah! Estáis aquí, perfecto. ¿Ya os habéis presentado? —nos dijo sonriendo— Bueno, pues este es mi gran equipo, te presento a Julia, Víctor, Mikel, Carlos Martínez, Roberto y Carlos Navarro. Estoy muy orgulloso de todos ellos y espero que tú también te unas a nosotros para que seamos aún mejores. —añadió cogiéndome del brazo— Ahora puedes quedarte junto a la piscina y ver la competición, espero que te guste.

Cuando empezó la competición me invadió una sensación desconocida. Observaba cada uno de los detalles y me emocionaba con el entorno y lo que allí se estaba viviendo. No era solo una carrera nadando, era todo. Participantes de otros barrios de Madrid, de otras ciudades. Los entrenadores les ayudaban a entrar en el agua y a salir de ellas. Abrazos entre nadadores, con sus monitores. Los familiares aplaudiendo y animando desde las gradas. Todo estaba envuelto en un halo de energía

y amistad que me encantó. Las felicitaciones en el podio y las medallas de los ganadores que, orgullosos las mostraban a la gradería, me emocionaron hasta el punto de asomarme alguna lagrimilla en los ojos. Comprobé que, efectivamente, el nivel era muy alto y me invadió una sensación de miedo que de una forma extraña también me atraía y me animaba a probar.

No quise decir nada a mi entrenador, solo le saludé con la mano antes de reunirme con mis padres para volver a casa. Él me guiñó un ojo y me hizo señales de que ya hablaríamos. Tenía mucho que pensar, pero había disfrutado de la experiencia.

Al siguiente lunes, en cuanto vi a Elen le conté la aventura del sábado. No dudó en animarme para que me sumase al equipo. *“Llevas toda la vida nadando, tienes muy buen nivel y además te ayudará a mejorar de tu enfermedad... no sé ni por qué dudas, tienes que decir que sí, ¡ya!”*, me dijo súper emocionada.

En mi vida todo estaba funcionando a la perfección. Atrás habían quedado las penas del colegio, en clase todos éramos una piña, sin discusiones ni peleas, todos nos ayudábamos y nos llevábamos genial. Germán, nuestro tutor, estaba contentísimo con nosotros. Tanto es así, que nos propuso hacer un viaje de fin de curso.

—Esto normalmente no se hace. La verdad es que no sé si quiera si me van a autorizar a hacerlo, los viajes de este tipo solo se hacen al final de la etapa de ESO —nos advirtió ante los aplausos y gritos de algunos alumnos—, pero estoy tan contento con vosotros que me gustaría premiaros con un viaje a Valencia. Eso sí, todos tenéis que decir que sí, nadie puede quedarse aquí. Si no estáis de acuerdo todos, no vamos.

Por mi parte, tampoco es que estuviese demasiado entusiasmada con la idea. Guardaba aún el recuerdo de mi viaje de estudios con los del colegio y aquello no había sido precisamente el viaje de mi vida. Ernesto, mi compañero de MAE me animó a ir al viaje. “Si no vas tú no voy yo, me aburriría mucho sin ti” y también tienes que apuntarte al equipo de

natación, no lo dudes más. Me dijo cuando le conté la propuesta de mi entrenador.

Al día siguiente Germán nos preguntó qué habíamos decidido respecto al viaje. Todos votaron que sí, menos yo, que no levanté el brazo.

—Marta, ¿por qué no quieres ir a Valencia?, me preguntó delante de todos.

—Bueno —respondí algo avergonzada— No sé si el autobús estará adaptado, si podré apañármelas sola... No quisiera estropearos el viaje.

—¡Si ella no va, yo tampoco! —gritó Ernesto al tiempo que se levantaba de su silla.

Todos empezaron a gritar, insistiéndome para que cambiase de opinión e intentando convencerme de que debía ir, que todos me ayudarían, que no tendría ningún problema...

Abrumada por la reacción de mis compañeros, finalmente dije que sí que iría y el jolgorio se hizo notar en clase. Quedaba pendiente la resolución del Centro y la reunión sobre el presupuesto con los padres.

Todavía con la emoción en el cuerpo por cómo me había sentido querida en clase, al volver a casa aquel día tomé la decisión: Entraría a formar parte del equipo de competición de natación adaptada. Asumiría dos nuevos retos, viajar de nuevo sin mis padres y entrar a formar parte de un equipo federado de natación. Mi vida estaba cambiando a pasos agigantados.

CAPÍTULO 7  
INTEGRACIÓN

La conversación con mi entrenador de natación después de terapia me sirvió para confirmar que había tomado la decisión correcta. Él tenía muy claro que yo aceptaría el reto de formar parte del equipo y yo me sentí halagada.

—Me alegro de que hayas decidido integrarte en nuestro equipo, vas a disfrutar mucho, ya lo verás. —me dijo abrazándome sonriendo— Yo ya sabía que dirías que sí. El día que viniste a ver la competición te vi feliz. Tenías una luz en los ojos que me decía que estarías dispuesta a probarlo por ti misma.

—Bueno, la verdad es que sí. Me encantó el ambiente y la camaradería que hay entre todos. Lo que pasa es que no sé si yo tengo ese nivel tan alto.

—No te preocupes, si no lo tienes, pronto lo tendrás. —añadió tranquilizándome— Mira, ahora ya se ha terminado la competición, pero puedes empezar a entrenar los sábados con el resto del equipo, de esa forma vas puliendo los diferentes estilos y cuando empiece la temporada sabremos en qué nivel situarte. Además, así vas conociendo mejor a tus compañeros.

—Sí. Conozco a algunos del instituto, aunque no sean de mi clase, pero a otros no.

—Pues el próximo sábado te vienes a piscina y empezamos.

Tal y como quedamos, el siguiente fin de semana empezó con un entrenamiento en la nueva piscina formando parte del equipo de natación adaptada.

Saludé a todos, que ya esperaban mi llegada. El entrenador los había puesto al corriente de mi incorporación, de momento para entrenar y en septiembre en las competiciones. Con alguno de ellos coincidiría también en terapia, puesto que acordamos que no la dejaría para así seguir fortaleciendo mi musculatura.

Entrar en una piscina de veinticinco metros era ya de por sí todo un reto. Sentí el agua mucho más fría que la de terapia y, tal y como esperaba, las escaleras más odiosas del planeta me esperaban para resbalar por ellas y poner a prueba mis bíceps.

Comenzamos con un calentamiento previo al entreno. Formamos una circunferencia y uno de los miembros del equipo se colocaba en el centro para hacer un ejercicio que los demás debíamos repetir. Así se fueron turnando entre ellos hasta que estiramos nuestros músculos.

La natación adaptada es una herramienta muy valiosa y fundamental para fomentar la integración, la salud y el movimiento. Observé aquel primer día que, los monitores, los técnicos deportivos y fisioterapeutas son muy conscientes de que la actividad física lleva intrínseca una importante acción socializadora. Supongo que fue por eso por lo que todos nos animaban a relacionarnos y ayudarnos siempre. Todos teníamos alguna discapacidad y, fuese la que fuese, se veían favorecidas por la práctica de este deporte, todos teníamos aptitudes para la natación y ese era el principal factor que potenciaban, aunque, en ocasiones, no se tratase tanto de tener aptitud sino actitud. Aprendí que, en el mundo del deporte adaptado, la actitud es fundamental y a veces lo que más cuesta. Junto a mis compañeros de equipo; Julia, Víctor, Mikel, Rubén, Roberto y el resto, me di cuenta de que las ganas de mejorar, de aprender, de esforzarnos y de socializar eran imprescindibles para competir juntos.

Me enseñaron a valorar las propiedades curativas del agua, más allá de lo que ya conocía por las clases de terapia en piscina que hacía desde pequeña. El agua limpia y depura, te ayuda a liberar tensiones y a relajar la musculatura, pero también se usa para paliar dolores articulares y, por supuesto, la actividad física en el agua puede ayudar a las personas con discapacidad a crecer y desarrollarse física, social y emocionalmente.

Practicaba todos los estilos de natación, todos se me daban bastante bien, aunque no utilizaba demasiado las piernas, centraba los

impulsos en la fuerza de mis brazos. Quizás era nadando braza cuando me sentía más cómoda. Repartidos en dos calles, nadábamos durante una hora entera y después salíamos del agua para hacer ejercicios de estiramiento antes de retirarnos al vestuario. Era en aquellos momentos cuando teníamos mayor contacto y nos contábamos nuestras cosas. Ellos comentaban anécdotas de la competición y a mí me entraban aún más ganas de participar.

Como colofón al final de temporada, cada año celebraban una merienda de despedida y, como nueva incorporación, me invitaron a sumarme a la fiesta. Naturalmente, acepté encantada. Poco a poco la amistad estaba surgiendo de forma natural entre nosotros, especialmente con Víctor, con el que compartía, además, gustos musicales. Hablábamos de mi dúo favorito, mis canarios, pero empecé a descubrir el Rap.

Merendamos en el *Burger King*, un lugar que ya conocía bien porque solía ir con Elen. Les pregunté sobre curiosidades de las competiciones y los nervios que pasaban al participar, pero todos coincidieron en decirme que una cosa era explicarlo y otra muy distinta vivirlo.

Era el mes de junio y llegó final de curso. El temido momento de la entrega de notas. Aquel año no había ido demasiado bien el curso, especialmente en algunas asignaturas que me costaban más, de manera que me quedaron tres materias para septiembre. Si no quería repetir curso solo podía suspender dos asignaturas, así que aquel verano me tocaría estudiar de lo lindo. Mis padres, lejos de reñirme, me dieron ánimos para que lograra recuperar al menos una y así no tener que cambiar de clase y separarme de mis amigas, que era lo que peor me sabía.

Llegó también el momento de ir de viaje de fin de curso. En mi memoria todavía rondaba el del colegio, por eso yo estaba más nerviosa que emocionada, al contrario que el resto de los alumnos de mi clase. Me despedí de mis padres en la puerta del instituto y me subí al autobús.

La primera sensación me hizo olvidar los nervios por completo. Mis compañeros se ocuparon de guardar mi maleta y mi andador en la zona de carga equipaje. Subía las escalerillas del bus agarrándome a la barra de ayuda sin ningún tipo de problema y Germán me dijo que podía sentarme donde quisiera y con quien quisiera. En pie, junto al asiento del conductor, pude ver el larguísimo autocar al que siempre había querido subir. Una multitud de asientos repartidos en dos filas separadas por un estrecho pasillo y yo podía elegir asiento, aquella sensación era fantástica. Me coloqué al principio, junto a mi amiga Elen. Detrás, Pedro, con el que llevaba coincidiendo todo el curso y también en terapia, donde habíamos afianzado nuestra amistad. El viaje prometía ser divertido.

Pasamos las tres horas de viaje charlando y riendo. De vez en cuando nos hacíamos fotos con la BlackBerry, otras interveníamos en la conversación de nuestras amigas de atrás o nos saludábamos con compañeros sentados en los asientos del final, como si hiciera siglos que no nos viéramos. Me sentía arropada y querida, era una más, una como los demás.

Cuando llegamos fuimos directos al alojamiento. Allí nos distribuyeron en pequeños grupos que dormiríamos en distintos bungalow. A Elen y a mí no nos tocó juntas, pero tampoco me pareció mal conocer más a algunas chicas con las que casi no había tenido trato durante el curso. La verdad es que todas fueron encantadoras conmigo y no hicieron ningún tipo de distinción de trato.

Nos reuníamos todos para realizar diversas actividades y yo participaba siempre sin problema. Seguíamos estrictamente los horarios marcados por los monitores para las comidas y cenas y después nos retirábamos a los bungalow a descansar.

El último día nos llevaron a la playa de la Malvarrosa, en Valencia. Una de las playas más típicas de la ciudad costera. Hacía mucho calor y querían que nos despidiéramos con un baño. Yo no me atreví a meterme en el agua. Aunque Germán y mis compañeros me aseguraban que me

ayudarían a entrar y salir del mar, yo no estaba acostumbrada a bañarme sin la atención de mi entrenador o con mis padres. Me quedé en la arena, jugando con mis nuevas amigas, las compañeras de dormitorio con las que había congeniado tan bien.

El día siguiente partíamos de nuevo a Madrid. No quería irme. Lo estaba pasando genial y no quería que aquel viaje terminase, me parecía mentira pensar así, después de tantas reticencias. El día anterior, en Valencia, habíamos recorrido la ciudad comprando recuerdos para nuestras familias y, aunque tenía ganas de ver a los míos y darles los regalos, me daba mucha pena separarme de mis amistades.

Los cinco días pasaron volando. Valoré la importancia de estar rodeada de gente que te ve igual a ellos y especialmente de un tutor que te apoya y da por hecho que eres capaz de cualquier cosa que hagan los demás.

En el viaje de regreso Elen quiso sentarse con alguna de las compañeras de alojamiento. Yo no me lo tomé mal, al contrario, me pareció normal que quisiera intimar más con ellas.

—Tranquila, yo me sentaré con algún otro compañero o con alguna de las chicas de mi bungalow —le dije para que no se preocupara— y si tengo que ir sola tampoco pasa nada.

No fue así, uno de mis compañeros se sentó a mi lado y fuimos hablando y riendo todo el trayecto.

Al llegar, los padres de todos nos esperaban a la entrada del instituto. Vi a mamá, con los ojos centelleando de ilusión y a papá, con su fantástica sonrisa esperando nervioso. Mis compañeros me ayudaron a bajar, recogieron y me entregaron mi maleta y el andador y nos despedimos dándonos abrazos y besos como si no hubiera un mañana. Había sido todo tan intenso que teníamos carne de gallina y algunos hasta lloraban emocionados.

Nos fuimos a casa a ver a Fernando y a Greco, tenía ganas de entregarles las sorpresas que les había comprado y de contarles todos los detalles del viaje. Ellos me decían que me habían echado mucho de menos y no paraban de preguntarme qué habíamos hecho, dónde habíamos estado, qué me había gustado más...

Después del viaje llegaban las vacaciones de verano. Aquel año empezaron de una forma muy distinta. Los deberes para preparar los exámenes de recuperación me agobiaban a diario. Tenía que entregar varios trabajos, además de estudiar para los exámenes.

De vez en cuando quedaba con Elen, pero empecé a notar que, desde el viaje a Valencia ella estaba más distante. Solía excusarse porque había quedado con otra gente, algunas de clase con las que había compartido bungalow en Valencia y otros que yo también conocía. No entendí demasiado qué le ocurría, incluso pensé que eran imaginaciones mías, pero el caso es que yo la veía feliz y no quise decirle nada.

Por mi parte, empecé a quedar con chicos y chicas del barrio, especialmente con una nueva amiga, Paula, que vivía en un barrio al lado de Pozuelo. Ella iba a otro colegio, nos había presentado Elen una tarde en la que coincidimos y desde entonces, algunas veces salíamos las tres juntas y otras solo Paula y yo. Era una chica muy especial y nos hicimos muy buenas amigas. A ella le gustaba cambiarse el color del pelo cada cierto tiempo y yo me partía de risa con su ocurrencia. Por primera vez tenía una amiga con una personalidad diferente al resto. Me encantaba. Le entusiasmaba el *Rock&Roll* y el *Heavy Metal*. Juntas escuchábamos música, ella conocía mis gustos, sabía que me apasionaban mi dúo de cantantes canarios, el Rap y la fotografía. Nuestra amistad se hizo tan sólida que quiso cambiarse de instituto para venir al nuestro y así coincidir conmigo durante el curso. Yo estaba emocionadísima con la idea.

También seguía saliendo con algunos que ya conocía y con los que me divertía haciendo fotos para Tuenti. Eran alumnos de otros institutos,

pero con algunos hicimos tanta amistad que también querían matricularse en el mío. Aun así, yo seguía pensando en Elen y en el motivo por el que podía haberse distanciado de mí.

También aquel verano bajaba a casa de mis abuelos. Quedaba con mis primas, especialmente con Ainhoa, que era solo un año mayor que yo y a la que le encantaba salir de fiesta, maquillarse y relacionarse con chicos. Ella me contaba sus anécdotas y a mí me encantaba escucharla. También con Andrea, dos años menor y que el siguiente mes de septiembre tenía que empezar a estudiar ESO. La intentaba convencer de que no debía asustarse y de que aquel sería un cambio estupendo. Nos gustaba escuchar la misma música, tanto que a nuestro dúo favorito les acabamos bautizando como “nuestros canarios”.

Llegó el temido septiembre y los exámenes de recuperación. Me concentré al máximo y salí contenta de cómo me había ido todo. A la salida me esperaba mi madre.

—¿Cómo te han ido? —preguntó algo nerviosa.

—Pues la verdad es que bastante bien, creo que aprobaré, la mayoría de preguntas eran de temas que llevaba bien preparados.

—Bueno, y si te queda alguna ya sabes que puedes pasar de curso igualmente, lo que pasa es que irás algo más retrasada.

—Mamá, por cierto, ahora que ya solo queda esperar las notas quería comentarte que... —le dije tanteando el terreno—

—Ya vas a pedirme algo...

—Pues sí. —dije soltando una carcajada— Andrea me comentó el otro día que a finales de septiembre hay un concierto en el que actúan nuestros canarios, de hecho, actúan muchos artistas, pero ellos son los artistas cabeza de cartel. Sería una buena manera de estrenar mis quince años, ¿no crees?

—Bueno, haremos una cosa, si apruebas los exámenes, sacamos las entradas para el concierto. ¿Te parece bien?

Tres semanas más tarde recibía mis tres aprobados. En casa todos lo celebramos. Por mi parte se acabó la incertidumbre de si tendría que repetir curso y mi madre me confirmó que sacaría las entradas para asistir al concierto.

Casi sin darme cuenta llegó el día de inicio de curso. Tercero de ESO. Como en años anteriores, me encontré en el vestíbulo con algunas caras conocidas, pero no vi a Elen, mi mejor amiga.

Alcancé a ver a Paula y, después de darnos un abrazo, nos quedamos juntas. En aquella ocasión no nos llevaron a la sala grande. Paula empezaba en mi instituto aquel año, era una de las chicas con las que había entablado más amistad en el barrio aquel verano.

La nueva tutora se llamaba Lidia. Igual que Germán, derrochaba encanto a raudales. Simpática y atenta, nos reunió a toda la clase de aquel año para explicarnos las nuevas asignaturas. Plástica, centrada en el dibujo y la pintura con acuarelas y trabajo con reglas. No me atrajo demasiado. La segunda era física y química, una materia completamente nueva. En cuanto a mis compañeros, la mayoría eran los mismos de los años anteriores, pero no todos. Elen no coincidiría conmigo.

Aquel primer día solo esperaba que llegase la hora del recreo para encontrarme con mi mejor amiga. Paula y yo fuimos a verla para preguntarle qué tal su clase. Elen estaba muy contenta, se lo noté por la forma de contarme sus novedades en clase, junto a las amigas con las que había coincidido en el alojamiento de Valencia y que salía a menudo con ellas.

—La verdad es que me da mucha pena que no estemos juntas en clase, pero bueno, no pasa nada, nos veremos en el recreo. —dijo quitándole importancia a que no compartiéramos aula.

Presenté a Paula a muchas de las amigas de clase. Junto a ellas pasaría el resto del curso, aunque no podía olvidarme de Elen.

Pasaba el tiempo y el curso avanzaba. Mis resultados académicos no eran demasiado buenos, especialmente en las dos asignaturas que más me costaban, matemáticas y lengua. Así que, un año más, me pusieron clases de refuerzo.

En el patio casi nunca estábamos con Elen. Paula y yo nos sentábamos solas o con alguna amiga más, pero Elen se quedaba en el extremo opuesto con sus nuevas amigas de clase. Me sentía muy triste, pero lo comprendía y nunca le reproché nada. Paula no notaba nada y yo tampoco quise explicárselo. Se estaba adaptando de maravilla al ambiente del instituto y, aunque echaba de menos a Elen, Paula y yo cada día estábamos más unidas.

Los fines de semana también quedábamos para hacer fotos y colgarlas en Tuenti. También grabábamos videos y nos hacíamos confesiones mutuas. Un día le conté que me gustaba un chico de clase, uno con el que hablaba de vez en cuando. Ella quiso conocerle y también empezó a hablar con él. Me animó a que le dijera algo, pero al final no me decidí y no pasamos de ser simples compañeros.

En aquella época el Tuenti cedió paso al WhatsApp, era mucho más cómodo chatear con unos y otros, así que todos nos adaptamos a la nueva red social.

Otra de las modas de los quinceañeros era ir a la discoteca. No me atraía demasiado la idea, aunque se tratase de una disco light, la única que había en el barrio y de la que todos hablaban. Al final me decidí a ir con algunas amigas a las que les atraía ese tipo de diversión. Entré con el andador y no tuve problema en pasar por la rampa de acceso. Aquel día no había casi nadie. Nos dirigimos a una mesa y esperamos a que llegase más gente tomando unos refrescos. Había muchos camareros, la música a todo volumen y luces de colores iluminaban el local. Yo me quería

marchar. Me estaba aburriendo soberanamente. No nos oíamos entre nosotras al hablar.

A la salida, mis padres me esperaban en el coche. Se les escapaba la risa cuando me preguntaron si me lo había pasado bien.

—¿Qué tal, Marta? —preguntó mamá mientras papá se tapaba la boca para ahogar una carcajada.

—Bbbbrrrr... —contesté mientras subía al coche y me despedía de mis amigas levantando el brazo— Ya sabéis que, a mí, esto no me gusta.

Supongo que fue por la sensación extraña de haber entrado a plena luz del día y salir con la oscuridad de la noche, o tal vez por el exceso de ruido, el caso es que me mareé. Mi cuerpo no aguantó y yo decidí en aquel mismo instante que no volvería a pisar un garito así nunca más.

Mi grupo de amigos y amigas aumentaba. A mis amistades del instituto se sumaban los del barrio y de otros institutos de la zona. Juntos íbamos al nuevo Centro Comercial que habían abierto cerca y al que solía ir toda la juventud de Pozuelo. Un fin de semana coincidí con una chica de rasgos asiáticos que me resultaba familiar. Las dos nos mirábamos, pero no nos atrevíamos a decir nada. Al final, la chica se me acercó y me preguntó si yo había asistido tiempo atrás a clases de pintura. Se presentó como Coral, intentando que recordase su nombre. Al principio no caí, pero a los pocos minutos la recordé “¡Claro, de eso te conozco, ahora ya caigo! Sí, sí, Coral, ¡qué casualidad!” le dije. Nos sonreímos, conectamos de inmediato y le presenté a Paula. A partir de aquel día, las tres empezamos a quedar para salir. Uno de los días en los que quedamos las dos solas, Coral me dijo que vivía a unas pocas calles de mi casa, éramos vecinas, así que, de vez en cuando, venía a mi casa o yo a la suya para charlar y contarnos las novedades del instituto o de nuestras amistades comunes.

Otra de las nuevas costumbres era la del tabaco. Parecía que, de pronto, a todos les hubiera dado por demostrar que eran mayores paseando con un cigarro en la mano y haciendo círculos de humo en el

aire, algo que me parecía de lo más tonto. Yo era incapaz de dar una calada. Sentía que el humo me cerraba los pulmones. Mis amigos enseguida se dieron cuenta de que no me gustaba fumar, así que nadie insistió en ofrecerme tabaco ni en preguntarme la razón por la que yo no quería fumar como los demás. Aquella era una muestra de que me querían de verdad.

Lo que sí me llamó la atención fue la cachimba. Cuando quedábamos llevábamos una que había comprado Paula. Casi nadie podía tenerla en su casa, porque sus padres no les dejaban, así que me pidieron si podía guardarla yo. No tuve ningún inconveniente, en casa confiaban en mí y no habría problema. Les dije en casa que era un regalo para una amiga, pero creo que después de un tiempo se dieron cuenta de que la cachimba seguía en el armario. Aun así, nunca me dijeron nada.

De nuevo actuaban nuestros canarios en la misma sala. Mi prima y yo, como siempre, nos ilusionamos y preparamos otra vez pancartas con sus nombres.

—Esta vez os voy a acompañar yo —dijo mi padre— quiero ver a esos chicos y el ambiente que crean en sus conciertos. Os esperaré a que termine y así después os llevo a casa.

—Pues a mí me parece que, como ya sois mayores, podríais entrar solas esta vez. —añadió mi madre, buscando la aprobación de papá con la mirada—Ya sé dónde os van a colocar y me parece buen sitio y que, además es muy seguro, porque la multitud queda más apartada de la zona de movilidad reducida.

Felices y emocionadas, Andrea y yo, fuimos al concierto aquella noche. Bajé del coche y mientras mi padre desplegaba la silla de ruedas, mi prima cogía la pancarta del asiento trasero.

Nos dirigíamos a la cola cuando, de pronto, mi prima los vio de lejos en la acera de enfrente de la sala. “Allí, allí, Marta, están allí”, gritó histérica. Me giré inmediatamente y entonces yo también los pude ver. Eran Critika y Saik, los dos con sus sonrisas, su tupé y esas caras de

nobleza que tanto nos gustaban. Hablaban y reían con otros chicos de aspecto parecido. Al principio me quedé en estado de shock, pero en cuanto pude agarré a mi padre por el brazo.

—¡Papá! Por favor, por favor, ves a pedirles que se hagan una foto con nosotras. —le pedí a mi padre chillando y empujándole hacia donde estaban ellos—

Mi padre no tardó ni dos segundos en reaccionar y fue corriendo a pedirles la foto con su hija y su sobrina.

Los dos muchachos aceptaron sin dudarlos y se acercaron hasta donde estábamos nosotras. Nos saludaron y se colocaron a nuestro lado, hablaban con aquel acento canario que tanto nos enamoraba cuando cantaban. Eran dos chicos sencillos y amables. Los dos agradecieron nuestro afecto y el seguimiento que les regalábamos, pero estábamos tan nerviosas que se nos olvidó darles la pancarta.

En aquel mismo momento yo ya me habría marchado a casa, ya había cumplido un sueño. Por supuesto no lo hice. Entramos para ocupar las mismas localidades de la última vez. Mi prima fue a por comida y bebida mientras la gente entraba en la sala, antes de que diera comienzo el concierto. Yo cada vez estaba más convencida de que aquel ambiente estaba hecho para mí, era lo que más me gustaba del mundo.

Mis entrenamientos con el equipo de natación continuaban cada sábado. Me estaba integrando bien al equipo y, un día, el entrenador nos comunicó que la primera competición de la temporada sería en noviembre en Rivas Vaciamadrid. A partir de aquel momento los entrenos serían más duros, teníamos que prepararnos bien para hacer un buen papel, especialmente yo, que era la novata del grupo. Se me pusieron los pelos de punta y los ojos parecía que me iban a saltar de las órbitas.

Las revisiones médicas también seguían siendo rutinarias. El doctor Quiroga nos informó de que existía una nueva posibilidad de mejora con

otra intervención. En esta ocasión el médico hablaba directamente conmigo.

—La operación consiste en ponerte un hierro llamado Gianinni, hará el puente en cada una de las plantas de tus pies. —me explicó sosteniendo un pie de plástico entre sus manos mientras me mostraba la zona donde se colocaría—

—Bueno, si es para mejorar, ya sabe que a mí me parece bien, pero —le dije preocupada— ¿Cuándo tiene que ser la operación?

—Yo creo que lo mejor es hacerla en verano, como en las ocasiones anteriores. —me dijo, antes de recostarse en el respaldo de su sillón a la espera de mi respuesta— lo que sí puedo asegurarte es que, esta vez, las escayolas no serán tan grandes. Serán más bajas, no hace falta que lleguen hasta las ingles, solo hasta las rodillas.

—Bueno, me parece bien. Yo sigo estudiando igual y además compitiendo en natación, pero en junio terminamos la temporada, así que no me preocupa.

—Marta, la decisión es tuya, ya sabes lo que opinamos nosotros. —dijo mi padre.

Acepté, aún con la expectativa de pasarme de nuevo el verano con las piernas escayoladas, pasando calor y encerrada en casa.

CAPÍTULO 8  
LAS COMPETICIONES

Acudí a mi primera competición de natación acompañada de mis padres y de Fernando. Pese a tener en mi cabeza la continua preocupación de tener que pasarme el verano escayolada de nuevo, la ilusión de que mi hermano me viese nadar por primera vez, sirvió de atenuante.

Fernando era ya un chico apuesto, aunque no muy alto, su cabello moreno y su complexión fuerte, junto a una oscura mirada le daba un aire atractivo. Las chicas le miraban a menudo cuando íbamos juntos por la calle. A mí me entusiasmó la idea de que me viera nadar en una competición. Nunca me había acompañado a terapia, así que todo aquello era bastante nuevo para él.

Cuando entramos en el recinto el resto del equipo ya me estaba esperando en el vestuario. Me acerqué a Víctor, con quien tenía más amistad, “estoy nerviosísima”, le confesé. Él estaba junto a Darío y los dos sonrieron al verme excitada ante la novedad que representaba aquel ambiente.

Una de las entrenadoras se acercó a las chicas y nos acompañó al vestuario femenino. No se separó de nosotras en ningún momento, asistiéndonos e intentando tranquilizarnos. Allí había un montón de chicas correteando de un lado para otro, unas se cambiaban, otras intentaban relajarse, se cambiaban el bañador, se colocaban el gorro. Yo cada vez estaba más nerviosa. Julia y la entrenadora intentaban animarme diciéndome que seguro que lo haría incluso mejor que en los entrenamientos. “Lo más importante es que te olvides de todo e intentes disfrutar del momento”, me aconsejó mi compañera.

Salimos del vestuario para entrar en el recinto de la piscina. Allí nos esperaban los demás. Junto a los miembros de nuestro equipo, otros participantes de un equipo de Madrid se acercaron a saludarnos. Alguno de ellos vino a hablar conmigo, puesto que era la única a la que no conocían de otras competiciones.

A los pocos minutos comenzamos a calentar del mismo modo que solíamos hacer en los entrenamientos. Tras los ejercicios de estiramiento, nos metimos en el agua para hacer algunos largos de preparación. Las calles estaban llenas como nunca antes había visto la piscina.

Cuando entras en el agua y empiezas a nadar, un silencio absoluto te envuelve. La sensación de trasladarte a otra dimensión te invade por completo. Es una fórmula de abstracción en la que solo tus propios pensamientos logran que tomes contacto con la realidad. En aquel momento, en mi cabeza, navegaba la idea de sorprender por primera vez a mis padres y a mi hermano. La duda de saber hacerlo bien, de si había tomado la mejor decisión aceptando aquel reto.

Mientras tanto, mi familia se sentaba en las gradas del público, junto a los acompañantes del resto de los equipos. Cuando salí de la piscina, una vez realizado el calentamiento previo, los vi animando a los tres.

Todo el equipo se reunió con los entrenadores, que nos animaron deseándonos mucha suerte a todos. Formando un círculo, juntamos una de nuestras manos estirando un brazo hacia el centro para terminar lanzando al aire nuestro “grito de apoyo”.

Empezó la competición. Todos lo hacían genial, tal y como me esperaba porque los había visto entrenar y sabía el nivel que tenían. Cuando llegó mi turno me tocó competir contra uno de los miembros de mi equipo, algo que no me gustó demasiado, pero así nos habíamos clasificado, de manera que no quedaba otro remedio.

Me acerqué a la calle asignada sentada en mi silla de ruedas, mirando a mis entrenadores con cara de circunstancias. La suerte estaba echada. Todo el mundo permanecía en silencio y yo me sentía observada. Bajé de la silla para entrar en el agua. Estaba tan nerviosa que ni siquiera noté el frío del agua. Oí el pitido del silbato e inmediatamente empiezo a nadar Crol. Mi mente estaba completamente en blanco. Avanzo moviendo los brazos y muy levemente las piernas. A cada brazada podía escuchar a

lo lejos los gritos del entrenador. Sentí a mis compañeras nadando a mi lado. Vi entre brumas de agua como un árbitro cronometraba mi tiempo y finalmente llegué al final de la calle para tocar la pared. Al levantar la cabeza sacándola del agua miré hacia la grada y, levantando el pulgar hacia arriba, hice una señal a mis padres de que todo estaba bien. Choqué la mano con la de mi compañera de equipo que nadaba en la calle de al lado y me emocioné al salir del agua y ver a mis entrenadores esperándome para felicitar me. Mientras me ayudaban a sentarme en la silla de ruedas me aseguraban que lo había hecho genial. Al llegar a la zona reservada para nuestro equipo, mientras me secaba todo el cuerpo, volví a mirar hacia la grada. Mis padres y mi hermano aplaudían y me indicaban con gestos que lo había hecho muy bien.

Víctor y yo hablábamos de nuestras sensaciones sobre el campeonato cuando se nos acercaron varios miembros del otro equipo de Madrid. Nos pidieron hacernos fotos juntos cuando se celebrase la entrega de medallas y yo no podía estar más feliz al sentirme parte de todo aquello.

Congenié especialmente con Marta Camisón, una de las nadadoras del otro equipo madrileño. Fue una de las primeras que se acercó a mí para preguntarme qué tal mi experiencia en la competición.

—Soy de Madrid, pero vivo en Alcobendas, con mis padres. ¿Tú vives en Pozuelo? —se interesó mi nueva amiga.

—Sí. Esta es la primera vez que nado en competición. Empecé haciendo terapia en piscina y este año me he incorporado al equipo. Estoy encantada.

—Lo has hecho muy bien. Tienes que continuar, aunque es duro, vale la pena. Yo hace ya un par de años que compito y estoy encantada. —continuó explicándome— Hay tres o cuatro competiciones al año, no siempre se gana, claro está, pero también se vive muy de cerca los triunfos de los compañeros. ¿Entrenas muchos días a la semana?

—De momento solo los sábados, pero creo que empezaré a entrenar más días a partir de ahora.

La entrega de medallas fue un momento emocionante. El podio, los compañeros subiendo a él para que les entregasen sus premios... Yo no gané en aquella ocasión, pero en mi interior me sentía como si sí que lo hubiera hecho. Había llegado hasta el final y en cuanto saliera por la puerta, mis padres y mi hermano me abrazarían sintiéndose orgullosos de mí.

No todos se lo tomaron igual que yo, vi algunas caras tristes y otros estaban decepcionados con ellos mismos, pensando que debían superarse y entrenar más a fondo. Los entrenadores hablaban con ellos alentándoles para que no se hundieran y dándoles consejos para la próxima vez.

Al salir del vestuario y tal como esperaba me esperaba mi familia. De camino a casa solo hablábamos de las sensaciones que habíamos tenido, ellos de la emoción que sintieron al verme y yo del nerviosismo y a la vez entusiasmo vivido dentro del agua.

La novedad de mi faceta como nadadora de competición no pasó desapercibida en mi entorno. Mis abuelos, tíos y primos se interesaron por el tema, preguntándome todos los detalles de mi primera participación. Por una vez me sentí el centro de atención por una buena causa, un motivo que no fuese una operación o un problema de salud que les hiciera estar pendientes de mí.

En el instituto también me preguntaban por la experiencia. La noticia había corrido por toda la clase y mis compañeros me preguntaban ya cuándo volvería a celebrarse la siguiente competición. Aquel lunes me sentía como si hubiese ganado cinco medallas. Durante el recreo le conté a Paula todos los pormenores, aunque ella no entendía demasiado cómo funcionaba lo de la natación adaptada. Yo le describía cómo me había sentido y a la gente que había conocido y ella se alegraba por mí solo al ver el entusiasmo con el que le contaba todo.

En Tuenti se había propagado mi participación y aquel día hasta los profesores me preguntaban cómo había ido todo. Sin embargo, mis resultados académicos se resentían, cada vez obtenía peores resultados, así que me advirtieron para que no descuidase mis estudios.

La semana siguiente se reanudaron los entrenamientos. El entrenador nos volvió a felicitar a todos por nuestra participación y el esfuerzo que tan buenos resultados nos había dado. También nos comunicó que empezaríamos a prepararnos para la siguiente competición. Tendría lugar en Oviedo, antes de Navidad.

—La buena noticia es que ya hemos conseguido el nuevo equipamiento. Después del entrenamiento os entregaré a cada uno la vuestra, según la talla de cada uno. —nos dijo emocionado.

En cuanto salí del entreno fui directa a contárselo a mis padres. Su reacción no pudo gustarme más.

—Me parece fantástico, Marta. ¿Sabes qué haremos? —dijo mi padre sin darme tiempo a responder— Iremos a Oviedo un día antes y así aprovecharemos para visitar la ciudad. No hemos estado nunca allí, haremos turismo los tres juntos. ¿Os parece? —preguntó mientras mi madre y yo afirmábamos entusiasmadas.

Cuando llegó el momento, dejamos a Greco en casa de los abuelos. El pobre se enfadó un poco, no le gustaba separarse de nuestro lado. Siempre venía con nosotros a la playa y quedarse allí no le pareció demasiado bien. Yo no paraba de abrazarle y darle cariño despidiéndome de él, pero, aunque me separase de él, tenía ganas de vivir aquel viaje emocionante.

Mis padres estaban algo nerviosos por el acontecimiento, aquel era un viaje distinto a cualquiera de los que habíamos hecho juntos. Por el contrario, yo me sentía bastante tranquila, supongo que el hecho de viajar con tiempo para hacer turismo antes, me calmó bastante. También mi amigo Víctor viajaba con antelación. Los dos, cada uno desde su coche, yo acompañada de mis padres y él de su hermana y su madre, hablábamos

a través del móvil, enviándonos mensajes continuamente sobre todo lo que veíamos por de camino a Oviedo.

Al llegar nos dirigimos al hotel donde se hospedarían mis padres, estaba muy cerca del que yo ocuparía a partir del día siguientes con mis compañeros y los técnicos del equipo. Después de acomodarnos y dejar las maletas fuimos a dar una vuelta por los alrededores. Preparé mi cámara profesional, tenía muchísimas ganas de hacer fotos en aquella ciudad tan fantástica. Coloqué el objetivo para hacer fotos de cerca, había infinidad de detalles que quería captar. Lo cogí pensando en las buenas fotos, en primer plano, que me haría mi padre desde la grada, pero también quería aprovecharlo para inmortalizar la ciudad.

Cuando llegaron Víctor y Mikel, que también pasaban la noche en Oviedo antes de competir, cenamos todos juntos con nuestras respectivas familias. Les contamos lo que habíamos estado visitando durante nuestra pequeña visita turística y les recomendamos algunos barrios y callejuelas que podrían recorrer después del certamen si querían quedarse allí más tiempo.

Después de cenar nos marchamos al hotel a descansar. Tenía sueño y estaba cansada. En mi cabeza empezaba a rondarme la preocupación por si la competición sería igual que la de Vaciamadrid o si me encontraría en una situación completamente diferente.

Me levanté a las 7.00h. Los mensajes no paraban de dar aviso de llegada en el móvil. Tenía el estómago cerrado y ninguna gana de desayunar. Mis padres me acompañaron al hotel donde se alojaba el equipo. Mamá llevaba mi bolsa de viaje, mientras mi padre y yo hablábamos de forma distendida, intentaba relajarme y no pensar en que en pocos minutos nos reuniríamos todos en el hall para ir al polideportivo.

El entrenador nos recibió y distribuyó las habitaciones entre todos los participantes. Estaríamos de dos en dos en una sencilla habitación de dos camas, una mesilla y un pequeño armario y un enorme baño

adaptado. Yo estaba encantada con la experiencia, pero cada vez más nerviosa. Antes de que mis padres se marcharan, el entrenador les dio instrucciones sobre la hora a la que debían recogerme para llevarme a la piscina, nos despedimos, aunque no quería separarme de ellos, tenía los nervios a flor de piel.

Sin apenas darme cuenta llegó la hora de comer. Nos reunimos todos en el comedor y el entrenador aprovecharía ese momento para explicarnos cómo funcionaría la competición. Yo seguía con el estómago cerrado. Miraba a mis compañeros sin saber cómo eran capaces de gestionar la emoción y los nervios “pero cómo puede ser que yo sea la única que está como un flan”, pensaba.

—En esta ocasión, en lugar de ser una serie, serán tres. —empezó a explicarnos el entrenador mientras todos comíamos— una será de Braza, otra de Crol y otra de Espalda. —continuó diciendo mirándonos a todos al tiempo que valoraba nuestra reacción— Hoy se harán dos y mañana domingo la última. Y, por último, la piscina es más larga. —añadió— No es una piscina de veinticinco metros, sino de cincuenta. Tranquilos, estoy seguro de que todos lo vais a hacer genial.

En cuanto terminamos de comer nuestros padres ya estaban esperándonos en el vestíbulo para llevarnos al complejo deportivo. Siguiendo la misma rutina de siempre, nos separamos para que ellos se colocasen en las gradas de público, les di un par de besos a cada uno, “esta vez voy a por la medalla”, le dije a mi padre. Me marché con mi compañera de habitación al vestuario para ponernos el bañador.

En aquel momento, pensar en Greco y en cómo lo estaría pasando en casa de mis abuelos era lo único que me tranquilizaba un poco. Me había sorprendido ver la piscina tan larga, no estaba acostumbrada y pensar en algo que no tuviera nada que ver con la natación me ayudaba a relajarme. Al cabo de unos minutos ya estábamos en el recinto de la piscina, junto a las calles, mirándonos unas a otras intentando calmar los nervios.

De lejos vi cómo se acercaba Marta Camisón, la chica que había conocido en Vaciamadrid que era miembro de otro equipo madrileño. Nos abrazamos y enseguida me dijo que me había echado de menos y quería presentarme a otras amigas de su equipo.

—¡Hola, Marta! —le dije a mi amiga Camisón correspondiendo a su abrazo y su sonrisa— claro, después nos vemos y hablamos. Perdona, pero es que ahora solo puedo concentrarme en la carrera.

—¡Claro! Perdona Marta, no sé en qué estoy pensando, si yo estoy igual... son los nervios que no me dejan parar quieta.

Las dos nos separamos riendo y saludándonos con la mano mientras ella se dirigía hacia donde estaba el resto de su equipo. Inmediatamente, entré en el agua y empecé a nadar unos largos haciendo mi calentamiento.

Al salir de la piscina me coloqué en los bancos de la zona reservada para nuestro equipo. Miré hacia la grada, quería localizar a mis padres. Me daba seguridad sentir su presencia entre la gente, sin perderse detalle de todo lo que sucedía a mi alrededor. Allí los vi. Sonrientes, estaban sentados junto al grupo de padres de algunos componentes de mi equipo. Intenté relajarme escuchando música con mis auriculares. Tenía ganas de terminar mis series. Pensaba en el entrenador, en la gran oportunidad que me había ofrecido al contar conmigo, “no puedo defraudarle”, pensé. Era casi una obsesión. Mientras esperaba que diera comienzo la competición, observaba con atención a todos los participantes, equipos de diferentes ciudades del país, chicos y chicas de diversas edades y con enfermedades de todo tipo, algunas de ellas que yo nunca hubiera podido imaginar que pudiesen llegar a estar federados para competir.

Colocadas en fila ante nuestras calles, algunas nadadoras coincidimos con la competición de Vaciamadrid. Mi compañera de equipo, también Marta Camisón y otra chica de su equipo. Nerviosas, nos dimos ánimos y tocamos nuestras manos en señal de camaradería. De pronto, mi nombre por el altavoz, el silbato y al agua. Concentración absoluta en

el silencio del agua, mover los brazos con toda mi energía y ligeramente las piernas.

Al terminar, una mirada hacia la grada para ver cómo mis padres aplaudían sonrientes levantando el pulgar en señal de aprobación. Me acerqué hasta donde me esperaba Darío, mi entrenador, que me confirmó que lo había hecho muy bien.

Peinada y vestida con el uniforme deportivo del equipo, me reuní con Marta Camisón para comentar las sensaciones de las series que habíamos hecho. Me presentó a sus amigas y estuvimos charlando muy animadas y ya liberadas de todo nerviosismo.

Tras cambiarnos en los vestuarios, me reuní con mis padres para que me llevaran de vuelta al hotel. Durante el camino comprobé que estaban felices. “Marta, te hemos visto brillar, hija”, afirmaba mi madre sin parar de sonreír. “Te hemos visto saludar a tus contrincantes después de la carrera, también hablando con chicas y chicos de otros equipos... te hemos visto feliz”, añadió mi padre.

Aquella noche nos juntamos varios compañeros de equipo en algunas habitaciones para compartir sensaciones de la competición, especulando sobre quién podría llevarse medallas al día siguiente. Nos esperaban las últimas pruebas, así que no nos acostamos demasiado tarde, teníamos que descansar para finalizar la competición al más alto nivel.

Cuando nos levantamos al día siguiente mis nervios habían desaparecido. Me sentía tranquila y deseosa de volver a nadar para darlo todo de mí. Más segura de mí misma y arropada por todo el equipo, mi entrenador y mis padres, después de desayunar nos dirigimos de nuevo al polideportivo.

La rutina se repitió, pero aquel día, en la última prueba supe en cuanto entré en el agua que todo iría bien.

Tal y como había hecho las dos veces anteriores, nadé con toda la energía que era posible. Acabé y felicité a mis compañeras de serie y miré hacia las gradas buscando con la mirada a mis padres, que sonreían y aplaudían en pie, mezclados entre el público.

Cuando una hora más tarde, ya vestidos con el equipamiento oficial del club, escuchamos nombrar a los diferentes nadadores que subirían al podio, entre nosotros nos abrazábamos al oír el nombre de alguno de nuestros nadadores. Lo que nunca imaginé es que escucharía mi nombre a través de los altavoces del recinto y no solo una sino dos veces. Había ganado dos de las series en las que participé.

Miré a mi entrenador, que afirmaba feliz sonriéndome. Después alcé la vista hacia la grada y mis padres parecían saberlo también. Todos mis compañeros se arremolinaron a mi alrededor para felicitarme dándome abrazos antes de subir al podio a recibir mis medallas. Nunca antes me había sentido tan feliz, tan orgullosa de mí misma. Era capaz de superarme hasta llegar a ganar una carrera a nado, algo que jamás antes hubiera imaginado.

De regreso a casa intenté calmarme escuchando música. Mientras me relajaba intentaba recordar mentalmente cada detalle del fin de semana, de todo lo que había compartido con el resto de mi equipo, con mis nuevas amigas, con mis padres y con todos los que habían disfrutado de aquel campeonato. Me había despedido de Marta Camisón y el resto de nadadoras de su equipo, prometiéndonos quedar para vernos en Madrid en alguna ocasión. Ahora solo pensaba en llegar a casa de mis abuelos para contarles todo lo ocurrido y abrazar a Greco, que seguro que nos habría echado de menos a los tres.

CAPÍTULO 9  
FRACASO ESCOLAR

Tras el campeonato volví a la realidad de golpe. Había vivido un sueño durante un fin de semana, convirtiéndome en una chica popular entre los compañeros de clase, del equipo, en terapia con el fisio y con mis amigas del barrio, pero tocaba volver al instituto y afrontar el día a día.

Compartía las fotos con mis medallas colgadas al cuello con todo aquel que se interesaba. Paula y las demás esperaban a la hora del recreo para que les contase detalles del evento y hasta los profesores del instituto me felicitaban al verme. Sin embargo, los resultados académicos eran cada vez peores y, aunque mis padres me advertían de que, de seguir así, tendría que repetir curso, yo no era del todo consciente de ello. Me sentía tan feliz que no quería pensar en lo que representaría quedarme atrás otro curso y cambiar de compañeros de clase de nuevo.

Al toro se le coje por los cuernos, siempre lo he tenido claro, por eso no tenía ningún reparo en contarles a mis padres que los exámenes iban de mal en peor. Lejos de castigarme o reñirme por ello, intentaban animarme para que me concentrase en los estudios al máximo, incluso cuando lo inevitable era ya una evidencia.

Llegó el mes de junio y me despedí de la rutina de natación. Después de la competición continuamos entrenando todos los sábados, también seguía con la terapia, que seguiría hasta septiembre, pero al llegar final de curso algunas cosas iban a cambiar.

Salí del instituto con una cara que me llegaba al suelo. La decepción era previsible, pero, aun así, no creí que llegase a tanto. Había suspendido siete asignaturas.

Aquel verano me esperaba la operación de Gianinni en ambos pies y me tocaría estudiar a tope si no quería repetir curso. Me acordé de lo que Pilar, la profesora del colegio, nos había pronosticado a mis padres y a mí, “Marta tendrá que repetir curso, pero en el colegio no, que lo haga en el instituto”. Mamá me repetía que no pasaba nada por el hecho de repetir un curso, que no era la única a la que le pasaba y que nada tenía

que ver con mi discapacidad, pero yo no quería darle la razón a Pilar, aunque hubieran pasado ya varios años de aquello.

Aquel verano no nos fuimos de vacaciones. La rutina veraniega consistía en ir con mis primas a casa de los abuelos, bañarnos en la piscina y estudiar allí juntas y hacer los deberes con alguna de ellas.

Cuando llegó el día de la operación, la rutina se interrumpió para ingresar en el hospital. No era la primera intervención quirúrgica que me hacían en verano, pero si bien antes tenía ilusión por experimentar una mejoría, aquella vez no sentí ningún entusiasmo por lo que representaba someterme a quirófano de nuevo. Me había acostumbrado de tal modo a mi situación que no tenía esperanzas de mejorar sustancialmente. Pensaba que, en adelante ya solo me esperarían revisiones médicas de control o, como mucho, continuar con las férulas. Era una extraña sensación.

Llegó el día de mi dieciséis cumpleaños, el peor de mi vida. Me encontraba tumbada en una camilla a la espera de que la anestesia hiciera su efecto para entrar en quirófano y someterme a la operación de Gianinni.

La intervención duró menos que en las ocasiones anteriores. Al menos eso me dijeron mis padres. Cuando al despertarme vi que realmente las escayolas solo llegaban hasta las rodillas me alivié bastante. Ya no tendría que volver a pasar aquel horrible calor ni sufrir los picores en ambas piernas.

En la habitación, rodeada de mis padres, Fernando y mis abuelos, Rebeca, mi prima de Cáceres, empezaron a sucederse las llamadas de amigas, compañeros de clase, del equipo de natación, mis tíos, etc. ya otros años había pasado esas fechas en el hospital, pero nunca antes el mismo día había coincidido con mi paso por el quirófano. Me sentía algo triste. No le deseo a nadie pasar el día de su cumpleaños en la cama de un hospital. Aunque rodeada de los míos, aquel sería el peor aniversario de mi vida. En los últimos tiempos me había acostumbrado a celebrar el

día con mis amigos y familia, pero aquel año me tocaba estar allí postrada a la espera de abandonar el hospital y volver a casa a estudiar.

El mes de convalecencia con las escayolas se me hizo eterno. Había crecido mucho y mis padres ya no podían moverme con la misma facilidad que en las anteriores veces. Me hacía mayor y todo resultaba más complicado, tanto por el peso como por la estatura. Papá inventó un método utilizando una tabla que colocó en la silla de ruedas, de ese modo podía incorporarme si íbamos a casa de mis abuelos o para salir de casa. Lo que resultaba más difícil era subir escaleras.

A finales de agosto me citaron para quitarme las odiadas escayolas. Soporté el desagradable ruido de aquella máquina que parecía una sierra eléctrica. Cuando vi mis piernas sin yeso me alivié bastante, pero también me di cuenta de que estaban muy débiles. Me tocaba empezar con la recuperación para fortalecerlas y poder caminar pronto con mi andador.

—Marta, esta vez ha ido todo tan bien que no hace falta que te quedes en el hospital una semana o dos, puedes marcharte a casa y hacer allí tus ejercicios de recuperación. —dijo el doctor Quiroga entusiasmándome con la noticia.

Me recuperé mucho más rápido que las otras veces. Enseguida cogí fuerzas y empecé con el andador. Llegaba septiembre y esperaba con ansias las fiestas de mi barrio, aunque también los exámenes estaban a la vuelta de la esquina.

Las recuperaciones se hicieron en dos días seguidos. Fui al instituto a examinarme durante el día y por la noche acudía a las fiestas a ver los conciertos. Aquello era lo que más me gustaba. De pequeña iba con mis padres a montarme en las atracciones, de lo que siempre huía era de los cohetes y los petardos, eso nunca me gustó, ni siquiera de mayor, pero disfrutar de la música en directo era mi pasión.

Por primera vez, mis padres me dieron permiso para ir sola a la feria de las fiestas. Iba acompañada de Paula y habíamos quedado allí con Coral. Lo único que me exigieron fue que no subiera a ninguna atracción.

—Marta, ya sabes que no tienes estabilidad, por favor, no te subas a ninguna atracción que podríamos tener un disgusto. —me dijo papá antes de salir de casa—solo te pedimos eso. Puedes volver cuando quieras, nosotros también volveremos tarde, pero ve con cuidado.

—Bueeeeno, no subiré. —le aseguré.

Allí paseamos de un lado para otro escuchando música y comiendo dulces de las casetas de golosinas. Cuando Paula me pidió que subiéramos a una de las atracciones tuve claro que no podía hacerlo.

—No me dejan Paula. —le dije a mi amiga, dispuesta a cumplir mi promesa.

—¿Por qué? No pasará nada, son seguras, tienen un cinturón de seguridad.

—Ya, pero en mi caso puede ser peligroso, no tengo apenas estabilidad, mis piernas no responden de la misma manera que las vuestras. Se tensan un poco pero no ofrecen resistencia suficiente para afianzarme en el asiento. —le expliqué— además, mis padres me lo han prohibido.

Todavía no sé cómo, pero el caso es que Paula me convenció para subir, asegurándome que ella me sujetaría con las dos manos por la cintura y cuidaría de que no me pasara nada. Así que me vi sentada en uno de los compartimentos por parejas que subía y bajaba al tiempo que daba vueltas sobre sí mismo y en círculos. Con la apariencia de las patas de un pulpo, nuestro asiento volaba cada vez a un ritmo más acelerado. Paula, tal y como me había asegurado, me cogía con fuerza de la cintura y yo rezaba en silencio para que nadie conocido me viera allí arriba. Desobedecía por primera vez a mis padres, solo esperaba que mis primas no estuvieran por allí con sus amigas, me vieran y se preocupasen por si me pasaba algo.

Sucedió entonces. Por primera vez sentí lo que era una subida de adrenalina. Mis piernas se estiraron por completo. Rígidamente e inmóviles,

sentí que no podía moverlas. Mi cuerpo estaba bloqueado. Era una sensación rarísima que me asustaba a la vez que me gustaba. Incapaz de gesticular esperé a que terminase el movimiento de la atracción.

—Paula, ¿podemos repetir? —le pregunté a mi amiga mientras me miraba sorprendida y rompía a reír a carcajadas.

—¡Claro! Hasta que nos cansemos o se nos acaben los tickets.

Repetimos hasta diez veces. Yo miraba a Paula mientras me sentía la chica más feliz del mundo. Poco a poco mis piernas empezaron a relajarse y tomé de nuevo el control de mi cuerpo. Más tranquila, fui capaz de hablar mientras nuestro asiento seguía dando vueltas, subiendo y bajando a gran velocidad. En cuanto bajamos y sujeté el andador, mis piernas volvieron a estirarse con rigidez, pero a los pocos segundos logré caminar con normalidad. Me había encantado la experiencia de montar sola en una atracción de la feria, el único problema es que no podía contárselo a mis padres como siempre hacía con todo lo que descubría y aunque me moría de ganas de explicárselo.

Unos días después se publicaron las notas de los exámenes de recuperación. En el tablón lo ponía bien claro, solo había logrado aprobar tres de las siete asignaturas pendientes.

Me invadió una sensación de fracaso absoluto. Me daba igual que mis padres me asegurasen que no pasaba nada por tener que repetir. Me daba lo mismo que mis compañeras de clase me asegurasen que seguiríamos viéndonos en el recreo y los fines de semana. No podía creerlo. Estaba tan decepcionada conmigo misma que nada me consolaba. Llevaba tres años siendo la mayor de clase, aunque no lo pareciera, pero ahora todo eso cambiaría, ahora la diferencia de edad sería evidente. De pronto, una de las directoras del instituto me llamó para proponerme algo inesperado.

—Este año empezamos con un nuevo plan de estudios de diversificación. Marta, tú podrías formar parte de él. —me dijo, sin que yo entendiera de qué me estaba hablando— Es un nuevo programa en el

que se funden dos cursos. Tu podrías repetir tercero, pero también cursar algunas asignaturas de cuarto, junto a tus compañeros de clase de siempre. Son clases reducidas, eso facilita el aprendizaje.

Sin entender demasiado lo que me proponía, le dije que aceptaba ese método y que sí repetiría en la clase de diversificación.

A la decepción por mi fracaso escolar se sumó la de mi recuperación de la operación. Hacía ya un mes que había empezado con los ejercicios y uno de mis pies me dolía hasta tal punto que no podía apoyarlo completamente en el suelo. Caminaba con dificultad con el andador, iba más lenta. Pensé que quizás era normal, pero me preocupaba no saber la verdadera razón.

El primer día de clase era diferente a los años anteriores. Mi madre me dejó en la puerta del instituto, como había hecho siempre, pero yo no entraba con una sonrisa, ilusionada y expectante como en los años anteriores. Recorrí los pasillos en busca de mi nueva clase sintiéndome una perdedora. Empujaba mi andador, mientras el dolor de pie seguía torturándome. Sentía una tristeza inmensa. Empezaba a pensar que Pilar, mi antigua profesora del colegio, tenía razón sobre mí.

A la entrada de clase observé a los nuevos compañeros que iban llegando, todos con una sonrisa en la cara, como Pedro, con el que había coincidido en segundo de ESO y en fisioterapia. Otros me conocían de vista y me saludaban, otros llegaban de diferentes institutos ilusionados por el nuevo plan de estudios, como Nax, un chico que se presentó a toda la clase luciendo una impresionante cresta mohicana. También conocí a Samanta, una chica de piel y cabellos morenos que se sentó junto a mí con una sonrisa. Todos éramos muy distintos, pero nos unía la circunstancia de repetir curso.

La profesora se presentó y comenzó a darnos las primeras explicaciones sobre cómo sería el curso que iniciábamos.

—Mi nombre es Elvira y seré vuestra tutora durante este curso y el siguiente. —nos dijo sonriendo— En primer lugar, lo que quiero que

tengáis muy claro es que, el hecho de ser un grupo reducido y con un plan de estudios distinto al resto, no quiere decir en absoluto que no valéis. —sentenció para nuestra sorpresa—

Creí que Elvira era capaz de leer mis pensamientos, con aquella declaración de intenciones me arrancó mi primera sonrisa ganándose también mi cariño.

—Simplemente tendréis otro tipo de oportunidad. —continuó explicando— algunas de las asignaturas las cursaréis conjuntamente con vuestros antiguos compañeros de tercero. Otras materias, serán las mismas, pero con otra denominación y también se os examinará con mayor frecuencia para hacer un seguimiento más exhaustivo de vuestros avances. Y ahora, os toca a vosotros presentaros, tenemos que empezar a conocernos porque me gustaría que a lo largo de estos dos años formásemos una piña. —terminó su discurso cediéndonos la palabra a todos los alumnos.

Poco a poco todos nos fuimos presentando y, a medida que pasaba el curso, nos fuimos también conociendo mejor. Nos llevábamos bien. De forma natural, conseguimos formar una piña, tal y como quería nuestra profesora. Quedábamos en casa de uno u otro para estudiar, charlar e incluso algunos quedaban también para salir de fiesta.

Yo solo salía con Samanta y Cloe para ir a las fiestas del barrio, esas sí que me gustaban y no me las perdía nunca. Les presenté a Paula, que también había repetido curso, aunque en su caso no era en el plan de estudios de diversificación. Sin embargo, mi amiga empezó a cambiar de actitud. Intentaba llamar la atención para caer bien a quienes le presentaba. Su personalidad, que tanto me había atraído el año anterior, se transformaba para encajar entre mis amistades. Paula empezó a dejarme de lado en cuanto hizo nuevas amistades entre sus compañeras de clase, pero no me afectó demasiado que nos distanciásemos, porque su forma de comportarse me dolía.

Samanta se acercó a mí en cuanto nos conocimos. Me decía que debía persistir con la fotografía, apoyándome incluso posando como modelo en alguna sesión. Las dos compartíamos gustos, aunque éramos muy diferentes. Ella tenía un carácter muy fuerte. Le gustaban las extensiones de pelo largo, la música de grupos extranjeros y salir de fiesta como la que más. Todo lo contrario que a mí. Sin embargo, cuando estábamos juntas, no le importaba hacer cosas que nos gustasen a las dos. Cuando quedábamos todos los de clase para salir, ella siempre insistía en que yo fuese también, incluso me invitaba a quedarme en su casa para no tener que volver en transporte público, algo que me fastidiaba muchísimo. Con Samanta volví a sentir que tenía a mi lado a mi mejor amiga, como había sucedido años atrás con Elen.

Pedro fue uno de los amigos de clase a los que redescubrí aquel curso. Aunque ya le conocía del colegio y de terapia, tuve la oportunidad de tratar más con él y tomar más confianza. Le gustaba el rap, hasta el punto de soñar con dedicarse a la música. A mí cada vez me gustaba más aquel estilo musical, así que hablábamos horas y horas de los grupos que estaban de moda en aquel momento; Nach, Magno, Shé, Xenon, Rafa Espino, SFDK.

Me gustaban especialmente Ocer y Rede, dos chicos de Torrejón de Ardoz que al principio pensé que eran hermanos, pero no, eran dos amigos que conseguían con sus letras que me identificase y me sintiera como antes lo hicieron Critika y Saik, mis canarios. Así que, le dije a Pedro, que necesitaba verlos en directo.

—¡Andrea, tenemos que ir a un concierto de estos chicos! —le dije a mi prima en cuanto la vi, buscando su complicidad.

Mis padres nos llevaron a nuestro primer concierto de Rap. En la puerta del local, bastante pequeño, había varios grupos de chicos y chicas vestidos con chándal, deportivas, etc. Era gente más mayor de lo habitual y el ambiente sorprendió y asustó algo a mis padres. Les convencí de que era normal y que la gente que escuchaba rap solía vestir y calzar así.

Al entrar en la sala, esperaba que me acompañasen a una zona reservada para personas con movilidad reducida, pero no fue así. Nos colocaron en primera fila. Algunos asistentes nos preguntaban cómo lo habíamos hecho, porque muchos de ellos llevaban acampados varios días en la puerta para conseguir buen sitio. Cuando salieron los dos raperos al escenario la euforia me empujó a levantarme de mi silla, tal y como solía hacer en los conciertos en directo. De repente, en una de sus canciones, noto que mis piernas se paralizan. No podía moverme ni hacia adelante ni hacia atrás. Lo más parecido a la sensación que experimenté al subir a una atracción de feria. Miré a mi prima, que también me miró esperando que le dijera si me pasaba algo al ver mi cara petrificada. “¿Qué pasa, estás bien?”, preguntó Andrea. Yo no quería asustarla, pero tenía que avisarla de lo que me estaba pasando. “No te asustes, pero no puedo moverme. Mis piernas no me responden, se han quedado tiasas y ni siquiera puedo sentarme”, le dije intentando no gritar pese a la música y las voces del público que cantaba coreando la canción. La miraba sin saber cómo podía ayudarme. Intenté sentarme varias veces, pero no había manera. “¿Qué hago?”, me preguntaba Andrea y yo le respondía levantando los hombros “No sé, creo que hasta que no se vayan no podemos hacer nada”. La mala suerte quiso jugar también conmigo aquel día. De repente, el cantante lanzó al aire una sudadera que cayó directamente en mi silla de ruedas. Intenté darme la vuelta para cogerla, igual que Andrea, pero no alcanzamos y alguien del público al final se hizo con ella.

Cuando terminó el concierto y la sala estaba casi vacía, uno de los empleados de seguridad se acercó a nosotras para indicarnos que teníamos que abandonar el recinto. “Ya me gustaría, pero no puedo moverme”, le dije. El hombre dio un paso atrás asustado. Le pedí que nos diera unos minutos, me senté con las piernas tiasas, tardé un rato. Tuve que acariciarme las piernas y tranquilizarme hasta que al final mi cuerpo volvió a la normalidad y pudimos salir de allí. En la puerta estaban los cantantes haciéndose fotos con gente del público. Mi padre, siempre

dispuesto a hacerme feliz, nos vio y se acercó a nosotras. “Voy a llamarles para que se hagan una foto con vosotras”, me dijo, mientras yo intentaba pararle para que no los trajera hasta donde estábamos nosotras. No hubo manera de detenerle y al momento volvió sonriendo con los dos chicos a su lado. Fue entonces cuando la escena se repitió. Otra vez mis piernas se quedaron bloqueadas sin que yo fuese capaz de moverlas ni un ápice. Esta vez sí conseguí sujetarme a tiempo y tampoco me asusté demasiado porque acababa de experimentar esa sensación. En realidad, solo quería que el momento foto-raperos se acabase para volver a la normalidad antes de que los cantantes notaran nada. Ocer y Rade no se dieron cuenta del percance.

Aquella música me hacía sentir bien, experimentaba la adrenalina de una manera que nunca había imaginado.

Me aficioné tanto al rap, que cuando mi amiga Celia me enseñó sus nuevas zapatillas de deporte *Nike Airmax 90*, quise tener unas igual.

—Marta, te las tienes que probar. Con ellas vas a andar sola... bueno, o casi sola. —me dijo convencida.

Yo solo me fijé en que eran las mismas zapatillas que llevaban mis raperos preferidos en todos los videoclips. Esa misma tarde le supliqué a mis padres unas iguales.

Algunos de los compañeros de clase tenían la misma edad que yo, algunos un año menos. Así que en ningún momento me sentí la mayor de clase, algo que al principio me tenía bastante preocupada, pero que rápidamente olvidé. Nax, Jaime, Javier, Álvaro y Alejandro eran algunos de mis nuevos amigos, cada uno de ellos tenía algo especial.

Otra pérdida importante fue la de mi terapeuta de años anteriores del instituto. Saúl había aceptado una propuesta laboral interesante en otro Centro. Cuando me lo comunicó no pude evitar entristecerme. Congeniábamos mucho y siempre era un placer bromear con él y escucharle darme ánimos como deportista cuando hacíamos nuestras sesiones de terapia.

—Marta, nos volveremos a ver, yo volveré por aquí, seguro, no os vais a librar de mí tan fácilmente —me dijo continuando con su habitual tono de broma— Sigue con la natación, vas a llegar muy lejos y no dejes de practicar y estudiar fotografía. Vas a ser la mejor fotógrafa de España, ya verás.

Puesto que aquel año quería estar a la altura y aprovechar mis estudios al máximo, decidí dejar la terapia de piscina y centrarme en un solo día de entrenamiento de natación con el equipo. Tenía que aprobar y para ello era necesario que dejase alguna de mis actividades.

Aunque el pie me seguía doliendo, continué participando, y en esta ocasión en un campeonato a nivel nacional.

Era el Campeonato de España de Natación Adaptada y se celebraba fuera de Madrid, en Valencia. Afrontaría un nivel extremadamente alto en el que nunca antes había participado. Excepto mis padres, el resto de mi familia no podía asistir. Los tres nos desplazamos a la ciudad un día antes, pero en esta ocasión no venía Víctor, mi compañero de equipo, y tampoco participaba mi amiga Marta Camisón.

Una vez allí y aunque hablaba con otros participantes de muchos otros equipos, notaba especialmente la ausencia de mis dos amigos. El día que participé en la prueba de cincuenta metros braza me llevé una sorpresa. Mis primos del pueblo, Débora y Jorge, estaban en la ciudad y decidieron venir a verme competir. Yo no sabía nada hasta que, después de competir, al salir del agua, Darío, mi entrenador, me preguntó “¿aquello que hay en la grada es para ti?”. Entonces pude verlos, en pie, luciendo a lo alto una pancarta que ponía ¡MARTA CAMPEONA!

Al día siguiente se celebraría la segunda parte de la competición y se entregaban las medallas. A la salida pude saludar y abrazar a mis padres y a mis primos. Después nos marchamos hacia el hotel. En el coche viajaban con nosotros el entrenador y Julia, mi compañera de equipo. Hablábamos sobre la experiencia vivida cuando, de repente, Darío gritó “¡Pues aquí tenemos a una campeona de España!”. Yo me giré hacia Julia

para felicitarla, pero el entrenador dijo que no, que la campeona era yo. No me lo podía creer. En aquel momento era la chica más feliz del mundo.

El segundo día competí sin tantos nervios, todavía intentando creerme la noticia que me había dado Darío. Cuando me entregaron la medalla no quería que aquel momento se acabase nunca. Solo deseaba contarles a todos en clase lo feliz que era. Terminamos con fotos en las gradas y abrazos a mis compañeros, entrenadores y, por supuesto, a mi familia.

Al final y contra todo pronóstico, aquel fue un año genial. Lo que había asimilado como un fracaso escolar, el cumplimiento de lo que aquella profesora del colegio auguraba desde mi niñez, se convertía inesperadamente en una gran oportunidad. No solo para formar un estupendo grupo de amigos y compañeros de clase, sino de tener el privilegio de estudiar un nuevo programa de estudios con el que mis resultados académicos mejoraban.

Mi vida social era todo un éxito. Aquel año quedaba a menudo con Samanta y Coral, era con las que más salía. Uno de los días que estaba en casa de Coral, me dijo que había descubierto una canción que sabía seguro que me encantaría, y así fue. Era un tema de rap de dos chicos de Aluche, Natos y Waor.

—¡Me gustan mucho! Ya los he visto en directo, Coral, pero este tema no lo conocía. —le dije a mi amiga— Sus canciones son sobre su día a día en su barrio.

—Ya suponía que te gustaría, aunque su forma de ser sea tan distinta a la tuya.

—Bueno, quizás sea eso lo que me llame más la atención de ellos. Voy a informarme sobre ellos, quiero saber cuánto pueda de sus vidas, así seguro que sus letras tendrán más sentido para mí.

Gonzalo y Fer, nombres reales de los dos cantantes, eran dos muchachos de veinticuatro y veintisiete años respectivamente, que

revolucionaron la música rap con canciones repletas de tacos y groserías, pero que con su forma personal ofrecían un reflejo de la juventud madrileña totalmente fiable.

Lo único que continuaba perjudicándome era aquel terrible dolor de pie. Insistía en quejarme a mis padres de la tardanza de la recuperación y de lo poco que me ayudaban las terapias y los ejercicios en el agua y fuera de ella, pero ellos me pedían paciencia.

Al llegar el final de temporada de natación y las ansiadas vacaciones de verano, no aguanté más y, rota de dolor, me puse a llorar en la consulta del doctor Quiroga mientras le explicaba que no podía seguir así, que me volviera a operar porque uno de mis pies no estaba recuperándose como debía. De nuevo al hospital.

CAPÍTULO 10  
PLANES DE FUTURO

Al terminar los estudios secundarios en el instituto la mayoría de chicos y chicas tienen claro a qué quieren dedicarse en el futuro. Cuál será la carrera universitaria elegida o la formación profesional que les encaminará hacia un oficio que los prepare para vivir en adelante.

Mi caso no fue diferente. Yo tenía claro que, desde niña, mi pasión era la fotografía. Mi primera cámara de fotos, la que me regalaron mis padres para mi primera comunión, me había cautivado de tal forma que convirtió aquella afición infantil casi en una obsesión.

A la pequeña cámara le siguió la BlackBerry, con la que practicaba continuamente cada vez que salía con mis amigos y en mis viajes de competición. Después, le siguió la cámara profesional, una *Reflex* que sirvió para captar los mejores detalles desde la grada cuando participaba en las competiciones de natación adaptada. Un objetivo, un curso gratuito de fotografía gratuito dirigido a jóvenes que organizó el ayuntamiento... Nada era suficiente porque para mí, hacer fotos, era una manera de evadirme de todo. El tiempo que dedicaba a la fotografía, de alguna forma se paraba el mundo. Disfrutaba al observar la realidad y mi entorno desde un prisma diferente y, en el fondo, toda mi vida había sido eso; un enfoque especial desde una mirada especial.

Poco antes de finalizar los estudios de ESO, los profesores habían acompañado a mis compañeros a una visita a una Feria de Enseñanza, en IFEMA, todos fueron excepto yo, que tenía claro que quería ser fotógrafa. Allí se exponían infinidad de stands de colegios privados, academias y demás opciones formativas para poder elegir lo que más nos llamase la atención y solicitar información sobre esas profesiones. Todos mis compañeros de clase tenían claro que no continuarían en Bachillerato, pero yo no lo tenía decidido todavía. En el Instituto tampoco nos recomendaban seguir con los estudios superiores, algo que a mí casi me provocaba a hacer justo lo contrario. “¿Qué yo no puedo hacer Bachillerato?; pues al menos lo tengo que probar”, les dije a mis padres.

Aquel instituto era como mi casa y la idea de seguir un año más allí me seducía. Al año siguiente seguí con mis estudios de manera natural, aunque finalmente tuve que rendirme, no podía continuar con aquel nivel. Académicamente fue un año perdido, pero me encontraba tan a gusto allí, que no me importó. La parte positiva fue conocer a Dulce y Albert, dos personas increíbles. Junto a mis dos nuevos compañeros el curso se me pasó volando. Me cuidaban al máximo tanto en clase como fuera de ella. Salíamos juntos a menudo, aunque también seguía quedando con Samanta.

La opción de continuar estudiando una especialidad que me gustase y a lo que pudiera dedicarme en un futuro, hizo que me decantase por estudiar un Grado Medio de Imagen y Sonido. No encontré ningún Centro en Pozuelo, pero sí uno en Las Rozas. Sin embargo, ahí el trato no me pareció el adecuado y yo ya no estaba dispuesta a volver a pasar por eso. Aquello representaba un nuevo cambio, un nuevo reto en otro lugar donde no conocería a nadie.

Estaba creciendo, mi personalidad, ya de por sí marcada y con criterio suficiente como para saber distinguir lo que me convenía y lo que no, puso unos límites que no volvería a traspasar. Lo primordial era encontrarme bien personalmente allí donde fuese para poder progresar.

Finalmente encontré un Centro en el barrio de El Pilar de Diseño Gráfico. Era un centro bastante adaptado y tan solo se encontraba a unos quince minutos de casa, así que nos pareció perfecto. No era para fotografía, era de Edición, pero a mí me gustaba la idea de tratar la iluminación y otros aspectos relacionados que me ayudarían a trabajar en una imprenta.

Aquella opción me dio la oportunidad de estudiar de una forma totalmente diferente. Ya no tenía libros, lo cual me encantaba. Directamente se trabajaba con el ordenador, con un Macintosh. Aprendí programas de tratamiento de fotografía profesionales como Photoshop, era genial. Nunca hubiera imaginado que existiera ese tipo de estudios.

Conocí a personas maravillosas de otros barrios, solo había entre nosotros otra persona con discapacidad, tenía autismo, pero tampoco a él se le discriminaba de ninguna forma. Todo el grupo estaba muy unido.

Seguía llevando mi cámara *Reflex* a todas partes, cuando quedaba con mis amigas o incluso a natación, cuando no me tocaba competir. Mi entrenador me propuso hacer algún reportaje con mi propio equipo, algo que me servía para disfrutar con mi pasión.

Observaba expectante a mis nuevos compañeros de clase, tenía muchas ganas de conocerlos, esperando que no me juzgasen. De nuevo me enfrentaba a un nuevo reto, pero en aquella ocasión mi cabeza lo tenía todo controlado, no sentía ningún miedo. Desde el principio me llevé bien con todas las chicas de clase, aunque siempre hay alguien con quien te llevas mejor. Cuando conocí a Violeta enseguida congeniamos. Era una chica alta, delgada, con una melena castaña clara y rizada que caía en cascada sobre su espalda. Empezamos a ir siempre juntas a todas partes, especialmente cuando quedábamos después de clase con las demás, para ir a comer cerca del colegio o en Madrid. En esas ocasiones ellas veían los inconvenientes de viajar en transporte público conmigo y entendían perfectamente el odio que le tenía. Para mí era muy importante poder evitar el metro, el autobús o el tren al regresar a casa, por eso siempre alguien me traía y me llevaba cuando salía con mis amigas y yo cada vez tenía más claro que necesitaba el carnet de conducir.

Con Violeta nos contábamos todo, qué chicos nos gustaban, qué hacíamos los fines de semana. Nos hicimos muy amigas. A veces me ayudaba a quedar con algún chico, conocía a la perfección mis gustos musicales, en especial los raperos.

Yo empezaba a necesitar marcar distancias con mis padres, tener algo de independencia para moverme con mis amigas y no estar siempre con la familia como hasta entonces. Los dieciocho años se imponían a la forma de vida de la niña que había sido hasta entonces.

Compartía clase con casi treinta alumnos más y con todos me llevaba genial. El único inconveniente que tenía aquel centro de estudios era que quedaba bastante lejos de casa, mis padres me tenían que acompañar en coche cada día.

Desde que estudiaba en el instituto y había empezado a salir con mis amistades, ir de Pozuelo al centro de Madrid o moverme con libertad por la capital representaba un hándicap para mí. Necesitaba desligarme de mis padres a la hora de salir de fiesta. La idea de que me acompañasen a todas partes, cargando con mi andador o mi silla de ruedas en el maletero del coche empezó a ser una situación incómoda que prefería evitar. Por una parte, me sabía mal que siempre tuvieran que estar pendientes de mis movimientos, por otra, reivindicaba ya mi mayoría de edad, mi capacidad y mi derecho a ser una persona autónoma que desea estar en compañía de gente de su edad tomando algo o paseando por la ciudad sin la presencia de sus padres.

Uno de los grandes inconvenientes eran las estaciones de tren. Sin apenas ascensores, los pocos que había la mayoría de veces estaban estropeados o sucios a causa de los muchos sin techo que duermen en ellos. Las escaleras mecánicas me daban bastante miedo, así que, tenía que bajar al andén poco a poco por las escaleras mientras alguno de mis acompañantes cargaba con el andador o la silla. Esperaba el tren rezando para que me tocase uno de los nuevos, porque los más antiguos, que pasaban de forma aleatoria, eran de dos pisos, de modo que tenía mal acceso al subir y poco espacio para permanecer en el descansillo por culpa de la escalera que sube al piso de arriba. Un horror.

El autobús, aunque tampoco fuese el medio ideal, estaba algo mejor que el tren y el metro. Sin embargo, costaba mucho subir y especialmente sujetarse en él para que la silla de ruedas no se moviera durante el trayecto. Eso sin contar las veces que el bus ni siquiera paraba y pasaba de largo al verme.

Así mi odio se acrecentaba y mis amistades lo veían claro, era un sentimiento más que justificado.

Aquello provocó que, en cuanto cumplí los dieciocho años, mi interés por sacarme el carné de conducir se fuera convirtiendo poco a poco en una obsesión.

—No, no y no. Sabes que siempre te hemos apoyado en todo y así va a seguir siendo siempre, pero lo del carné de conducir es una temeridad y no vamos a dejar que sigas con esa idea. —dijo mi padre en tono autoritario cuando lo propuse en casa—

—Vamos a ver... Solo quiero ir a la autoescuela, intentarlo. Precisamente sois vosotros, especialmente tú papá, quienes me habéis enseñado a no rendirme, a que debo intentar hacer cualquier cosa que hagan las personas que no tienen ninguna discapacidad. —contesté decidida a pelear por algo tan importante para mí—

—Sí, ya lo sé, tienes razón. —contestó sentándose abatido frente a la mesa del comedor— Pero hay algo que es evidente, hija. Tú no tienes los reflejos que necesarios para poder conducir y desplazarte entre otros vehículos. No creo que sea seguro para ti y no hay más que hablar.

Yo miraba a mis padres y los veía como nunca antes, asustados. El miedo los tenía bloqueados. Mi madre, sentada junto a papá, colocó su mano sobre la de él y supe que estaban de acuerdo con aquella decisión. No había un resquicio, una pequeña duda, por donde yo pudiera infiltrarme e insistir para conseguir mi propósito. Yo los miraba desde mi silla sin entender por qué ahora se comportaban de aquella manera. Por primera vez en mi vida mis padres no apoyaban una decisión mía.

Pedro, el hombre fuerte, decidido y luchador que me había acompañado siempre haciendo frente a mi enfermedad, ayudándome a ejercitar mis músculos desde pequeña, inventando juegos y actividades para que mis piernas ganasen resistencia. Pedro, siempre sonriente e incansable, estaba ahora atacado por el miedo. Y Julia, la mujer que me acompañaba de niña a piscina, ayudándome, nadando conmigo hasta que

fui capaz de sostenerme sola, llevándome a los conciertos para que pudiera disfrutar como cualquier otra jovencita, adaptándose a todo, facilitando todo, venciendo obstáculos que pudieran parar mi ritmo o mi vida, también ahora bajaba la cabeza ante algo que, a su parecer, suponía una barrera infranqueable para mí.

No quise presentar batalla aquel día, tenía que pensar y plantear muy bien la situación para que diesen su brazo a torcer, pero una cosa tenía clara, “yo el carnet de conducir me lo saco”.

Las competiciones de natación continuaban. Después de quedar campeona de España, mi nivel era cada vez mejor. Un día, el entrenador me sorprendió con una buena noticia.

—Marta, ¿conoces al cantante y actor El Langui? —me preguntó al salir del vestuario.

—¿Estás de broma? ¡Claro que sé quién es!

—Quiere grabar un videoclip para un tema que va destinado a los Paralímpicos. ¿Te apetecería participar?

—¡Sí, sí, por supuesto! —le contesté sin pensarlo dos veces.

Al día siguiente se lo conté a mis compañeros de clase, también a Violeta. En cuanto se lo conté, impacientes, ya tenían ganas de ver el resultado.

Cuando acudía a la grabación, mi alegría todavía fue mayor al ver que Víctor y Roberto también estaban allí. Fue una experiencia maravillosa, estaban los mejores y nosotros formamos parte de ello.

Aquel año estaba resultando muy intenso. La mayoría de edad me marcó especialmente porque representaba un cambio importante en mi

vida y también en mi futuro. Una de las cosas que más me preocupaba, incluso más que encontrar un trabajo, era poder sacarme el carné de conducir. Yo lo veía muy fácil, no entendía por qué mis padres se negaban una y otra vez, pero yo estaba decidida a conseguirlo y así se lo planteé por última vez. Más que pedir permiso les impuse un ultimátum.

—No sabéis lo que es engancharse en una escalera mecánica del metro, o soportar que no pare el autobús cuando estás sola en una parada. —le dije en un tono que no admitía réplica— he tomado la decisión y lo voy a hacer. Me he apuntado a la autoescuela y voy a empezar a ir a clases para aprender a conducir. Y punto.

—Pero hija... tú no... —intentó replicar mi padre—

—¡Qué no! Si vosotros os vais yo no puedo estar dependiendo siempre de vosotros, necesito hacer mi vida, tener mi independencia. —grité.

—Ya te lo hemos dicho otras veces... tú no... —intentó intervenir mi madre.

—Yo no decido nada, a ver si os queda claro. —dije intentando recuperar mi tono calmado habitual— quién decide es la DGT. Si yo no tengo reflejos o no soy capaz de conducir de forma segura, no me darán el carné. Es así de simple, ¿no lo veis? —suspiré— tengo que intentarlo, quiero intentarlo, como siempre he hecho con todo. Como vosotros me habéis enseñado a hacer para salir adelante.

Me acerqué a mi madre para abrazarla. Sabía que su negativa constante era fruto del miedo y quise tranquilizarla.

—No aprobaré si no estoy capacitada para conducir. No me van a regalar nada. ¿Alguna vez alguien lo ha hecho? —no esperé respuesta— Sabéis que no.

CAPÍTULO 11  
EL PRIMER AMOR

En aquella época, relacionarse con chicos a través de redes sociales de internet estaba mal visto. Para mucha gente, conocer a otras personas a través de un medio tan frío como un ordenador representaba una incertidumbre que podía llegar a ser un peligro.

Quería quedar con algún chico sin que todos se enterasen. Estaba harta de subir a los jóvenes que me gustaban a casa y estar allí midiendo lo que decíamos o lo que hacíamos. También me incomodaba tener que depender de mis padres o de algún amigo para que me acompañase si tenía alguna cita.

Yo era consciente del riesgo de internet, nunca pensé dar un paso en falso, pero también necesitaba salir y conocer a jóvenes de mi edad que no fuesen del barrio, por eso siempre buscaba a chicos de otras localidades distintas a la mía.

Para protegerme, cuando conocía a alguien y después de estar un tiempo prudencial chateando con él para comprobar que teníamos afinidades, le pedía a mi madre o a alguno de mis amigos que me acompañase al punto de encuentro concertado para conocernos en persona. Según fuese la cosa, mi amigo o mi madre se marchaban para dejarnos solos y poder hablar con cierta intimidad.

Fue así como conocí a Paul. Nos encontramos navegando a través de las RRSS y, a los dos días de estar chateando, quedamos para conocernos en persona. Los dos teníamos muchas ganas de conocernos en persona y, quizás por intuición o por inconsciencia, no lo sé, el caso es que el chico me daba la suficiente confianza como para quedar con él.

Mi madre me acompañó al punto de encuentro, la estación de Pozuelo. Le dije que había quedado allí con Víctor, que esperaba pacientemente cuando llegamos. A los pocos minutos de marcharse mi madre, Víctor también se fue para dejarme a solas esperando mi cita a ciegas.

Paul apareció por la entrada de la estación. Era un muchacho de mi edad, alto, moreno, delgado, de ojos oscuros y mirada felina. Creo que sentí una punzada en el corazón cuando le vi el primer día y, a medida que nos conocíamos, noté que no se trataba de una amistad como cualquier otra. Aquello era una sensación especial, diferente. Se acercó a mí como si mi enfermedad no fuera algo notorio.

—¿Sabes? Nunca he estado por este barrio, no lo conocía, ni siquiera me suena. —me confesó sin reparos—

—¿No? Pues eso tiene solución, vamos a dar un paseo y te enseño cómo es mi barrio.

Caminamos por parte del barrio mientras hablábamos de mil cosas, era una forma de calmar los nervios que teníamos. Terminamos sentándonos en un banco del parque y allí me dijo que le había gustado mucho y preguntó si quería ser su novia. Afirmé y ahí empezó nuestra relación. Pau era mi primer novio.

Por primera vez mentí a mis padres. Mis planes eran privados y tenía que encontrar la manera de llevarlos de una forma discreta. Aquel chico me gustaba mucho, nada que ver con otras sensaciones que hubiera experimentado anteriormente. De manera que quise que aquello fuese solo mío, así que ideé la manera de escabullirme de su control.

Paul me venía a recoger cada día. Me acompañaba al Centro, me esperaba a la salida de clase y juntos paseábamos, tomábamos algo en algún bar y luego me acompañaba a casa. Nos llevábamos tan solo dos meses y teníamos una total compenetración. El romanticismo me invadió, era un sueño. Cada día estábamos más unidos. Sentía que estaba viviendo una historia tan bonita, que me parecía mentira que yo pudiera ser la protagonista femenina.

Mis compañeras de estudios flipaban con nuestra historia de amor. Me veían feliz, algo que les gustaba especialmente. Violeta era la que más contenta estaba, incluso alguna vez le pedí que me maquillase (algo que

yo no solía hacer nunca porque no me gustaba nada) pero quería estar guapa a la salida del Centro.

Paul vivía en un barrio marginal. Una y otra vez me decía que no quería ir allí conmigo porque sabía que no me iba a gustar, que era muy diferente al mío y no me encontraría a gusto en él. La primera vez que fuimos, después de insistir para que me enseñase cómo era su entorno, efectivamente comprobé que se trataba de un barrio donde había mucha pobreza. Sin embargo, a su lado, no me importó para nada la diferencia de Pozuelo y acabé conociendo cada rincón de aquel lugar. De todos modos, mi movilidad no facilitaba que fuera yo quien le visitase y a él no le importó nunca tener que desplazarse para venir a verme.

Mi novio no estudiaba ni trabajaba por aquel entonces. Estaba buscando alguna academia para estudiar algún curso, mientras decidía su futuro. Mientras tanto, entrenaba a fondo lucha libre, formaba parte del equipo de su barrio y competía con ellos. El resto de su tiempo libre me lo dedicaba a mí, y yo estaba encantada. Yo iba a su casa, normalmente me llevaban mis padres en coche y también venían a recogerme, de manera que tenía horario de llegada y de regreso. Otras veces iba en transporte público, venciendo el odio que le tenía a esa forma de desplazarme, era cuando quedaba con él para salir a dar una vuelta, por él valía la pena hacer aquel sacrificio en tren o en bus.

A medida que la relación con Paul avanzaba yo me sentía más segura de ella, así que le presenté al que ya consideraba mi novio a mis padres y a Fernando, que se mostraron encantados. Habían pasado varias semanas desde que salíamos y yo no quería seguir mintiendo a mis padres cada vez que quedaba con él.

A partir de entonces, los dos pasábamos algunas tardes en casa, Paul se fue convirtiendo en una más de la familia. Para no tener que desplazarse tarde a su casa, algunas veces se quedaba a comer, a cenar e incluso a dormir.

Hacíamos planes, como cualquier otra pareja. También íbamos de vacaciones con mis padres. A él le gustaban Nator y Waor, mis raperos preferidos y algún otro rapero más, así que juntos escuchábamos sus temas e incluso llegamos a ir a algún concierto para disfrutar de mi plan favorito en su compañía.

Un día mi padre le dijo que si quería podía probar a trabajar en su empresa, como jardinero en una de las comunidades de vecinos de la zona. Paul aceptó y como es natural, empezó a disponer de dinero.

Disfrutaba de los primeros días de vacaciones de verano y llegó el día de mi cumpleaños, el primero que pasaríamos juntos. Paul aquel día me propuso un plan diferente al de otros días.

—Marta, ¿tú has estado alguna vez en un bingo? —me preguntó una tarde de forma inesperada.

—Pues no, la verdad. Aunque tampoco es algo me llame demasiado la atención.

—Podríamos ir a probar. Es que me han dicho que, si vas el día de tu cumpleaños, te dan un regalo.

—Bueno, si quieres podemos ir a echar un vistazo.

Entramos en el Bingo Las Vegas, estaba a cinco minutos de su casa, en Madrid. Bajo las luces luminosas del cartel de la entrada, una doble puerta con mango dorado. Controlando el aforo y el público que accedía a la sala había un tipo vestido con traje y corbata. “¡Adelante!”, nos dijo al tiempo que abría la puerta y estiraba el brazo indicando el camino hacia el interior. Me sentí mayor.

En el vestíbulo, con espejos en las paredes y moqueta roja en el suelo, había una gran ruleta. Paul, divertido ante la experiencia, quiso probar suerte en ella y no dudó en apostar. No sé si se trataba de la suerte del principiante o de alguna estrategia del local para captar adeptos, el caso es que ganó. Aquello le gustó y volvió a apostar y volvió a ganar. “Bueno, ¿vamos a entrar?”, le pregunté. Y sí, entramos.

Desde aquel día, jugar a la ruleta se convirtió en una costumbre. A mí no me gustaba, me aburría muchísimo, pero Paul disfrutaba y yo le acompañaba. Cada tarde, lloviera o saliera el sol, los dos caminábamos uno al lado del otro para ir a jugar a la ruleta. Cada día, con mejor o peor suerte, Paul apostaba. Al principio me pareció que era solo una afición suya, no le di más importancia, pero poco a poco aquello empezó a parecerme una enfermedad. Cada día, iba a la ruleta, incluso él solo cuando yo le decía que me tenía que quedar estudiando o tenía que ir a entrenamiento de natación para poder competir.

—Paul, ¿por qué no vamos a comer o a cenar a algún sitio, como antes?

—No. Mira, primero voy a la ruleta y si gano, nos sale gratis ir a comer o a cenar.

Me convertí en su apoyo, en su amiga. Yo le recriminaba que ya no me trataba como antes, no me tocaba, sentía que no me deseaba o, al menos, había dejado de demostrármelo.

Yo acudía a la autoescuela con toda la ilusión del mundo. Me costaba memorizar la parte teórica, pero el esfuerzo formaba parte de mi idiosincrasia y nunca pensé en abandonar. Paul tenía ya el carné, pero no disponía de coche, así que los dos nos movíamos siempre en el odiado transporte público.

Un día vino a verme competir a Madrid. Aquella noche teníamos previsto que me quedase a dormir en su casa, así que cogimos el metro. Subiendo del andén al vestíbulo, mi pie se quedó trabado en la comisura de la escalera mecánica, justo antes de llegar al final de todo. Paul se puso muy nervios, empezó a gritar víctima de un ataque de histeria. Yo, más nerviosa por su reacción que por el incidente, no sabía cómo calmarle y al mismo tiempo sacar de allí mi zapatilla. “Mi novia se ha quedado enganchada, socorro”, gritaba desesperado. “No te sueltes, por favor, Marta, no te sueltes” me gritaba con los ojos encendidos, mientras me sujetaba a mí con un brazo y a la silla de ruedas con el otro. Al final, un

grupo de gente se apiló a nuestro alrededor mirando e intentando aportar soluciones, hasta que un empleado de seguridad paró la escalera y me ayudó a sacar el pie comprobando que no había sufrido ningún daño. Cuando salimos de los grandes almacenes, serio y con rotundidad Paul me dijo “te juro que mañana me compro un coche”. Tal y como había jurado, al día siguiente se compró un coche con el dinero que había ahorrado trabajando con mi padre, además del fruto de un golpe de suerte en la ruleta. Pensé que aquello era un cambio de actitud, pero no fue así.

Samanta venía muchas veces a recogerme al Centro. Nos unían cinco años de amistad y seguíamos siendo inseparables. Ella ya no estudiaba, tenía novio, al que Paul y yo conocíamos porque habíamos quedado varias veces para salir juntos los cuatro. Al poco tiempo, Samanta y su novio se establecieron como pareja viviendo juntos. Fue a partir de entonces cuando mi amiga empezó a cambiar. Sus problemas domésticos empezaron a afectar a nuestra relación de amistad, ella pagaba con nosotros sus discusiones de pareja, sin que yo pudiese ni siquiera hablarle de mí y de lo que estaba viviendo en aquel momento con mi primera relación con un chico. “Marta, yo ya he visto muchos fracasos amorosos, qué quieres que te diga”, me dijo en una ocasión. Entendí que mi vida le importaba poco y que no quería saber nada de mi relación con Paul.

Uno de los días que había quedado con Paul y con Samanta para que nos encontrásemos a la salida del Centro, ella no se presentó. Extrañada, intenté ponerle un mensaje de WhatsApp, pero comprobé que ella había escrito en nuestro chat por última vez tres días antes y mis mensajes ni siquiera le llegaban. Empecé a preocuparme. Estaba triste y desconcertada. “No te lo tomes así, es ella la que se comporta de forma rara”, me dijo Paul. A partir de aquel momento la distancia con mi amiga se acentuó hasta el punto de que nunca más volvía a verla ni a saber nada de ella. Samanta desapareció de mi vida y yo me aferré a Paul.

Yo seguía con mis propósitos personales, pero al cabo de un tiempo, empecé a ver que Paul no me hacía caso prácticamente. Salíamos poco juntos, yo sabía que él se iba jugar a la ruleta. Así que empecé a decirle que no me hacía caso, que nunca tenía detalles cariñosos conmigo y apenas me prestaba atención.

Un día quiso tener un detalle conmigo y me regaló un ordenador para que pudiera estudiar en casa y hacer todos los ejercicios del curso. “Toma, así no podrás echarme en cara que no tengo detalles contigo”, me dijo, sin darse cuenta de que aquello no me servía, yo sabía que el ordenador era un golpe de suerte en la ruleta.

La fuerza de la costumbre hizo que Paul cada vez se quedase más noches a dormir. Él vivía a más de una hora de distancia en metro, así que mis padres pensaron que, con la confianza que ya tenían en él y siendo mi novio y trabajador de su empresa, podían oficializar algo más nuestra relación, aunque fuese indirectamente.

—¡Paul! No nos gusta que te marches solo por las noches para recorrer una hora en metro y después caminar solo por las calles, solo tienes dieciocho años y nos da miedo que te pase algo. —le dijo mi padre un día—

—Bueno, la verdad es que sí que tengo un buen recorrido, pero por ver a Marta, lo que haga falta.

—¿Qué te parece si te quedas a vivir en casa, con nosotros? —añadió mi padre— así no tienes que ir siempre arriba y abajo.

Sin apenas darme cuenta, mi novio vivía en nuestra casa. Cada día se integraba más a la familia, a un ritmo acelerado inversamente proporcional al que yo me iba distanciando de él por su afición al juego, que aumentaba a pasos agigantados.

Nada más terminar el Curso de Grado Medio de Diseño Gráfico empecé un periodo de prácticas en una imprenta. Me encantaba. Aquella era mi primera experiencia laboral. Me dieron la oportunidad de trabajar

el tratamiento fotográfico y perfeccionar todo aquello que había estudiado en el grado. Trabajé también con máquinas de impresión, encuadernadora, la guillotina en concreto era una máquina enorme que al principio me daba bastante respeto. Me enseñaron cómo se confeccionaba el interior de una revista, la estructura, tomar medidas, igualarla, revisarla, todo un placer. Sin embargo, fue un periodo muy corto. Era una pequeña empresa familiar y tampoco se planteaban contratar a nadie.

Tampoco me planteé continuar trabajando en imprentas, aquello implicaba que debía especializarme con más estudios, diplomatura o licenciaturas que yo no podía estudiar.

A través de una aplicación de búsqueda de empleo, tras haber terminado mi periodo de prácticas, encontré mi primer trabajo. Había probado varias opciones, pero todas quedaban muy lejos de casa y aquello era un inconveniente. Al final me decidí por un trabajo de teleoperadora, atención al cliente, se me daba genial, pero estaba situado en el mismo barrio de Paul, muy lejos de mi casa. Mis padres me acompañaban, pero era una paliza para ellos, dejaban sus trabajos para llevarme y recogerme después. Me sentía a gusto, porque era una empresa para personas con discapacidad y entre mis compañeros me sentía muy integrada, pero lo del transporte seguía siendo un hándicap demasiado grande porque me incomodaba que mis padres tuvieran que sacrificar sus horarios por mí.

Dejé aquel primer empleo y encontré otro, también lejos de casa, como teleoperadora de la Comunidad de Madrid y que de nuevo tuve que abandonar por el mismo motivo. Así que decidí buscar solamente por la zona de Pozuelo.

En Pozuelo encontré un trabajo de teleoperadora de venta telefónica. No sabía si sería capaz de hacerlo bien, no disponía de demasiada experiencia en ese campo ni estudios relacionados con ello. El contrato era de prácticas, de jueves a domingo, pero estaba cerca de casa,

apenas a cinco minutos en coche y además bien pagado. Superado el periodo de prueba me propusieron ampliar mi horario y subirme el sueldo proporcionalmente. “No lo estoy haciendo tan mal”, pensé.

A mis dieciocho años la vida me hizo unos de los mejores regalos que nunca hubiera podido esperar. Fernando me convirtió en tía. Mi hermano nos dijo algo que nos sorprendió a los tres en casa. “Voy a ser padre”, anunció. Nosotros ni siquiera sabíamos que tuviera novia, así que nuestras caras debían ser una mezcla de sorpresa, ilusión y susto.

Cuando nació Lucas, mi sobrino, mi posición de centro del universo familiar se trasladó a un lado para dejar pasó al precioso bebé. Una nueva alegría que también me subía de rango en la escala de la familia. Algo que me hizo muy feliz. Recuerdo aquel día con una emoción inmensa. Mis padres y yo sentados en la sala de espera del hospital, preguntándonos cómo estaría sucediendo todo y cómo lo estaría viviendo Fernando, presente en la sala de partos a la que había entrado a las 23h del día 30 de junio de 2015. Tan solo una hora después, siendo ya día 1 de julio, llegaba al mundo el amor de mi vida, el pequeño Lucas. Por si la alegría no fuese suficiente, quince días después, también mi primo Rubén se convertía en padre de una preciosa niña a la que llamaron Vega.

Con el dinero de mi nuevo trabajo me pagaba las clases teóricas en la autoescuela. Paul tampoco me apoyaba demasiado, sobre todo porque yo me examinaba y suspendía una y otra vez y él estaba convencido de que no lo conseguiría.

Con Coral ya casi no quedábamos en el parque, pero nos coincidíamos en las clases teóricas de la autoescuela. Ella llevaba ya ocho intentos y no había manera de que aprobase, hasta que al final lo consiguió. Mi amiga venía a recogerme en bus al trabajo y juntas íbamos a tomar algo por allí cerca. Conocía perfectamente mi historia con Paul. A menudo me decía que notaba que yo estaba mal. “Tienes que salir de ahí, te veo mal, Marta”, me repetía. “Además, te estás aferrando tanto a él, que me estás perdiendo a mí”, me advirtió un día.

Llevaba siete suspensos de teórica cuando ya estaba a punto de tirar la toalla. “No me queda dinero, esto no puede ser”, pensé. En la autoescuela me pidieron entonces un examen psicotécnico y una prueba en pista para comprobar si tenía reflejos y era capaz de conducir. Me presenté acompañada de mi madre de Paul, que se quedaron de piedra cuando hablaron con el profesor.

—Oye, ¿tu hija ha conducido alguna vez un coche?, le preguntó a mi madre.

—¿Mi hija? No, nunca. En la vida ha conducido un vehículo que no fuera su silla de ruedas. —contestó mi madre— ¿Por qué lo dices?

—Pues porque parece que lo haya hecho toda la vida. —les dijo a los dos que no podían disimular su sorpresa.

Con toda la presión que soportaba tomé la decisión de dejar la natación. Era una medida drástica, pero no me sentía con ánimos de seguir con todo y el carné se había convertido en una obsesión para mí. Para paliar la falta de entrenamiento y evitar que mi musculatura se resintiera me apunté a un gimnasio. Estaba ganando peso y tenía que poner remedio. Al principio iba sola, pero no tenía prácticamente movimiento. Después Paul y yo íbamos juntos, se convirtió en mi entrenador, pero tampoco avanzaba. Además, él dejó la lucha libre porque se lesionó un hombro y también dejó de venir conmigo al gimnasio. Así que mi padre contrató un entrenador personal y mi cuerpo volvió a ganar fortaleza.

Al séptimo intento aprobé el examen teórico. Yo quería una celebración. “Si me saco el carnet hacemos una celebración de la leche”, les dije. Mis padres me felicitaron, pero con poco entusiasmo. Un simple “¡Ah! Felicidades” fue todo lo que me dijeron, pero a mí me daba lo mismo, yo ya había demostrado que podía y que no cejaría en mi empeño.

Pasó el tiempo, las conversaciones con Paul eran totalmente frías, como robotizadas. “Me voy a jugar”, y se marchaba. Yo estaba harta. Había cumplido ya veintidós años y sabía que aquella relación no tenía mucho más recorrido.

Fue entonces cuando me llamaron comunicándome que me hacían fija en la empresa. Estaban contentos conmigo y aquel contrato me aseguraba un sueldo y un futuro. También, cómo no, mi examen práctico de conducir al que me acababa de apuntar.

La mañana de mi examen práctico de conducir llovía a cántaros. Salí de casa casi sin hablar con Paul. Me acompañaron mi padre y mi prima Rebeca, que pasaba una temporada en Madrid y quiso compartir el momento conmigo. Llegué temprano al punto de encuentro para examinarme, era la segunda. Mi compañera estaba muerta de miedo y yo intentaba moderar mis nervios, pero iba a darlo todo, de eso estaba segura. En mi cabeza había aprobado aún antes de examinarme. Después de la prueba de pista, mis padres habían aplacado sus miedos, pero, aun así, lo que más me preocupaba era la cara que pondrían. “¿Puedo ser la primera?”, le dije al examinador. “Si tu compañera está de acuerdo, sin problema”, contestó. Los nervios de aquella chica debieron ayudar a que me dejase adelantarla. Mi examen duró unos pocos minutos, me pareció muy rápido. Tan solo me hicieron una pregunta antes de arrancar y después avancé un tramo por el que ya había transitado en las prácticas y me dijeron que aparcase. “Te felicito Marta, a las seis de la tarde tendrás la nota”. Me dijo el profesor al despedirme.

Esta vez, mis padres, sí que me felicitaron dándome un abrazo. Les acababa de demostrar mi valía, mi esfuerzo y mi capacidad de superación. Algo que, en el fondo, ellos mismos me habían enseñado, pero que el miedo les impedía ver.

Fue en aquel momento, a las seis de la tarde de aquel día, después de comprobar en las listas de la página web de la DGT que había aprobado

el examen práctico de conducir, cuando llamé a Paul para darle la noticia y su reacción me obligó a tomar una determinación.

—Paul, acabo de aprobar el examen de conducir práctico.

—¿Sí? Bueno, pues si gano voy a verte.

—No, —le dije con firmeza— no hace falta que vengas. Con mis sueños nadie juega.

Entonces me di cuenta de todo. Había sido una imprudente cuando no hacía caso de mis amigas y quedé con Paul sin ni siquiera ver una foto suya. Mentí a mis padres por estar con él cuando no le conocía, podía haberme pasado cualquier cosa. Después aguante años con su adicción al juego, cuando ya el amor se había esfumado y ni siquiera me tocaba, ni me miraba, ni existía ninguna complicidad entre nosotros. Mis compañeras de trabajo me decían cada día que dejase a Paul, que cada día me veían más triste, más apagada. Había ganado veintidós kilos desde que dejé la natación. Mi cuerpo había cambiado y yo no me sentía bien viendo esos cambios, que además afectaban a mi movilidad. Había perdido agilidad y así nunca conseguiría ser feliz.

De pronto reaccioné. La respuesta de Paul por teléfono al darle la noticia de mi examen, de que se cumplía algo por lo que había luchado tanto, era la confirmación de que había conseguido todo lo que quería. Me sentí poderosa, fuerte. Era todo, mis piernas, mi carné de conducir, mi trabajo en el que al día siguiente firmé mi contrato indefinido. Mi vida estaba encarrilada y yo era completamente capaz de tomar las riendas de ella.

CAPÍTULO 12  
LA INDEPENDENCIA

Al día siguiente de aprobar el carnet y con mi contrato de trabajo indefinido firmado me fui a un concesionario y me compré el coche que más me gustó. Quería un coche grande, para poder mi silla de ruedas en él, así que mi padre no puso ninguna objeción.

Siguiendo los consejos del vendedor y también de mi padre, en lugar del coche grande que yo tenía en mente acabé comprándome uno más deportivo, que tenía un aire mucho más juvenil.

En cuanto me lo entregaron lo llevé a adaptar y me sentí la mujer más independiente del mundo.

Habían pasado dos meses desde la compra del coche cuando ya lo tenía listo. Mi prima Rebeca pasaba entonces unos días en Madrid, así que le propuse ser mi copiloto en ese primer día de conductora. Con mi padre en el asiento trasero, los tres íbamos en silencio, incluso sin música para que no hubiese interrupciones. Íbamos camino de Pozuelo, yo me sentía feliz.

No me atrevía a viajar sola conduciendo. Siempre iba con alguien, hasta que un día, Coral, mi mejor amiga, me animó a ir sola. “Marta, ¿por qué no pruebas de ir sola al trabajo? No es un recorrido muy largo y así pruebas” me dijo. La verdad es que no me pareció una idea descabellada, al contrario. Así que, ese mismo día, subí a mi coche yo sola para dirigirme al trabajo. Conducía escuchando música, relajada, segura de mí misma. Me encantó la sensación de sentirme independiente, podía ir donde quisiera sin pedir ayuda, sin necesitar que nadie se ocupara de mí. Fantástico.

Tan solo dos meses después de aquel gran día sucedió algo que afectó a toda la población. El presidente del gobierno de España decretaba el estado de excepción y ordenaba el confinamiento de todos los ciudadanos que no tuvieran profesiones relacionadas con las primeras necesidades, es decir, sector sanitario, alimentación y poco más.

Por un momento creí que los astros se habían confabulado en mi contra. No podía ser. Ahora que empezaba a ser feliz de verdad, me veía encerrada en casa.

Me compré el coche en noviembre, me lo entregaron en enero y en marzo nos confinaron... solo dos meses de coche. Estaba decepcionada con el destino.

No sabía cómo afectaría a mi familia el hecho de estar encerrados en casa tanto tiempo, pero Rebeca estaba en Madrid cuidando de mi abuela, justo una calle más debajo de mi casa, así que, en cuanto me dieron las vacaciones en el trabajo me trasladé con ellas y pasé casi todo el encierro a su lado.

Lejos de desanimarme, quise hacer algo que solucionase uno de mis principales problemas, deshacerme de los veintidós quilos que había ganado desde que dejé la natación. El gimnasio no estaba funcionando al ritmo que yo esperaba y, además, ahora, con el confinamiento, tampoco podría ir. La mejor forma de adelgazar era someterme a otra intervención quirúrgica pero esta vez, de estética. Decidí operarme para colocarme un balón gástrico y de nuevo sentí que mi vida daba un cambio importante.

Durante el encierro, mi prima y yo, nos aficionamos a una aplicación de ordenador para jugar al parchís. Contactaba con otra gente y nos enfrentábamos de forma virtual. Cuando llegó la fase dos del confinamiento que nos permitía empezar a salir por lugares cercanos, quedé con un chico con el que solía jugar a menudo. Hablábamos mucho y teníamos ganas de vernos en persona. Mi prima Rebeca me acompañó a verle, me daba un poco de reparo ir a sitios que estuvieran un poco lejos, el chico era de Torrejón de Ardoz. Se llamaba Esteban. Los tres nos encontramos en un parking y estuvimos hablando en el coche durante un buen rato. Se trataba de un chico que tenía a sus espaldas una relación fallida, con un hijo. No estaba preparado para tener una relación, pero aun así quiso que quedásemos.

También quedé con Paul, necesitaba saber que se encontraba bien y que, a pesar de todo seguíamos siendo amigos. Me preguntaba si había conocido a alguien más, si salía con algún chico... Le conté lo de Esteban y comprobé al verle que no sentía nada por él. El amor impetuoso que había sentido con dieciocho años en cuanto se había esfumado por completo.

Yo en aquella época y después del desastre de la relación con Paul, seguía pidiendo a mis amigas que me acompañasen y así lo hice cuando Esteban me citó en su casa por segunda vez. Aquel día mi acompañante fue mi amiga Dulce, que aparcó justo delante del portal de su casa. Yo estaba aún más nerviosa que la primera vez. Cuando subí, él me estaba esperando en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. “¡Qué guapa estás, Marta!”, me dijo como recibimiento. Tenía preparado mi café favorito, nos sentamos juntos a tomar una taza y la conversación y su tono cariñoso fueron aplacando mis nervios. Hablamos de todo un poco. Le expliqué cómo el hecho de tener coche había resultado ser una liberación para mí. La música era una de sus pasiones, así que le hablé de mis raperos preferidos y de la importancia que tenía en mi vida el poder asistir a conciertos en directo. Él no se mostró muy de acuerdo con mi forma de pensar en ese sentido, mi afición a esos cantantes y la manera de seguirles. “No me parece ni medio normal que te gusten hasta tal punto esos cantantes, Marta. Son solo eso, unos tipos que cantan, no te aportan nada en la vida”, afirmó con total rotundidad. “Para mí es una descarga de adrenalina brutal”, le contesté sin que me afectaran lo más mínimo sus comentarios. Por último, le comenté que, en tan solo unos días me sometería a una operación estética, “con eso ya seré totalmente feliz”. Su comentario al respecto no me gustó. “No estoy de acuerdo con eso. No deberías hacerlo”, dijo categóricamente mirándome a los ojos muy serio. Mi respuesta fue igualmente firme, “no te estoy pidiendo permiso, solo te informo”.

Lo habíamos pasado bien, o eso creía yo, hasta que nos despedimos. “Ten cuidado”, me dijo como despedida. En el portal me esperaba de

nuevo Dulce para acompañarme a casa. Antes de que arrancara, recibo un mensaje de WhatsApp de Esteban.

—Marta, no puedo con tu problema. Me gustas mucho, eres muy guapa, pero no puedo seguir contigo por tu enfermedad.

Mientras mi amiga me preguntaba entusiasmada “¡qué!, ¿qué tal ha ido?” yo no podía disimular mi cara de sorpresa, al final creo que notó que mi reacción no era precisamente de satisfacción y no dijo nada más durante el trayecto.

Dulce me dejó en casa de mi abuela, allí estaba Rebeca y había quedado con ella que después de ver a Esteban nos reuniríamos para contarle cómo había ido todo. Cuando mi prima me vio la cara supo que algo no había salido tal y como yo esperaba, pero no me preguntó nada. Yo estaba muy nerviosa, no hacía más que escribir en el móvil y borrar inmediatamente los mensajes que escribía. Me encerré en mi habitación, después de besar a mi abuela y tumbada en la cama hice algo que nunca debí hacer, contestarle. No fue hasta mucho tiempo después que entendí que en aquel mismo momento le tenía que haber bloqueado en el móvil en lugar de ponerme a su altura.

—Lo siento, pero el que tiene un problema eres tú por pensar así.

El día antes de operarme quedé con Coral para contarle que pasaría por quirófano, pero esta vez para perder veintidós kilos. Estábamos en el coche, había aparcado en un descampado del barrio. Ella casi no podía creerlo. “No lo necesitas, porque eres muy guapa, pero si lo has decidido, ¡adelante! Tienes todo mi apoyo. Seguro que estarás todavía más guapa”. Le conté también lo sucedido con Esteban. Ella no le conocía, pero no aprobaba nuestra relación, solo con lo que yo le había contado su consejo fue que lo dejase.

Pese aquello, unos días después, él empezó a insistir pidiéndome perdón. Pensé que recapacitaría, así que volvimos a quedar. Siempre era yo la que se desplazaba para ir a su barrio, estaba un poco cansada, pero, por otra parte, también pensé que me iba bien hacer prácticas con el

coche, así que no me quejé. Nunca me presentaba a sus amigos, tampoco a su familia, con los que se relacionaba muy a menudo. Su preocupación por lo que él llamaba “mi problema”, cada vez era más notorio. Se pasaba el rato mirando a un lado y a otro pendiente de quién nos veía. Fue proclamando por todo su entorno el tema de mi enfermedad. De manera que la secuencia se repetía de una forma mecánica; me la liaba, me pedía perdón llorando, otra vez quedábamos. Así una y otra vez. Hasta que al final me cansé de que, cuando estábamos juntos y cada vez con más frecuencia miraba obsesivamente a un lado y a otro, pendiente de si la gente nos miraba. Aquello fue la gota que colmó el vaso y decidí dejarle definitivamente.

El postoperatorio, del que ya estaba prevenida, fue bastante desagradable. Mi padre y Rebeca se asustaron al verme tan débil. Aunque me avisaron, los continuos vómitos para perder los excesos de grasa y la semana de reposo en la que adelgacé tres o cuatro quilos me dejaron muy débil. Empezaba a verme más guapa. Mis rodillas se perdían volumen y mis mofletes desaparecieron para dejar a la vista mis pómulos y mi sonrisa de siempre.

Tenía entonces veintitrés años, era el año 2020 y las medidas sanitarias a causa de la pandemia de COVID empezaban a relajarse en todo el país. Yo tenía unas ganas locas de volver a salir para coger de nuevo mi coche, para recuperar mi libertad.

El final de la relación con Paul no me había supuesto ningún trauma. Yo ya había hecho mi luto afectivo durante los últimos tiempos con él. Ni siquiera lloré cuando recogió sus cosas para marcharse de casa, tal y como le pedí. Ya había llorado antes, cuando solo necesitaba cariño y él estaba demasiado ocupado jugando, apostando por otro tipo de vida que no me incluía para nada.

Tras el encierro en casa, después de mi relación con Esteban y de perder veintidós kilos, empecé a quedar otra vez con chicos. Salía con mi coche para ir donde quisiera sin horarios, sin pedir permiso a nadie, sin

que todo el mundo se enterase de cada paso que daba. Yo les contaba a mis amigas lo que hacía, mis planes y mis salidas con jóvenes que me gustaban. Había recuperado mi figura y me sentía atractiva.

Llegó el verano y en cuanto se decretó la fase tres de la pandemia, cuando ya estaba permitido viajar, decidí cumplir otro de mis sueños; viajar a Tenerife. La isla de mis canarios preferidos. Quería ir con mi prima Andrea, pero no pudo, así que Rebeca me acompañaría así que mis padres no pusieron ninguna objeción.

Las dos primas fuimos juntas en coche hasta el aeropuerto, con nuestras mascarillas tapando una sonrisa enorme y dispuestas a pasarlo de miedo. Por primera vez viajaba en avión, algo que nunca hubiera podido imaginar que lograría hacer.

Para una vez que viajaba me la tuvieron que liar. Llegamos al hotel y lo encontramos cerrado a causa del COVID. No nos daban ni habitación ni solución, así que tuvimos que batallar hasta que nos devolvieron el dinero y nos consiguieron alojamiento en la otra parte de la isla.

Las dos disfrutamos de lo lindo haciendo excursiones por la isla, hicimos cientos de fotos, en la playa, paseando y bañándonos en la piscina del hotel. Era mi primer viaje de vacaciones casi en solitario. Lo habíamos organizado todo nosotras solas y fuimos a todos aquellos lugares que nos apeteció visitar. Sin guías, sin imposiciones, sin el amparo de mis padres o profesores.

Sin embargo, siempre hay algo que falla cuando todo parece perfecto. A final de año, ocurrió algo que me dolió profundamente.

Greco enfermó. Después de catorce años juntos, mi perro, al que yo siempre había considerado como un hermano pequeño, moría de viejo. No sufrió, simplemente se apagó como una vela dejándonos a todos sin una luz que nos acompañaba siempre iluminándolo todo a su paso. La alegría de Greco nos abandonaba. Para mí nunca fue un capricho. Me había acompañado en los momentos más trascendentales de mi niñez y mi juventud. Le necesitaba y allí estaba. Sabía que nunca volvería a tener

un perro, menos yo sola, porque necesito que alguien más se ocupe de él para cubrir sus necesidades. Uno de los miembros más querido de nuestra familia moría de un infarto en diciembre de aquel año.

Pasó el tiempo y mi rutina se volvió la vida tranquila que siempre había querido llevar. Tenía ya veinticinco años, independencia, trabajo, coche, mis amigas y amigos.

Conocí a Ka, la pareja de mi amigo Nax, con el que había estudiado dos años. Ka era una chica estupenda, trabajadora incansable y con un carácter positivo de esos que te hacen crecer a su lado. Siempre me animaba recordándome lo fuerte que era y alentándome para que siguiera superándome. Me pareció extraño que, siendo del mismo barrio y coincidiendo en gustos musicales, nunca hubiéramos profundizado en nuestra amistad. Con ella nos pasábamos horas hablando de Natos y Waor, a las dos nos encantaban los dos raperos. También seguía saliendo con Coral, íbamos de un lado para otro con mi coche. Ella había sido testigo de mi sufrimiento durante mucho tiempo, ahora tocaba disfrutar juntas y divertirnos. A Violeta, después de haber acabado el Grado Medio le había perdido la pista. La vida nos había distanciado y la vida volvió a juntarnos tras la pandemia convirtiéndonos de nuevo en las mejores amigas. Mi vida social era fantástica y, como guinda perfecta, ejercía de tía con mi sobrinito intentando ser la mejor del mundo.

Dos años más tarde, cuando hacía un mes que había cumplido veinticinco ocurrió un encuentro inesperado.

Un día, mi amigo David me agregó a una red social. Cuando vi que también compartía amistad con Esteban rechacé su invitación. David contactó conmigo, esta vez por privado y me explicó que conocía a Esteban porque era de su misma zona, pero que no tenía relación con él y que, por supuesto, no habían pactado que compartiéramos amistad en la red.

Un día David me propuso quedar. Hacía tiempo que no nos veíamos, desde que no salía con Esteban. Así que me sugirió que nos viéramos en Madrid. En aquel momento yo estaba en la ciudad con mi prima Rebeca y una amiga suya, habían venido de Cáceres y les hice una visita, estaba tan solo a diez minutos de casa de David. Se lo comenté a mi prima y me animó a ir con él. Así que, sin pensarlo dos veces le dije que sí. Aunque todavía me daba algo de reparo conducir sola y quería volver pronto a casa, antes de que se hiciera de noche.

Aparqué justo en la puerta de su casa. Estuvimos hablando durante un buen rato, teníamos que contarnos muchas cosas para ponernos al día porque hacía mucho que no coincidíamos.

—David, ¿Sigues con la música? Tenías mucho talento, no sé si al final te has dedicado en serio a ello.

—No, la verdad es que sigo con la música, pero no a nivel profesional, ni mucho menos.

Una videollamada nos interrumpió. Era un amigo suyo que le proponía quedar. “¿Te vienes con nosotros?”, me preguntó. Acepté y los tres quedamos en vernos en un bar cercano.

Nos sentamos en la terraza de un bar al que solían ir cuando hacía calor, se estaba bien allí porque tenían unos de esos aspersores de vapor que refrescan a la clientela mientras toman sus copas.

Aquella tarde de agosto las temperaturas eran sofocantes. Iván llegó acompañado de otro chico y yo no le presté demasiada atención, a mí en aquel momento me gustaba otro chico, así que, aunque me pareció un chico atractivo no llamó demasiado mi atención. Todos empezamos a hablar mientras tomábamos unos refrescos. David y yo explicamos cómo había surgido nuestra amistad y lo mucho que teníamos en común. Cuando les conté mi relación con Esteban, Iván se sorprendió. Él también le conocía, pero nunca se hubiera imaginado que fuera capaz de tratarme así, “no sé cómo has podido aguantar tanto antes de terminar con él”, me

dijo. Cuando llegó el momento de marcharme, me levanté saludando a todos y en cuanto me alejé unos metros de la mesa, Iván se acercó a mí.

—Marta, ¿te importaría que te agregase a mis amistades de la red social? —me preguntó— para que podamos hablar y conocernos mejor, me pareces muy guapa, una mujer muy interesante.

— Bueno, me parece bien, —contesté— sin embargo, te voy a ser muy sincera. —le dije intentando ser fiel a mis principios— no sé qué intenciones tienes, pero tengo que decirte, francamente, que en mis pensamientos anda rondando otra persona. Me gusta un chico. No tenemos nada, eso sí, pero me gusta, no te voy a engañar.

—Claro, claro, no te preocupes, te agradezco tu sinceridad. Solo quiero conocerte más.

Después de aquel día, Iván, aquel muchacho alto, delgado, de facciones duras, pelo castaño y unos ojos grandes de color verde claro que destacaban tras sus gafas, siguió chateando conmigo para conocerme mejor, tal y como me decía a diario.

Un día salimos de fiesta cada uno con sus amigos. Iván acompañado de su primo y sus amigos, yo con mi prima Alba y sus amigas. Fuimos a una discoteca del centro de Madrid. Al día siguiente, después de pasarlo genial la noche anterior, esperé algún mensaje suyo durante todo el día. Al final, al anochecer me envió un mensaje disculpándose. “Perdona por no haberte enviado antes un mensaje, Marta, me acabo de despertar ahora mismo”. Después me dijo algo que me intrigó. “Tengo que hablar contigo. Quiero contarte algo que no sé si cambiará algo entre nosotros”. Me mantuve a la espera, algo intranquila, antes de que me contase lo que le ocurría.

—Ayer no paré de pensar en ti en toda la noche. Toda la noche estuve mirando las fotos que tienes colgadas en tu perfil —me confesó— Unas chicas se acercaron para hablar conmigo, pero lo único que fui capaz de hacer fue explicarles lo guapa que eras y enseñarles tus fotos para que ellas mismas lo comprobasen.

Me quedé mirando su cara tras la pantalla. No sabía cómo reaccionar, así que sonreí. La verdad es que me emocionó lo que me contaba. Estaba claro, yo le importaba de verdad.

En otras ocasiones, cuando salía de fiesta con mis amigas, me preguntaba cómo me lo había pasado, se interesaba por lo que hacía y mi forma de ser, hasta que un día quedamos para vernos solos, sin la presencia de David.

La noche anterior al día de nuestro primer encuentro solos, Iván sufría un accidente.

—Marta, estoy en urgencias, en el hospital. —acompañado de David, Iván me hablaba desde el otro lado del auricular—Tengo mal el brazo, pero no te asustes.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté impresionada por lo que me estaba diciendo.

—Un coche me ha dado un golpe y me he caído del patinete, pero no es nada grave, lo único es que necesitaba hablar contigo.

—Anulamos lo de mañana. —le dije decidida a posponer nuestro encuentro.

—No, no, por favor Marta, tengo que verte. —insistió— Por favor, quiero que nos veamos a solas.

Al día siguiente y después de su insistencia acudí a nuestra cita. Habíamos quedado en un punto intermedio de distancia entre Pozuelo y su barrio de Madrid. Yo iba en coche, él no tenía carnet de conducir, así que vino en transporte público. Le vi llegar con el brazo en cabestrillo colgando del cuello con una férula que lo mantenía inmóvil.

¡Estaba feliz de verme! Mientras se acercaba a mi coche, sin apenas darme tiempo a sacar mi silla del maletero, se acercaba sonriendo. “¿Siempre vas tan bonita cuando quedas con alguien? Estás preciosa”, me dijo. Aquella mirada de felicidad me impresionó, parecía que se estuviera

encontrando un ángel caído del cielo. Yo le observaba y en seguida me di cuenta de que su sonrisa era sincera. Aquel chico estaba prendado de mí. Antes de ir a comer, nos sentamos a tomar algo en el primer bar que encontramos y me contó que le había hablado de mí a toda su familia. Conocía mis fotos colgadas en la red de memoria. Yo estaba alucinando, no acostumbraba a oír tantos piropos de los chicos con los que había quedado.

Nos fuimos a comer a *La Tagliatelle*. Sentados uno frente al otro, no era capaz de controlar mis nervios. Él me observaba fijamente, callado, escuchando atentamente cómo le contaba mi vida. “¿Estás bien?, estás muy callado”, le pregunté al ver que no decía nada. “Estoy alucinando con todo lo que me estás contando”, respondió. Después de comer fuimos un rato al coche a escuchar música. Le puse algunos temas de mis raperos favoritos. Yo todavía tenía reparos en hablar de mi afición al rap. Recordaba perfectamente las reacciones de Esteban cuando hablábamos de mis gustos musicales. Iván me dijo con total naturalidad que a él aquel tipo de música no le gustaba demasiado, pero que sí conocía a Ocer y Rade.

—¡Claro!, son también unos de mis favoritos. ¿Te gustan?

—La verdad es que no mucho, pero sí los conozco personalmente. —me dijo antes de que mi boca se abriera como un buzón de la sorpresa sin poder remediarlo— ¿de verdad? A mí me gusta verlos en directo, en sus conciertos, he asistido a algunos.

—Grabaron un videoclip en el que participé. Tienes que conocerlos, son buena gente. Te los presentaré.

—No, no, por favor. A mí me gustan y me encanta asistir a sus conciertos, pero no quiero molestarles.

—Tonterías, ya te digo que son muy majos, les encantará conocerte.

Así quedó la cosa. Yo no sabía ni qué decir. Seguía sin querer una relación seria, pero me daba cuenta de que me gustaban aquellas atenciones y especialmente la ilusión que demostraba al verme.

Poco a poco fuimos quedando más a menudo. Siempre como amigos y cada vez haciéndonos más cómplices, contándonos nuestras vidas, le hablé de mi anterior relación. Él me explicó sus experiencias, tenía nueve años más que yo y esa diferencia de edad era otro de los factores que yo entendía que nos separaban. Sin embargo, aquella cara de felicidad cada vez que nos encontrábamos me robaba el corazón a marchas forzadas.

Otra de las cosas que me llamaban la atención de Iván es que nunca me hablaba mal de nadie. Era como si su corazón no albergase odio por ninguna persona. Ni siquiera cuando yo me refería al chico que me gustaba. Él nunca aprovechó para desprestigiarlo, ni decir nada contra él. Iván se centraba en aprovechar el tiempo que pasábamos juntos. Exprimía las horas al máximo para hablar de cosas que teníamos en común, para compartir sus pensamientos y sobre todo para escucharme. Me escuchaba embelesado, sin interrumpirme, observándome milímetro a milímetro. Me miraba fijamente escuchando cada palabra y después me daba su opinión o preguntaba algún detalle que se me había pasado por alto. Nunca antes nadie me había prestado tanta atención.

Fui por primera vez sola en coche al lugar donde vivía, Torrejón de Ardoz. Había avisado a David, por si quería venir también, pero no podía, así que quedamos los dos solos. Iván sabía el miedo que me daba aún conducir sola para ir a algún barrio lejos del mío, pero me animó a hacerlo. Cuando llegué aparqué frente el portal de su casa. Allí estaba esperándome “Sabía que lo lograrías”, me dijo con una sonrisa en cuanto bajé del coche. Fuimos a tomar algo a un bar donde él solía ir. Estuvimos riendo y hablando hasta que nos hicimos la primera foto juntos, “¿me la puedo poner de foto de perfil?, aunque sea como amigos, ¡eh!” me preguntó. Aquel detalle terminó de enamorarme.

Aquel mismo día, fuimos al coche para estar un rato más juntos. Ya no pude resistirme y le besé. “¿Estás segura?”, me preguntó, consciente de que aquel beso podía cambiarlo todo. Si empezábamos a salir juntos sería nuestro primer beso, de no ser así nuestra amistad podría verse afectada. Yo le contesté afirmando con la cabeza, me acerqué a él y le besé. Fue un beso dulce, sereno, tranquilo. Un beso que transmitía la admiración y cariño que sentíamos el uno por el otro, la promesa de amor que nos uniría durante mucho tiempo y que, en aquel momento, ninguno de los dos sabíamos hasta cuándo podía durar.

No hablábamos de nuestra relación. Quedábamos y yo le veía aún más feliz. A las pocas semanas de empezar a salir, se lo contó a su familia. Me aceptaron desde el primer momento. Sin embargo, algunos amigos del barrio le preguntaban por qué salía con una chica como yo, advirtiéndole de que no me hiciera daño. También le explicamos a nuestro amigo David que estábamos juntos. La reacción de nuestro amigo fue algo inesperado. Al principio se lo tomó bien, pero pocos días después empezó a ignorarnos. Era como si ya no existiéramos para él. No entendimos la razón, pero nos empezó a tratar mal a los dos, dejó de hablarnos, quedábamos con él y nos dejaba plantados. Algo que a día de hoy todavía no hemos logrado entender. Yo llevaba aquella situación peor que Iván. Conocía a David desde hacía mucho tiempo, habíamos congeniado mucho y siempre nos respetamos y aceptamos tal y como éramos, de manera que su desprecio me dolía especialmente, por mucho que Iván intentase que no le diera tanta importancia.

Iván fue siempre sincero conmigo. Era un chico de barrio, nunca había salido de allí. Había sido un joven díscolo que no sentaba cabeza ni a tiros. Cuando me conoció llevaba dos años solo, sin que ninguna relación seria le hubiera hecho cambiar. No sabía por dónde empezar una relación. A los diecisiete años había sufrido un accidente de coche.

—Yo era un chaval muy loco. Aquella noche conducía un amigo mío, íbamos borrachos, el conductor drogado y pasó lo inevitable. —me confesó— el chico quedó tetrapléjico tras el accidente, yo me salvé de

milagro. Tú me has cambiado, Marta. A tu lado me siento en paz. Escuchar tu voz me calma, quiero estar a la altura y ofrecerte lo mejor de mí.

Iván quería aprender a ennoviarse. Quería disfrutar de una cena en pareja, de salir, viajar. Necesitaba dosis de romanticismo en su vida y estaba dispuesto a vivirlos conmigo. Venía a casa y se sentía a gusto junto a mi familia.

A los tres meses de salir juntos quisimos celebrarlo. Fue una celebración especial. Iván quiso darme una sorpresa y, sabiendo que me gustaban los raperos Ocer y Reder, dos chicos de su barrio, me llevó a la grabación de uno de sus videoclips. Conocí a los dos artistas, que se mostraron encantadores en todo momento, lo pasamos genial. Después de aquello Iván y yo estábamos todavía más unidos.

Al poco tiempo mi novio me presentó a sus padres. Sentí que, por primera vez, tendría algo parecido a unos suegros. No sabía como controlar la emoción. Pasé muchos nervios, más que cuando le presenté a mis padres a Iván. Quedamos en la terraza de un bar para tomar algo juntos y todo salió a la perfección. Revolví todo el armario hasta seleccionar la ropa adecuada, me ricé el pelo y presenté mi mejor sonrisa. Al padre de Iván le habían detectado un cáncer, pero la enfermedad estaba controlada en aquel momento. “Nunca le he visto tan feliz al presentarle a una chica”, me dijo Iván. Al principio creí que exageraba, pero al parecer era totalmente cierto. Al cabo de unos meses, el estado de salud de su padre empeoró y falleció. Iván y yo permanecemos unidos ante aquella fatalidad. Sentí que ya nada nos podría separar.

Por mi parte sentía nuestra compenetración. Al principio él tenía ataques de pánico cuando yo cogía el coche. Desde el accidente aquella fobia se apoderó de él y no había manera de que la superase. También en el transporte público, padecía claustrofobia y en el tren o en lugares cerrados siempre sufríamos por si su cabeza le jugaba una mala pasada. Hasta que, con calma, con paciencia y a base de mucho amor mutuo, hemos ido superando nuestros miedos.

## EPÍLOGO

Mi vida está todavía a mitad del relato de lo que será. A mis veintisiete años comprendo que me queda mucho por conocer, por aprender, por experimentar. Me falta mucho por sufrir y otro tanto por disfrutar, pero todo lo que he superado marcará mi futuro y puede que le sirva a alguien que no crea en sí mismo, alguien que no confíe en ella misma.

Todo lo que me ha ocurrido, desde la niñez hasta ahora que empieza mi etapa como mujer adulta, ha sido una lucha por superar las barreras que otros me han impuesto. Algo con lo que todos, en cualquier circunstancia, tenemos que lidiar. Un sistema diseñado desde altas esferas que la gente de a pie debe asimilar adaptándose como buenamente se pueda. Sin embargo, sí es cierto que no a todos se nos presentan las mismas dificultades.

Mi gran suerte ha sido el amor. Contar con una familia que me ha apoyado desde que nací hasta el día de hoy. Un entorno formado por abuelos, tíos, primos y amigos que siempre han estado a mi lado recordándome que yo no era distinta, que podía hacer lo que me propusiera y que ellos estarían a mi lado para verlo, alegrándose de cada paso que diera para salir adelante venciendo adversidades.

Conseguir relacionarme y aprobar mis estudios en un colegio hostil, con una profesora intransigente, con barreras físicas y psíquicas difíciles de combatir a una edad temprana. No fue fácil, pero lo logré. Lograr aprobar mis estudios secundarios en un nuevo Centro, con nuevos amigos, realizar terapias, destacar en un deporte adaptado a un alto nivel, aprender a conducir hasta sacarme el ansiado carnet de conducir... todo ha sido alpinismo profesional. Todo en mi vida han sido situaciones en las que he tenido que batallar para reivindicarme como mujer igual a las demás, independiente, madura, segura de mí misma.

En el futuro quiero seguir siendo como soy, mejorar como persona, como mujer y como pareja. Dar y recibir en la misma medida, aportar a la sociedad todo lo que creo que pueda ayudar a alguien, en mis mismas

circunstancias o en otras que puedan hacerle dudar de su capacidad para avanzar.

Naturalmente, todo lo que se relata en el libro forma parte de una experiencia vital personal. No todas las personas afectadas de parálisis cerebral han vivido o viven en las mismas circunstancias a las que yo he tenido que adaptarme. Del mismo modo, las personas de nuestro entorno facilitan o dificultan en cada momento nuestra realidad. Yo he contado la mía, pero cada caso es diferente y cada persona mantiene su lucha personal de diferente manera.

Mi propósito, el propósito de este libro es simplemente relatar una pequeña parte de mi historia. ¿La razón? Quizás sea la de siempre: llegar a ser mejor... Superarme a mí misma y superar todo cuanto sea necesario para que este sea un mundo igual para todos.

FIN